The background is a vibrant green sky. In the upper center, a child with a red shirt and blue shorts is flying horizontally. Two orange scribbled clouds are positioned in the top left and top right. Below the sky, a purple city street scene is depicted with various buildings, windows, and a street sign. A dog is standing on the sidewalk in the lower left, and a shadow of the flying child is cast on the ground.

JOHN BOYNE

EL INCREÍBLE
CASO DE
BARNABY
BROCKETT

Lectulandia

Barnaby Brocket es un niño especial que pertenece a una familia demasiado normal; peor aún, tremendamente normal, aburridamente normal. Sus padres y sus hermanos son gente respetable y no les gusta nada llamar la atención; pero su mundo se pone patas arriba el día en que nace Barnaby. Su madre se da cuenta de que algo va mal en cuanto empieza a notar los dolores de parto, extrañamente intensos, aunque lo peor está por llegar: ¡su bebé sale disparado y se queda flotando en el techo de la habitación!

Después de pasar por médicos y más médicos, el diagnóstico es concluyente: Barnaby no obedece a las leyes de la gravedad y su estado natural es flotar. Sus padres, desesperados, no saben qué hacer con él y de nada sirven las súplicas del niño, que asegura que quiere quedarse en el suelo, pero no puede.

Al final, solo queda una solución: dejar que se vaya volando...

Lectulandia

John Boyne

El increíble caso de Barnaby Rook

ePub r1.0
nalass 18.01.14

Título original: *The Terrible Thing That Happened to Barnaby Brocket*

John Boyne, 2012

Traducción: Ana Mata Buil

Ilustraciones: Oliver Jeffers

Diseño de portada: Oliver Jeffers

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Philip Ardagh

Capítulo 1

Una familia perfectamente normal

Esta es la historia de Barnaby Brocket y, para entender a Barnaby, primero hay que entender a sus padres, dos personas que tenían tanto miedo de todo aquel que era diferente que acabaron provocando una desgracia que tendría unas consecuencias desastrosas para todos sus seres queridos.

Empecemos por el padre de Barnaby, Alistair, quien se consideraba un hombre completamente normal. Llevaba una vida normal en una casa normal, habitaba en un barrio normal donde hacía cosas normales de una forma de lo más normal. Su esposa era normal, igual que sus dos hijos.

Alistair no quería mezclarse con personas raras ni con las que daban la nota. Cuando estaba sentado en un vagón del metro y una pandilla de adolescentes hablaba a gritos cerca de él, esperaba hasta la siguiente parada, se bajaba a toda prisa y se subía en otro vagón antes de que las puertas volvieran a cerrarse. Cuando comía en un restaurante (no uno de esos restaurantes nuevos y modernos con menús complicados y comida liosa; un restaurante normal) se irritaba muchísimo si los camareros le arruinaban la velada cantando «Cumpleaños feliz» a algún comensal con ganas de llamar la atención.

Trabajaba de abogado en la empresa de Bother & Blastit en la ciudad más maravillosa del mundo: Sidney (Australia). Se había especializado en testamentos y últimas voluntades, un empleo bastante cenizo que le sentaba como anillo al dedo. Al fin y al cabo, era perfectamente normal hacer un testamento. No tenía nada de especial. Cuando los clientes iban a verlo al despacho, solían estar un poco nerviosos, porque redactar un testamento puede ser una tarea complicada e incómoda.

—Por favor, no se apuren —les decía Alistair en esos casos—. Morirse es algo perfectamente normal. Todos tenemos que hacerlo en algún momento. ¡Imagínense qué horror si viviéramos eternamente! El planeta se hundiría con tanto exceso de carga.

No es que dijera eso porque le importara mucho el bienestar del planeta, en absoluto. Solo los hippies y los tíos *new age* se preocupaban de esas cosas.

Hay personas, sobre todo entre las que viven en Extremo Oriente, que tienen la creencia de que cada uno de nosotros —incluido tú— es en realidad la mitad de una pareja que fue separada antes de nacer en el inmenso y complejo universo. También creen que nos pasamos la vida buscando a esa alma escindida que puede hacer que nos sintamos plenos otra vez. Hasta que llega ese día, todos nos sentimos un poco incompletos. Algunas veces, esa sensación de plenitud se halla cuando conocemos a

alguien que, a primera vista, parece totalmente opuesto a nosotros. Un hombre a quien le gusta el arte y la poesía, por ejemplo, puede acabar enamorándose de una mujer que se pasa la tarde arreglando coches, manchada de grasa de motor hasta los codos. Una señora que come sano y practica deporte al aire libre puede sentirse atraída por un tipo a quien no le gusta nada más que ver partidos desde la comodidad del sofá del comedor con una cerveza en una mano y un bocadillo en la otra. Al fin y al cabo, en la vida hay para todos los gustos. Pero Alistair Brocket siempre supo que nunca podría compartir su vida con alguien que no fuese tan normal como él, aunque, en el fondo, eso habría sido algo perfectamente normal.

Y eso nos lleva a la madre de Barnaby, Eleanor.

Eleanor Bullingham se crió en el barrio de Beacon Hill, en una casita que daba a las playas del norte de Sidney. Siempre había sido la niña de los ojos de sus padres, porque no cabía duda de que era la mejor educada de todo el barrio. Nunca cruzaba la calle antes de que apareciera el hombrecillo verde, aunque no hubiera ningún coche a la vista. Se levantaba para ceder el asiento a los ancianos en el autobús, aunque quedasen decenas de asientos libres. De hecho, era una niña tan bien educada que, cuando murió su abuela Elspeth y le dejó en herencia una colección de cien pañuelos antiguos con sus iniciales (EB) delicadamente bordadas en una esquina, decidió que un día se casaría con un hombre cuyo apellido también empezase por B para no desperdiciar la herencia.

Igual que Alistair, se hizo abogada y se especializó en derecho de la propiedad, un tema que, como le contaba a todo el mundo que le preguntaba, le parecía tremendamente interesante.

Aceptó un empleo en Bother & Blastit casi un año después de que empezara a trabajar allí su futuro marido, y al principio se decepcionó un poco al echar un vistazo al despacho y descubrir que muchos de los hombres y mujeres jóvenes de la plantilla se comportaban de un modo muy poco profesional.

Poquísimos tenían la mesa de trabajo ordenada y pulcra. Al contrario, la saturaban de fotografías de sus familiares, mascotas o, peor aún, de famosos. Los hombres rompían en tiritas los vasos de plástico del café mientras hablaban a gritos por teléfono y lo dejaban todo hecho un asco, con lo que obligaban a que otros limpiaran aquella pocilga, mientras que las mujeres parecían no tener nada más que hacer en todo el día que comer, y compraban cosas de picar en un carrito que aparecía por el despacho cada pocas horas cargado con barritas de cereales y bollería industrial envuelta en plástico de colores muy vivos. Sí, era un comportamiento normal para los estándares actuales de lo que se considera normal, pero, aun así, no era normal «normal».

Al principio de su segunda semana en la empresa, Eleanor tuvo que subir dos tramos de escaleras para ir a otro departamento con el fin de entregar un documento

importantísimo a un compañero de trabajo que lo necesitaba inmediatamente porque, de lo contrario, se acabaría el mundo. Al abrir la puerta, se obligó a no mirar las muestras de desorden y dejadez que pudiera tener delante, por miedo a acabar regurgitando el desayuno. Pero entonces, para su sorpresa, vio algo (o a alguien) que hizo que su corazón diera un vuelco de lo más inesperado, como una cría de gacela que saltara victoriosa un arroyo por primera vez.

Sentado a una mesa esquinera, con una ordenada pila de papeles delante, separada por colores, había un hombre bastante apuesto, ataviado con un traje de raya diplomática y el pelo re peinado con una raya perfecta que le resultaba muy favorecedora. A diferencia de los animales mal adiestrados que trabajaban a su alrededor, el hombre tenía la mesa impoluta, los bolígrafos y los lapiceros recogidos en un sencillo cubilete, con los documentos que estaba barajando organizados de manera lógica. No vio ninguna foto de niños, perros ni famosos por ahí.

—Ese joven... —le comentó Eleanor a la chica que se sentaba más próxima a ella en el despacho, y que en ese momento se atiborraba con una magdalena de nueces y plátano, cuyas migajas iban cayendo sobre el teclado del ordenador y se perdían para siempre entre las teclas—. El que está sentado en el rincón. ¿Cómo se llama?

—¿Te refieres a Alistair? —dijo la chica mientras pasaba los dientes por el interior del envoltorio de la madalena, por si quedaba algún resto de relleno pegajoso—. ¿El hombre más aburrido del universo?

—¿Cómo se apellida? —preguntó Eleanor esperanzada.

—Brocket. Qué tostón, ¿verdad?

—Es perfecto —dijo Eleanor.

Y así pues, se casaron. Era lo más normal, sobre todo después de haber ido juntos al teatro (tres veces), a la heladería del barrio (dos veces), a bailar (solo una vez, porque no les había gustado mucho; demasiado *jive*, demasiado rock and roll, qué asco) y a pasar el día al parque de atracciones Luna Park, donde habían hecho fotos y habían charlado tranquilamente hasta que el sol empezó a ponerse y las luces centelleantes de la gigantesca cara del payaso de la entrada consiguieron que pareciera aún más aterrador que de costumbre.

Justo un año después de ese maravilloso día, Alistair y Eleanor, que ahora vivían en una casa normal en Kirribilli, en la parte inferior de la costa norte, dieron la bienvenida al mundo a su primer hijo, Henry. Nació un lunes por la mañana, cuando las agujas del reloj marcaron las nueve en punto, pesó exactamente tres kilos y doscientos gramos y llegó al mundo después de un parto corto, con una educada sonrisa que dedicó al médico que había atendido el alumbramiento. Eleanor no lloró ni gritó mientras daba a luz, a diferencia de algunas de esas mujeres tan vulgares cuyos chillidos de posesas interferían con las ondas de la televisión todas las noches; en realidad, el parto de Henry fue muy comedido, educado y nada escandaloso, así

que nadie se sintió ofendido.

Igual que sus padres, Henry era un niño con muy buenos modales, se tomaba el biberón cuando se lo ofrecían, comía la papilla, ponía cara de espanto cuando manchaba el pañal. Crecía a un ritmo normal, aprendió a hablar cuando cumplió dos años y memorizó las letras del alfabeto un año más tarde. Cuando tenía cuatro años, la maestra les dijo a Alistair y a Eleanor que no tenía nada bueno ni malo que comentar acerca de su hijo, que era perfectamente normal en todos los sentidos, y, como recompensa, esa tarde le compraron un helado de camino a casa. De vainilla, por supuesto.

Su segundo hijo fue una niña, Melanie, que nació un martes tres años más tarde. Igual que su hermano, no dio problemas ni a las enfermeras ni a los profesores y, a partir de su cuarto cumpleaños, cuando sus padres ya esperaban el nacimiento del tercer retoño, empezó a dedicar la mayor parte del tiempo a leer o a jugar con muñecas en su cuarto, sin hacer nada que pudiera diferenciarla de cualquier otra niña de su calle.

No cabía ninguna duda: la familia Brocket era la familia más normal de toda Nueva Gales del Sur, cuando no de toda Australia.

Y entonces nació su tercer hijo.

Barnaby Brocket hizo su aparición en el mundo un viernes, a las doce de la noche, lo cual fue un mal comienzo a ojos de Eleanor, que estaba preocupada por interrumpir el sueño del médico y la enfermera.

—Les pido mil disculpas —dijo entre tremendos sudores, cosa que era bastante bochornosa. Al dar a luz a Henry y a Melanie no había sudado de semejante manera; se había limitado a adquirir un tenue brillo especial, como en los últimos segundos de vida de una bombilla de cuarenta vatios.

—No pasa nada, señora Brocket —contestó el doctor Snow—. Los niños vienen cuando vienen. No hay manera de controlar estas cosas.

—Aun así, es de mala educación —dijo Eleanor antes de soltar un grito tremendo, cuando Barnaby decidió que había llegado el momento de asomar la cabeza—. Ay, madre —añadió, con la cara enrojecida por tanto esfuerzo.

—De verdad, no tiene de qué preocuparse —insistió el ginecólogo, y se colocó en una posición adecuada para atrapar al escurridizo recién nacido.

Parecía un jugador de rugby que se colocara en el campo de juego, con un pie fijo en el césped, por detrás del cuerpo, y el otro por delante y bien plantado en el suelo, con las dos manos extendidas, a la espera del premio que iban a lanzarle a los brazos.

Eleanor volvió a gritar, luego se arqueó hacia atrás y jadeó muy sorprendida. Notaba una presión tremenda que se iba acumulando dentro de su cuerpo, y no estaba segura de cuánto tiempo más podría soportarla.

—¡Empuje, señora Brocket! —dijo el doctor Snow, y Eleanor chilló por tercera

vez mientras se obligaba a empujar con todas sus fuerzas a la vez que la enfermera le ponía una compresa fría en la frente para aliviarla.

Pero, en lugar de encontrar alivio en ese gesto, Eleanor empezó a gemir como una histérica y pronunció una palabra que no había pronunciado jamás en su vida, una palabra que consideraba increíblemente ofensiva cuando alguien de Bother & Blastit la empleaba. Era una palabra corta. Dos sílabas. Pero parecía expresar todo lo que ella sentía en ese preciso instante.

—¡Así me gusta! —exclamó con una sonrisa el doctor Snow—. ¡Ya está aquí! Uno, dos, tres, y luego un último empujón muy grande, ¿de acuerdo? Uno...

Eleanor tomó aire.

—Dos...

Jadeó.

—¡Tres!

Y entonces notó una tremenda sensación de alivio y oyó el llanto de un bebé. Eleanor se derrumbó en la cama y gimió, contenta de que se hubiera terminado aquella horripilante tortura.

—Alabado sea... —dijo el doctor Snow un momento después, y Eleanor levantó la cabeza de la almohada, sorprendida.

—¿Pasa algo malo? —preguntó.

—Es lo más extraordinario que he visto en mi vida —contestó el médico mientras Eleanor se incorporaba un poco, a pesar de los tremendos dolores, para ver mejor al recién nacido que había provocado una respuesta tan anormal.



—Pero ¿dónde está? —preguntó Eleanor, porque el doctor Snow no lo tenía en brazos, ni estaba tumbado en una esquinita de la cama.

Y entonces fue cuando se percató de que tanto el médico como la enfermera habían dejado de mirarla a ella y ahora observaban boquiabiertos el techo, donde un recién nacido —su hijo recién nacido— estaba aplastado contra las planchas rectangulares de color blanco, mirando hacia abajo a los tres adultos, con una sonrisa pícaro en el rostro.

—Está ahí arriba —dijo el doctor Snow con absoluta admiración, y era cierto: ahí estaba.

Pues Barnaby Brocket, el tercer hijo de la familia más normal que hubiera habitado jamás en el hemisferio sur, empezaba a demostrar desde el primer día que era de todo menos normal, al negarse a obedecer la norma más fundamental de todas.

La ley de la gravedad.

Capítulo 2

El colchón en el techo

A Barnaby le dieron el alta del hospital tres días más tarde y lo llevaron a casa para que conociera a Henry y a Melanie.

—Vuestro hermano es un poco distinto del resto de la familia —les dijo Alistair ese mismo día mientras desayunaban, eligiendo a conciencia sus palabras—. Estoy seguro de que será algo pasajero, pero nos hemos llevado un buen disgusto. Sobre todo, no os quedéis embobados mirándolo, ¿eh? Si piensa que a la gente le hace gracia su conducta, todavía hará más el bobo.

Los niños se miraron el uno al otro muy sorprendidos, sin saber a qué podía referirse su padre con aquel comentario.

—¿Tiene dos cabezas? —preguntó Henry mientras alargaba el brazo para coger la compota.

Le gustaba tomar compota con las tostadas por las mañanas. Aunque para merendar, no; entonces prefería la mermelada de fresa.

—Pues claro que no tiene dos cabezas —contestó irritado Alistair—. ¿Dónde has visto a alguien con dos cabezas?

—Los monstruos marinos pueden tener dos cabezas —dijo Henry, que acababa de leer un libro sobre un monstruo marino de dos cabezas llamado Orco, que había revolucionado las profundidades del océano Índico.

—Os aseguro que vuestro hermano no es un monstruo marino de dos cabezas —contestó Alistair.

—¿Tiene cola? —preguntó Melanie, que había empezado a recoger los cuencos vacíos para meterlos ordenadamente en el lavavajillas.

El perro de la familia, Capitán W. E. Johns, un can de origen y raza indefinidos, alzó la cabeza al oír la palabra «cola» y empezó a perseguirse la suya por toda la cocina, dando vueltas en círculos hasta que se mareó y se derrumbó en el suelo, entre jadeos felices, encantado de la vida.

—¿Y por qué iba a tener cola un recién nacido? —preguntó Alistair, y soltó un largo suspiro—. De verdad, hijos míos, tenéis una imaginación extraordinaria. No sé de dónde la habéis sacado. Ni vuestra madre ni yo tenemos imaginación, y es evidente que no os hemos educado para que vosotros la tengáis.

—Me gustaría tener cola —dijo Henry pensativo.

—Me gustaría ser un monstruo marino de dos cabezas —dijo Melanie.

—Bueno, pues no la tienes —zanjó Alistair mirando fijamente a su hijo—. Y tú no eres un monstruo —añadió señalando a su hija—. Así que vamos a seguir siendo

seres humanos normales y a asegurarnos de que la casa queda limpia y ordenada, ¿de acuerdo? Esta mañana llega nuestro invitado, ¿os acordáis?

—Pero si no es un invitado... —dijo Henry con el ceño fruncido—. Es nuestro hermano pequeño.

—Sí, claro —dijo Alistair después de una pausa casi imperceptible.

Al cabo de poco más de una hora llegó Eleanor en taxi, con un inquieto Barnaby en brazos.

—Vaya, qué vivaracho es este niño —le dijo el taxista mientras apagaba el motor.

Pero Eleanor pasó por alto el comentario, porque no le gustaba entablar conversación con desconocidos, y mucho menos si trabajaban en el sector servicios. Se le cayó el bolso en el hueco que quedaba entre los dos asientos y, cuando se inclinó para recogerlo, soltó al bebé un instante y Barnaby se le escapó flotando de las rodillas, empezó a elevarse y se golpeó la cabeza contra el techo.

—Auch —gorjeó Barnaby Brocket.

—Tendrá que atar bien corto a este crío —comentó el taxista, que miraba con unos ojos hartos de ver mundo—. Si no tiene cuidado, se le escapará.

—Treinta dólares, ¿verdad? —preguntó Eleanor, y le tendió al taxista un billete de veinte y otro de diez, mientras aceptaba que sí, podía escapársele su hijo. Si no tenía cuidado.

En cuanto entró en casa, los niños corrieron a saludar a su madre y estuvieron a punto de arrollarla con tanta emoción.

—Pero qué pequeño es —dijo Henry sorprendido. (En este sentido, por lo menos, Barnaby era perfectamente normal.)

—Huele muy bien—dijo Melanie olfateando a su hermanito—. Es una mezcla de helado con caramelo líquido. Por cierto, ¿cómo se llama?

—¿Podemos llamarlo Jim Hawkins? —preguntó Henry pensando en *La isla del tesoro*, porque se había tomado muy en serio los libros clásicos de aventuras.

—¿Y Pedro el Cabrero? —preguntó Melanie, que siempre seguía el ejemplo de su hermano mayor.

—Se llama Barnaby —dijo entonces Alistair. Se acercó a ellos y le dio un beso en la mejilla a su esposa—. En honor a vuestro abuelo. Y al abuelo del abuelo.

—¿Puedo cogerlo? —preguntó Melanie inclinándose hacia delante con los brazos extendidos.

—Ahora no —dijo Eleanor.

—¿Y yo? ¿Puedo cogerlo? —preguntó Henry, cuyos brazos llegaban más lejos que los de su hermana, pues tenía tres años más.

—Ninguno de los dos va a coger a Barnaby —soltó Eleanor—. Solo lo cogeremos papá y yo. Por lo menos, de momento.

—Preferiría no cogerlo ahora mismo, si no te importa —dijo Alistair, quien

miraba fijamente a su hijo como si fuera un animal escapado del zoo al que pensaban devolver antes de que estropeará la tapicería.

—Oye, también es responsabilidad tuya —le increpó Eleanor—. No pienses que voy a cuidar de este... este...

—¿Niño? —propuso Melanie.

—Sí, supongo que es una palabra tan adecuada como cualquier otra. No pienses que voy a cuidar de este niño yo sola, Alistair.

—Claro, estoy encantado de echarle una mano —dijo Alistair desviando la mirada—. Pero tú eres su madre.

—¡Y tú eres su padre!

—Aunque parece que está emocionado contigo. Míralo.

Alistair y Eleanor bajaron la mirada hacia el rostro de Barnaby, y él les sonrió, moviendo brazos y piernas muy contento, pero ninguno de sus progenitores le devolvió la sonrisa. Henry y Melanie se miraron sorprendidos. No estaban acostumbrados a que sus padres hablaran de esa forma tan brusca. Sacaron el regalo que habían comprado el día anterior con los ahorros de las propinas.

—Es para Barnaby —dijo Melanie tendiendo el regalo—. Queremos darle la bienvenida a la familia.

Sostenía en las manos una cajita envuelta en papel de regalo y Eleanor notó que el corazón se le ablandaba un poco ante el recibimiento que los niños le estaban dando a su hermanito. Alargó la mano para aceptar el regalo, pero, en ese momento, Barnaby empezó a flotar otra vez. Se le resbaló la mantita que lo arropaba y esta cayó al suelo mientras él seguía ascendiendo hacia el techo, un trayecto mucho más largo que el que había realizado dentro del taxi. También el golpe fue más fuerte.

—Auch —gruñó Barnaby, con su cuerpecillo aplastado contra el techo. Miraba a su familia con una expresión a todas luces malhumorada.

—¡Ay, Alistair! —chilló Eleanor, y alargó los brazos con desespero.

Henry y Melanie no dijeron nada; se limitaron a mirar hacia arriba con la boca muy abierta y cara de alucine.

Capitán W. E. Johns llegó bostezando, porque lo habían despertado de la siesta, y miró a la familia que lo alimentaba, le daba agua y lo privaba de libertad, antes de levantar la cabeza como habían hecho los niños, hasta que él también distinguió a Barnaby en el techo. En ese momento, su cola empezó a sacudirse como loca y se puso a ladrar.

—¡Ladrado! —ladró—. ¡Ladrado! ¡Ladrado!

Al cabo de poco (aunque no tan poco como sería de esperar), Alistair se subió a una silla para recuperar a su hijo y se hizo cargo de él, puesto que Eleanor se había retirado a la cama con un vaso de leche caliente y dolor de cabeza. A regañadientes, le dio el biberón a Barnaby, luego le cambió el pañal y le colocó uno limpio debajo

del trasero, justo cuando Barnaby se decidió a hacer pipí otra vez, describiendo un arco dorado perfecto en el aire. Al final, lo tumbó en la cuna y cruzó las correas de la mochila de Henry entre los barrotes para que no pudiera flotar; por fin, Barnaby se quedó dormido y seguramente soñó algo divertido.

—Melanie, controla a tu hermano —dijo Alistair, y colocó a su hija en la silla que había junto a la cuna—. Henry, ven conmigo, por favor.

Padre e hijo cruzaron el jardín para dirigirse a la casa del vecino. Llamaron a la puerta.

—¿Qué necesita, Brocket? —preguntó el viejo cascarrabias del señor Cody. Se quitó una hoja de tabaco de entre los dientes y la tiró al suelo, a sus pies.

—Pedirle la furgoneta —explicó Alistair—. Y el remolque que la acompaña. Solo serán una hora o dos, nada más. Y por supuesto, le pagaré la gasolina.

Con permiso del dueño, Alistair y Henry cruzaron el Puente de la Bahía en la furgoneta para acceder al centro de la ciudad y se dirigieron a los grandes almacenes de la calle Market, donde compraron tres colchones grandes, de cama doble, una caja de clavos de treinta centímetros y un martillo. Una vez en casa, arrastraron los colchones hasta la sala de estar, donde Melanie seguía sentada justo donde la había dejado su padre, mirando sin pestañear a su hermanito dormido.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó Alistair—. ¿Algún problema?

—No —dijo Melanie negando con la cabeza—. Se ha pasado todo el tiempo durmiendo.

—Bien. Bueno, anda, sé buena y llévalo a la cocina. Tengo que hacer un arreglo aquí.

Cogió dos escaleras del cobertizo y las colocó en ambos extremos de la sala de estar. Luego se subió a una escalera mientras sujetaba una esquina de un colchón. Por su parte, Henry se subió a la otra escalera y sujetó la esquina opuesta.

—Que no se te mueva —dijo Alistair mientras cogía el primer clavo largo del bolsillo de la pechera y, con ayuda del martillo, clavaba la esquina del colchón al techo. El clavo pasó como la seda por el colchón, pero encontró cierta resistencia al tocar los travesaños de madera del suelo de la planta superior. Aun así, Alistair no tardó en conseguir fijarlo bien.

»Y ahora la otra esquina —dijo mientras desplazaba un poco la escalera y clavaba la segunda esquina del colchón al techo.

Continuó con la labor durante casi una hora más, y en total empleó veinticuatro clavos. Cuando terminó, el techo, hasta entonces blanco, lucía el estampado bastante floreado de los colchones de gama alta modelo David Jones Bellis simo.

—¿Qué te parece? —preguntó Alistair bajando la cabeza para mirar a su hijo, en busca de aprobación.

—Es raro —respondió Henry después de pensarlo.

—Estoy contigo —coincidió Alistair.

A esas alturas, el ruido de todos los martillazos había despertado a Barnaby, que emitía una serie de gorjeos ininteligibles desde la cuna mientras Melanie le hacía cosquillas debajo de la barbilla y en los brazos y, al cabo de un momento, empezó a hacerle monerías.

El dolor de cabeza de Eleanor también había empeorado, así que bajó a ver a qué se debían todos esos aporreos infernales. Cuando vio lo que había hecho su marido en el techo de la sala de estar, se lo quedó mirando, enmudecida por un instante, y se preguntó si en esa casa se habían vuelto todos locos.



—¿Puede saberse...? —preguntó, esforzándose por hallar las palabras, pero Alistair se limitó a sonreírle y colocó la cuna en el centro de la sala.

Una vez allí, desató las correas de la mochila para permitir que Barnaby flotara de nuevo. Sin embargo, en esta ocasión el niño no se golpeó la cabeza contra el techo ni dijo «Auch». En lugar de eso, tuvo un aterrizaje mucho más suave y pareció encantado de estar ahí arriba, pues se puso a jugar con los dedos de las manos y a toquetearse los pies.

—Funciona —dijo Alistair satisfecho, dirigiéndose a su esposa.

Esperaba que ella aprobara su iniciativa, si bien Eleanor, una mujer perfectamente

normal, se quedó pasmada.

—Es ridículo —gimió.

—Pero no hará falta dejarlo mucho tiempo —dijo Alistair—. Solo hasta que el niño se estabilice, nada más.

—¿Y qué pasa si nunca se estabiliza? No podemos dejar que se quede ahí arriba siempre.

—Confía en mí, se cansará de la bobada esa de flotar a su debido tiempo —insistió Alistair, que intentaba ser optimista, a pesar de que sentía de todo menos optimismo—. Espera y verás. Pero hasta que llegue ese día, no podemos permitir que se vaya dando porrazos en la cabeza cada vez que se nos escapa. Se le dañará el cerebro.

Eleanor no dijo nada, pero parecía muy triste. Se tumbó en el sofá y contempló a su hijo, entretenido a tres metros de altura, y se preguntó qué había hecho ella para merecer semejante desgracia. Al fin y al cabo, era una mujer perfectamente normal. No era la más adecuada para tener un niño que flotaba.

Mientras tanto, Alistair y Henry siguieron con sus cosas y clavaron el segundo colchón en el techo de la cocina, justo encima del espacio en el que colocarían el moisés de Barnaby, y después el tercero en el dormitorio de la pareja, para cuando durmiera en la cuna junto a su cama por las noches.

—Misión cumplida —anunció Alistair cuando bajó a la sala de estar y se encontró con Eleanor todavía tumbada en el sofá mientras Melanie, que se había sentado en el suelo a su lado, leía *Heidi* por decimoséptima vez—. ¿Dónde está Barnaby?

Melanie señaló con el dedo índice hacia arriba sin pronunciar ni una palabra; tenía los ojos clavados en la página. Pedro el Cabrero estaba hablando y no quería perderse ni una sílaba. Ese chico era un pozo de sabiduría.

—Ah, claro —dijo Alistair frunciendo el entrecejo. Dudaba de qué debía hacer a continuación—. ¿Crees que estaría bien dejarlo ahí arriba hasta esta noche?

Melanie siguió leyendo hasta que llegó al final de un párrafo largo y luego cogió el punto de libro. Lo colocó con sumo cuidado entre las páginas 104 y 105, y dejó la novela en el cojín que había junto a Eleanor, antes de mirar a los ojos a su padre.

—¿Me has preguntado si estaría bien dejar a Barnaby en el techo de la salita hasta esta noche? —preguntó con frialdad.

—Sí, eso es —dijo Alistair, incapaz de mirar a los ojos a su hija.

—A Barnaby... —repitió—, que solo tiene unos días. ¿Quieres saber si me parece bien que lo dejéis ahí abandonado?

Se produjo una pausa muy larga.

—No me gusta que me hables en ese tono —dijo Alistair por fin, con voz baja y muy avergonzada.

—La respuesta a tu pregunta es no. No creo que esté bien dejarlo ahí arriba sin más.

—Bueno, vale —dijo Alistair mientras cogía una silla para bajar al niño—. Podrías haberlo dicho desde el principio.

En ese momento llamaron al timbre. Era el señor Cody, el vecino, que iba a buscar las llaves de la furgoneta. Y, al no obtener una respuesta inmediata, entró sin pedir permiso, dispuesto a recuperarlas por sí mismo. Alistair dejó otra vez a Barnaby en el moisés, pero se olvidó de abrochar las correas, así que al cabo de un momento el niño volvió a flotar hasta el techo y se tumbó plácidamente en el colchón.

El señor Cody, que había vivido mucho, había luchado en las dos guerras mundiales, le había dado la mano al escritor Roald Dahl y había visto las cosas más insospechadas a lo largo de siete décadas, algunas de las cuales había comprendido y algunas de las cuales no, alzó la mirada e inclinó la cabeza hacia un lado. Se frotó la barbilla con una mano y se pasó la lengua lentamente por los labios, primero por el labio superior, luego por el inferior. Al final negó con la cabeza y se dirigió a Eleanor.

—Oiga, esto no es normal —dijo.

Y en ese preciso instante, Eleanor rompió a llorar y corrió escaleras arriba para abalanzarse sobre la cama, decidida a no abrir los ojos por miedo a ver la horrible monstruosidad del tercer colchón que había clavado sobre su cabeza.

Capítulo 3

Barnaby, la Cometa

Al ver que pasaban cuatro años sin que cambiara nada, la familia de Barnaby tuvo que aceptar de una vez que aquello no era una fase; era sencillamente que su hijo había nacido así. Alistair y Eleanor lo llevaron al médico del barrio, quien hizo un reconocimiento exhaustivo al niño y les aconsejó que le dieran un par de pastillas y volvieran a llamarlo a la mañana siguiente, pero las cosas no mejoraron con el remedio. Lo llevaron a ver a un especialista de fuera que le recetó un tratamiento de antibióticos, pero Barnaby siguió flotando, aunque se inmunizó totalmente contra la fuerte epidemia de gripe que azotó Kirribilli esa semana. Por último, lo llevaron al centro de Sidney para que lo atendiera un médico muy famoso, que se limitó a negar con la cabeza y decir que ya se le pasaría al niño cuando creciera.

—A la larga, los niños crecen y se les pasa todo —dijo el médico, y sonrió mientras les tendía una factura elevadísima para los escasos minutos que había dedicado a examinar a Barnaby—. Los pantalones. El buen comportamiento. Las ganas de respetar la autoridad paterna. Basta con que tengan paciencia, nada más.

Nada de todo eso ayudó a Alistair y Eleanor en lo más mínimo. En realidad, solo sirvió para frustrarlos todavía más.

Ahora Branaby dormía en la litera de abajo de la habitación de Henry, donde habían clavado un par de mantas a la parte inferior de la cama de su hermano para evitar que se golpeará la cabeza contra el somier.

—Es fantástico volver a ver el techo del dormitorio, ¿verdad? —comentó Alistair cuando por fin retiraron el colchón de su habitación. Eleanor asintió, pero no dijo nada—. Aunque le hace falta una mano de pintura —añadió para llenar el espacio que había dejado el silencio de ella—. Ha quedado un enorme rectángulo amarillo en el sitio donde estaba clavado el colchón. Hasta se distingue el estampado de flores.

El uso del cuarto de baño por parte de Barnaby provocaba un montón de situaciones comprometidas, aunque quizá sería de mala educación describirlas aquí. Baste decir que ducharse era una auténtica odisea, darse un baño estaba descartado y hacer sus necesidades suponía un reto tan grande que ni siquiera un contorsionista profesional hubiera salido airoso.

Por las noches, cuando se les ocurría encender la barbacoa para cenar al aire libre, la familia se sentaba alrededor de la mesa del jardín: Alistair, Eleanor, Henry y Melanie ocupaban las cuatro sillas que protegía una enorme sombrilla, mientras que Barnaby flotaba debajo de la punta de la sombrilla. La resistente lona verde lo sujetaba e impedía que saliera volando y se perdiera en la atmósfera. No le dejaban

ponerse ketchup en los perritos calientes ni en las hamburguesas, porque siempre acababa goteando encima de la cabeza de alguien.

—Pero me gusta el ketchup —se quejaba Barnaby, pues pensaba que no era justo. Por supuesto, a esas alturas ya sabía decir algo más que «Auch» y «Gu gu».

—Y a mí no me gusta tener que lavarme la cabeza todos los días —respondió su padre.

En esas ocasiones, Capitán W. E. Johns se sentaba en el suelo y miraba al niño suspendido en el aire, a la espera de órdenes; el perro había decidido que ese niño flotante era su único amo y no obedecía a ninguna otra persona.

Sin embargo, muchos días eran aburridos. Eleanor había dejado de trabajar poco después de que naciera Melanie, así que Barnaby y ella se quedaban solos en casa buena parte del tiempo, con Capitán W. E. Johns como único amortiguador entre uno y otro. Casi nunca salían de casa durante el día, puesto que Eleanor no quería que la vieran en público con su hijo, por miedo a que la gente la señalara con el dedo y se los quedara mirando. Alistair también se negaba a llevarse a Barnaby cuando daba una vuelta por el mercado de Kirribilli los sábados por la mañana y husmeaba entre los puestos en busca de una ganga, porque sabía que si iba con su hijo se convertiría, muy a su pesar, justo en el tipo de persona que siempre había despreciado: alguien diferente.

Debido a eso, Barnaby acabó siendo un niño increíblemente pálido, ya que nunca le daba el sol directo. Durante una temporada, Eleanor lo ataba del tendedero del patio de atrás y lo dejaba flotar al aire libre un par de horas. Cuando soplaba la brisa, incluso se pasaba la tarde rotando, con lo que adquiría un bronceado bastante uniforme. Sin embargo, al final se vio obligada a dejar de hacerlo, porque tenían varios comederos para pájaros muy extravagantes repartidos por el jardín y un niño de cuatro años atado por los tobillos del tendedero y sacudiendo los brazos en el aire como un lunático se parecía más a un espantapájaros que a ninguna otra cosa, de modo que los pájaros dejaron de acercarse a comer.

—Está tan blanco como un fantasma —dijo Alistair alzando la vista hacia su hijo una noche mientras cenaban.

—Casi tan blanco como solían estar nuestros techos —comentó Eleanor—. Antes de que les clavaras colchones.

—Pero eso no puede ser sano, ¿no crees?

—Ya lo hemos hablado, Alistair —dijo Eleanor. Y soltó un suspiro mientras dejaba el tenedor en el borde del plato—. Si lo sacamos a pasear, ¿qué pensarán los vecinos? A lo mejor incluso sospechan que todos flotamos dentro de casa, con la puerta bien cerrada.

—De verdad, Eleanor —dijo Alistair entre risas ante semejante idea—, yo nunca he flotado, ya lo sabes. Siempre mantengo los pies firmes en el suelo.

—Y también hay que pensar en los otros niños —añadió Eleanor—. Por ejemplo, ¿qué pasa si los compañeros de clase de Henry se enteran de lo de Barnaby y creen que Henry también flota? A lo mejor dejan de ser sus amigos.

—Seguro que no. Además, no es algo que Barnaby haya «elegido». Nació así y ya está.

—Pues dile eso a Henry cuando le den una paliza en el patio del colegio.

—No creo que eso...

—Los niños pueden ser muy crueles —continuó ella, sin hacer caso de la interrupción de su marido—. Y, de todas formas, es más fácil controlarlo dentro de casa. Imagínate lo que podría ocurrir si lo sacáramos... Tal vez se pusiera a flotar y lo perdiéramos de vista para siempre.

Cuando dijo esas palabras estaba a punto de llevarse un trozo de lasaña a la boca, pero detuvo el tenedor en el aire antes de que llegara a sus labios; por un momento, se planteó lo fácil que sería su vida si ocurriera algo así. Alistair la miró a los ojos, como si entre los dos hubiera se hubiera transmitido algo: el germen de una idea terrible que no llegó a pronunciarse. De momento.

—Bueno, es igual. Y, si tanto te preocupa, también puedes sacarlo tú a pasear cuando vuelvas del trabajo —añadió Eleanor unos segundos después.

—Descartado —respondió Alistair al instante, y sacudió la cabeza con fuerza, como si tuviera que quitarse la idea del cerebro y los oídos antes de que le provocara daños—. No, repito, «no» pienso ser el hazmerreír de los vecinos.

—Muy bien, pues no esperes que lo saque yo.

—A lo mejor podemos contratar a alguien —propuso Alistair—. Como los que pasean perros.

—Pero entonces tendremos que contarle su problema a un desconocido. Y, antes de que nos demos cuenta, el cotilleo correrá como la pólvora.

—Es cierto. Pero ¿y qué pasa con el colegio?

—¿Qué pasa con el colegio? —preguntó Eleanor con el ceño fruncido—. ¿A qué te refieres? Barnaby no va al colegio.

—Ya lo sé, todavía no. Pero no tardará en ir. Se supone que tiene que empezar dentro de unos meses. Si va al colegio tan pálido, todo el mundo pensará que le pasa algo raro.

—Es que le pasa algo raro, Alistair.

—Me refiero a que pensarán que tiene una enfermedad en la piel y nadie querrá sentarse a su lado. Y en menos que canta un gallo, el director del colegio nos obligará a ir a hablar con la enfermera, y a saber qué revuelo puede montarse. A lo mejor lo anuncian en el boletín del colegio y entonces todos se enteran de que uno de mis hijos es un niño flotante. No, lo siento, Eleanor, pero no daré mi brazo a torcer.

—¿Que no darás qué? —preguntó Eleanor incrédula.

—No daré mi brazo a torcer —repitió él con voz más autoritaria—. Soy quien manda en esta casa y he decidido que tenemos que arriesgarnos a que nos miren mal o chismorreen con crueldad. Al niño tiene que darle el sol. Y cuanto antes empiece, mejor: puedes llevártelo mañana por la mañana, cuando saques a pasear a Capitán W. E. Johns.

La cola del perro se movió emocionada al oír la palabra más maravillosa del mundo —seis alegres letras que proporcionaban unos placeres inigualables—, y Eleanor, demasiado agotada para continuar oponiendo resistencia, aceptó a regañadientes. Así pues, a la mañana siguiente —un día radiante, perfecto para dar un poco de color a las mejillas de un niño pálido—, dio unas palmadas para llamar a Capitán W. E. Johns y le enganchó la correa al collar antes de subirse a una silla de la cocina para bajar a Barnaby del techo.

—Nos vamos a dar un paseo —le dijo como si tal cosa.

—¿Por la casa?

—No, fuera.

—¿Fuera? —preguntó Barnaby, a quien ni por un segundo se le había pasado por la cabeza que su madre pudiera hacer lo que su padre había propuesto con insistencia la noche anterior.

—Sí, sí. Pero antes de salir... Bueno, lo siento, pero tengo que hacer una cosa.

Y sin pensarlo más, cogió el collar de repuesto de Capitán W. E. Johns, que era extensible, y la segunda correa, que guardaba en el cajón de la cocina, y pocos minutos después los tres emprendieron el camino.

Formaban una estampa extraordinaria cuando salieron de su hogar en Kirribilli y tomaron la calle que conducía a la casa del gobernador general, en el punto más al sur de la península: una mujer de mediana edad cabizbaja por la vergüenza, un perro de origen y raza indefinidos trotando un par de metros por delante de ella, cuya correa sujetaba con la mano izquierda, mientras un niño de cuatro años, blanco como un fantasma, merodeaba por encima de sus cabezas, suspendido en el aire con otra correa que la mujer sujetaba con la mano derecha.

Barnaby Brocket se había convertido en una cometa.

Continuaron su camino, ahora en dirección norte, hacia el colegio de St. Aloysius, donde Henry estaba a punto de terminar el quinto curso, pero, en cuanto sonó el timbre y empezó a oír a los niños que corrían escaleras abajo, Eleanor se dio media vuelta y anduvo a toda prisa hacia el embarcadero de la calle Jeffrey, donde le gustaba sentarse para contemplar, erguidas en el agua, las velas del edificio de la Ópera, el contorno de los rascacielos y los hoteles que asomaban aquí y allá. El Puente de la Bahía se alzaba orgulloso a su derecha y unía la costa del norte de Sidney con el barrio de Las Rocas, en la otra orilla, así que volvió la cabeza hacia él y dirigió la mirada hacia las banderas que flotaban al viento, antes de respirar

profundamente y sentirse, al menos por un instante, en paz.

—¡Buenos días, Eleanor! —la saludó el señor Chappaqua, un antiguo corredor olímpico de la carrera de veinte kilómetros (Montreal, 1976, cuarto puesto), que todos los días la adelantaba a esa hora. Venía de la calle Beulah, donde siempre empezaba su paseo matutino, con los codos pegados al cuerpo y caminando como un pato con una gorra de beisbol—. ¡Buenos días, Capitán W. E. Johns!



Y entonces, al levantar la cabeza, vio a Barnaby flotando por encima de la mujer y su expresión afable cambió de inmediato. El señor Chappaqua había nacido y se había criado en Sidney. Estaba muy orgulloso de la ciudad, de sus gentes y sus elegantes tradiciones. Incluso se había presentado para ocupar un escaño en el parlamento hacía unos cuantos años (cuarto puesto una vez más) y escribía con frecuencia al *Sidney Morning Herald* para dar su opinión, unas cartas en las que se quejaba de cualquier cosa que no cumpliera sus expectativas, que eran increíblemente elevadas.

—Su hijo está flotando, señora Brocket —le dijo horrorizado, incapaz de soportar entonces la muestra de confianza que implicaba el uso del nombre de pila—. ¡Está flotando!

—Ah, ¿sí? —preguntó Eleanor, y levantó la mirada como si para ella también fuese una tremenda sorpresa.

—Ya sabe que flota. ¡Si lo lleva con correa! ¡Hasta aquí podríamos llegar, señora

Brocket! ¿Tan bajo ha caído Sidney, la ciudad más maravillosa del mundo?

Eleanor abrió la boca para defenderse, pero no supo encontrar palabras para explicar el comportamiento de su hijo, así que el señor Chappaqua, apabullado, se limitó a gruñir como un lobo furioso y se marchó directo a casa para contárselo a la señora Chappaqua, quien comentó que, donde había uno, seguro que habría más, y antes de que se dieran cuenta Sidney estaría invadida por esas asquerosas criaturas.

Y aunque Eleanor se sintió humillada por el encontronazo, Barnaby estaba tan cautivado por las maravillosas vistas que se desplegaban ante él por primera vez en su vida, que no le importó. El niño miró a Capitán W. E. Johns, y este, al notar la emoción de su dueño, movió la cola entusiasmado. Barnaby entrecerró los ojos ante el sol brillante de aquella mañana despejada, que se reflejaba en el agua y creaba arcoíris en las gotas que salpicaban de las olas. Cuando vio uno de los ferries que realizaban el trayecto desde el Muelle Circular, que describía una curva, hasta la Bahía Neutral, Barnaby sintió deseos de ir a bordo, de poder ver qué existía en esos lugares lejanos que nunca le permitían visitar.

—Sabía que era una mala idea —dijo Eleanor muy furiosa. Se dio la vuelta y retomó la dirección por la que habían llegado—. Ahora seremos la comidilla de todo el barrio. Cuanto antes vuelvas a meterte en casa, Barnaby, mejor.

Sin embargo, mientras regresaban a casa, se encontraron por la calle a otro vecino, o, mejor dicho, a un par de vecinos, llamados Joe y Alice Moffat, que eran peces gordos en el mundo de la informática (o eso tenía entendido Eleanor). Charlaban tan tranquilos mientras paseaban cogidos de la mano, pero cuando vieron que Eleanor, Barnaby y Capitán W. E. Johns se aproximaban a ellos, se pararon en seco y se los quedaron mirando con la boca abierta por la sorpresa. —Tengo que hacerle una foto —dijo Joe Moffat, y sacó un *smartphone* del bolsillo, con el que enfocó a Barnaby.

Era un joven asqueroso que siempre llevaba una especie de perilla descuidada y no se ponía otra cosa que camisetas, pantalones cortos y chancletas de goma, a pesar de que se rumoreaba que poseía una fortuna de cerca de mil millones de dólares australianos.

—¡Eh, señora Brocket! Pare un momento, por favor. Intento hacerle una foto a su niño.

—No pienso pararme, animal degenerado —soltó Eleanor, y apretó el paso para adelantarlos.

Iba tan acelerada que estuvo a punto de chocarse con la esposa de Joe, y avanzaba a tal velocidad que Barnaby notó un soplo de aire fuerte en la cara, un soplo de aire tan fuerte que el pelo se le voló hacia atrás y se convirtió en una especie de cortavientos para los tres, que solo sirvió para frenarlos, lo cual era una ironía como pocas.

—Y, por favor, deje de mirarme así. Es de mala educación.

—Solo una foto, venga —dijo Joe, y echó a correr detrás de ella—. Todo el mundo querrá ver esto.

Prefiero no repetir lo que le soltó Eleanor entonces, pero puedo asegurar que no fue nada bonito, y corrió como una atleta hasta llegar a casa, cosa que alegró mucho a Capitán W. E. Johns, a quien le encantaban las carreras de verdad, pero dejó al pobre Barnaby temblando de frío. Una vez que regresaron a la seguridad del hogar, Eleanor soltó la correa del collar del perro y este corrió inmediatamente al jardín posterior para hacer sus cosas. Luego soltó la otra correa, que Barnaby llevaba atada a la cintura, y lo dejó flotar de nuevo hasta su colchón de gama alta modelo David Jones Bellissimo.

—¡Este comportamiento es inaceptable! —le gritó mirando hacia el techo y amenazándolo con el dedo. Sintió tal resentimiento contra el pobre niño que las malas ideas volvieron a colarse en su mente—. No pienso tolerarlo, Barnaby Brocket, ¿me has oído? Soy tu madre e insisto en que dejes de flotar ahora mismo. ¡Baja de una vez!

—Pero no puedo —dijo Barnaby con voz triste.

—¡Baja de una vez! —le gritó su madre, y se le enrojeció la cara de tanta rabia.

—Pero no sé cómo —dijo Barnaby—. Simplemente soy así.

—Pues lo siento —contestó Eleanor, negando con la cabeza y bajando por fin el tono de voz—. Pero tengo que decirte que no me gusta mucho cómo eres.

Y dicho esto, se metió en la cocina, cerró la puerta y no habló con nadie en toda la tarde.

Capítulo 4

El mejor día de la vida de Barnaby (de momento)

—La opción más lógica es el St. Aloysius —dijo Eleanor la noche en que Alistair y ella se plantearon qué hacer con la educación de Barnaby—. Al fin y al cabo, está a la vuelta de la esquina.

—No pienso mandarlo allí —dijo Alistair—. Casi todos nuestros vecinos llevan a sus hijos a ese colegio. El barrio entero de Kirribilli hablaría de nosotros. ¿Y qué pasaría si los rumores llegaran a Bother & Blastit? La gente me miraría mal.

—Bueno, ¿y qué propones entonces? —preguntó Eleanor.

—¿Cómo se llama la escuela esa que hay en el barrio de Lavender Bay? Está un poco más lejos, pero...

—¡Decididamente no! —exclamó Eleanor, que miraba a su marido como si fuera un cabeza de chorlito—. Jane Macquarie-Hamid, la vecina de enfrente, lleva allí a su pequeño Duncan. ¿Qué diría?

—Pues no sé qué otras opciones nos quedan —respondió Alistair, y soltó un suspiro—. No sé, a lo mejor podríamos esconderlo en casa. ¿De verdad crees que le hace falta estudiar?

—Anda, claro que sí —dijo Eleanor, y se puso a rastrear por Internet una lista de colegios de Sidney hasta que encontró uno que se ajustara a lo que buscaba—. No podemos añadir la ignorancia y la estupidez a sus otros defectos. Mira, aquí está —añadió con voz victoriosa, y giró el portátil para mostrárselo a su esposo—: El Correccional para Niños No Deseados.

—Es casi como si lo hubieran construido pensando en Barnaby —dijo Alistair, y consultó la página web del centro, que se explayaba en el hecho de haber sido fundado por un antiguo director de la Cárcel de Mujeres de Dillwynia para educar a los niños que, por un motivo u otro, habían sido expulsados del sistema escolar oficial.

—¿Quieres que pida cita?

—No pasa nada por ir a ver la escuela. Además, no tiene mala pinta, ¿no crees? —añadió Alistair mientras hacía clic en las fotos que aparecían en la pantalla—. Todo ese alambre de espino en la parte superior de los muros debe de formar parte de algún proyecto para enseñarles a los niños cómo eran los campos de prisioneros de guerra.

—Y mira cómo es el edificio —dijo Eleanor—. Igual que uno de esos asilos de pobres que salen en *Oliver Twist*. ¡Seguro que a los niños les encanta!

—Desde luego que sí —coincidió Alistair.

Y así pues, tres días más tarde, se encontraron sentados enfrente de Harriet

Hooperman-Hall, la directora del colegio.

—No es que no sea un niño inteligente —dijo Alistair.

—En realidad, es muy listo —dijo Eleanor—. Lee unos libros extraordinarios, se lo aseguro. Prefiere a los autores que están muertos —añadió y soltó una risita, como si nunca hubiera visto una cosa tan extraordinaria.

—Y nunca ha causado problemas —prosiguió Alistair—. Pero nos da la impresión de que a Barnaby le iría bien un poco de... ¿cómo podría decirlo?... de atención especial.

La señora Hooperman-Hall sonrió y se atusó los bigotes; se parecía un poco a una cabra, aunque los dos dientes delanteros recordaban más a los de un dromedario. Antes de hablar se pasaba la lengua por toda la capa gruesa y rancia de pintalabios rojo intenso que se le pegaba a las comisuras de la boca como el mortero a un ladrillo, y culebreaba con ella de una forma bastante asquerosa.

—Alistair y Eleanor —dijo—. ¿O debería llamarles señor y señora Brocket? Con frecuencia se produce un malentendido con lo que pasa aquí en el Correccional, pues la gente cree que nuestros estudiantes son más problemáticos que los de otras escuelas. Sí, es cierto que algunos de nuestros alumnos han ido entrando y saliendo de reformatorios para delincuentes juveniles casi desde que aprendieron a andar. Y sí, aunque sea desagradable, es cierto que tenemos cámaras de seguridad en todas las aulas y detectores de metales en todas las puertas. Y no, no aplicamos toda esa mandanga de leyes modernas que exigen que todos los profesores tengan un certificado de aptitud pedagógica, si es que alguien sabe qué significa eso. En realidad, yo nunca he entendido el término, ¿y ustedes?

—Bueno, creo que significa...

—Pero, a pesar de todas esas cosas, nos enorgullecemos de abrir nuestras puertas a las ocho en punto todas las mañanas y cerrarlas con candado todas las tardes a las tres. Y, a pesar de que en las ocho horas que quedan entre medio no ocurre casi nada de provecho...

—Perdone, diría que en realidad son siete horas —comentó Alistair, a quien siempre se le habían dado bien los números.

—A pesar de que en las ocho horas que quedan entre medio no ocurre casi nada de provecho —insistió la señora Hooperman-Hall—, por lo menos conseguimos que pierdan de vista a sus hijos, cosa que, reconózcanlo, es lo que desean. Aquí aceptamos todas las diferencias —añadió con tono magnánimo—. ¿Dicen que su pequeño Barnaby flota? ¿Y qué importa? Tenemos a un niño de seis años que salta como un canguro. Otro que participó en un robo a mano armada de una tienda de licores y se niega a decir dónde escondió el botín. Un tercero que habla francés con soltura. Pero ¿acaso les recriminamos esas cosas? No, señores.

A Alistair y Eleanor les pareció estupendo, y poco después de esa conversación se

marcharon del centro e intentaron hacer la vista gorda para no fijarse en el empapelado que se despegaba de las paredes, en la moqueta llena de quemaduras de cigarrillos y en las papeleras rebosantes de basura que vieron al pasar, algo que podía provocar un incendio en cualquier momento.

Como apenas se había relacionado con otros niños durante su corta vida (salvo con Henry y Melanie, por supuesto), era comprensible que Barnaby estuviera nervioso durante la primera semana en el Correccional para Niños No Deseados. Sin embargo, tuvo la suerte de que lo sentaran al lado de otro niño nuevo, Liam McGonagall, cuyo tatarabuelo había sido uno de los primeros delincuentes desterrados a Australia desde Gran Bretaña en el siglo XIX, después de que lo expulsaran de Irlanda por mear en la estatua del rey Jorge IV. Igual que a Barnaby, a Liam le intimidaba la idea de pasar el día en una clase llena de niños a los que no conocía; a él también le costaba hacer amigos, pues había nacido con una desafortunada anomalía médica: sus brazos terminaban en las muñecas y a continuación, en el lugar donde deberían haber estado las manos, tenía dos pulcros ganchos metálicos. Eso aterraba a casi todos los niños de la clase, pero no molestaba a Barnaby ni una pizca. En realidad, le habría encantado chocar los cinco con el gancho derecho de Liam la mañana en que se conocieron y todas las mañanas siguientes, pero era imposible, porque la señora Hooperman-Hall siempre salía a recogerlo a la puerta del colegio y lo llevaba directamente a su asiento, donde lo ataba a la silla con una cuerda muy tirante y un montón de nudos complicados.



—¿Fue un accidente? —le preguntó Barnaby a Liam cuando fueron lo bastante amigos para hacer preguntas personales, cosa que ocurrió apenas unas horas más tarde—. Me refiero a lo de perder las manos.

—No, nací así —dijo Liam—. Son cosas que pasan a veces. Hay personas que no tienen cerebro, como Denis Lickton, el de ahí. —Señaló con la cabeza a un chico más alto que la media, que se entretenía charlando con sus zapatos—. Otros no saben lo que es tener estilo —dijo a continuación, y miró a un chico de aspecto nervioso, George Raftery, que lucía un sombrero parecido al de Robin Hood—. Pero yo no tengo manos. Primero probé con unas de plástico, pero no les cogí el tranquillo. Los ganchos funcionan mejor. Puedo hacer de todo con los ganchos. Salvo meterme el dedo en la nariz.

—Están relucientes —dijo Barnaby, pues le admiraba el brillo que desprendían.

—Es porque los pulo todas las mañanas antes de salir de casa —contestó Liam, encantado de que Barnaby se hubiera dado cuenta—. Me gusta tener buen aspecto. Además, como no he conocido otra cosa, no me molesta tener ganchos. Lo único malo es que no puedo jugar al baloncesto, y estoy seguro de que se me daría bien.

—A mí sí que se me daría genial —dijo Barnaby—. Bastaría con que flotara con la pelota en la mano y la dejara caer sobre la canasta. Las metería todas.

—¿Siempre has flotado?

—Desde que nací.

—¡Jo, qué suerte! —exclamó Liam McGonagall, y no hizo falta más para que se hicieran amigos. Muy fácil, la verdad.

Las semanas fueron pasando, pero la rutina diaria continuó siendo la misma. Barnaby llegaba al correccional justo antes de que sonara el pistoletazo de salida, entonces lo ataban inmediatamente a la silla y lo dejaban ahí aparcado el resto del día, mientras él se esforzaba por no ponerse triste cuando los otros niños se metían con él, a la vez que forjaba una alegre amistad con Liam McGonagall.

—¿Te gusta el colegio nuevo? —le preguntó Alistair una noche durante la cena.

Había levantado la cabeza para mirar a su hijo mientras terminaban de comerse un flan de ruibarbo que Eleanor había tardado toda la tarde en preparar y que estaba casi (pero no del todo) comestible.

—No, es horrible —dijo Barnaby—. El colegio huele a fruta podrida, los otros niños son malos conmigo y nos lo enseñan todo al revés. Hoy nos hemos pasado una hora estudiando a los reyes y reinas de Nueva Zelanda, ¡y eso que no hay!, hemos aprendido a plantar árboles de patatas y nos han dicho que la capital de Italia es Júpiter.

—Pero es Barcelona, ¿no? —preguntó Alistair, que tal vez fuera un hacha con los números, pero andaba un poco pez en geografía.

(Por supuesto, nunca había salido de Australia, porque creía que las personas normales no debían sentir ganas de ver el mundo. De hecho, nunca había salido siquiera del estado de Nueva Gales del Sur. Y ya que nos ponemos, nunca había salido de Sidney.)

—Luego la señora Hooperman-Hall ha dicho que quería montar un club de lectura y nos ha preguntado si teníamos alguna sugerencia de cosas que pudiéramos leer. Yo he dicho *El hombre de la máscara de hierro* y me ha dicho que no: los libros como ese eran demasiado complicados para ella y no podría dormir si se le llenaba la cabeza de teorías conspiratorias. Entonces he propuesto uno infantil, en el que Bobby Brewster es conductor de autobús, y me ha dicho que en realidad solo le gustaba leer libros sobre vampiros, porque eran muy estimulantes y originales.

—¿Qué significa «estimulantes»? —preguntó Melanie mirando hacia el techo. Henry resopló encima del flan y Capitán W. E. Johns dejó que las orejas le cayeran sobre la cara.

—¡Melanie! —la reprendió Eleanor muy azorada—. No digas esa palabra. No permitiré que nadie se sienta estimulado en esta casa, ¿me has oído? No es normal.

—Yo no me he sentido estimulado en toda mi vida —añadió Alistair—. Y tengo más de cuarenta años.

—Odio ese colegio —masculló Barnaby—. Solo hay un niño con el que me llevo bien. Tiene ganchos en lugar de manos.

—Fantástico —comentó Henry.

—No es fantástico —insistió Eleanor, y negó con la cabeza, como si no esperara menos de una escuela dispuesta a aceptar a su hijo como alumno—. Es anormal, eso es lo que es. Pero, con todo, me alegro de que estés contento de ir.

—Pero si no estoy contento —dijo Barnaby—. Te lo acabo de decir.

—Muy bien, cariño mío.

Sin embargo, al final resultó que su carrera en el correccional terminó de forma abrupta lo quisieran o no sus padres. La tarde del miércoles siguiente, el olor a podrido, los techos grasientos, las papeleras rebosantes de desperdicios, las quemaduras de cigarro, el pintalabios de la señora Hooperman-Hall y el empapelado levantado se combinaron para originar un incendio espontáneo en un rincón del largo pasillo que separaba a los alumnos nuevos, todavía de prueba, de los condenados a cadena perpetua. El fuego se extendió por la moqueta vieja y dio a luz diferentes llamas más pequeñas mientras lamía el camino por debajo de cada puerta y, al entrar en el aula de Barnaby, ascendió a toda prisa por las paredes, que sirvieron de combustible ideal para ayudarlo a crecer y hacerse más fuerte. Al cabo de pocos minutos, la señora Hooperman-Hall y los niños gritaban como locos y tiraban de los antiguos barrotes de hierro con el fin de separarlos de las ventanas y saltar al tejado, y desde ahí deslizarse por el caño del desagüe para ponerse a salvo.

Por desgracia, Barnaby seguía atado a la silla. A nadie se le había ocurrido salvarlo.

—¡Socorro! —gritaba tirando de las cuerdas, pero, cuanto más estiraba, más apretaba los nudos—. ¡Que alguien me ayude!



Las llamas se habían avivado y una pared entera de la clase estaba abrasada ya por el fuego. Barnaby se puso a toser, notaba que el humo se le pegaba a la garganta y lo asfixiaba mientras empezaban a brotarle lágrimas de los ojos.

—¡Socorro! —volvió a chillar, aunque ahora su voz apenas era audible.

Se dio cuenta de que tal vez fuera la última palabra que iba a pronunciar, que podía morir en ese incendio y no volver a ver a Alistair, a Eleanor, a Henry, a Melanie ni al Capitán W. E. Johns. Tiró por última vez con todas sus fuerzas de las cuerdas que le rodeaban las muñecas y los tobillos, pero nada de lo que podía hacer servía para aflojarlas. Bajó la cabeza y se mentalizó de que le resultaría imposible liberarse solo y tendría que enfrentarse a los siguientes minutos de agonía con todo el valor que fuera capaz de aunar. Aunque a alguien se le ocurriese volver a buscarlo a esas alturas, los nudos estaban ya tan apretados que ninguna mano humana sería capaz de deshacerlos.

Por eso, fue una suerte que la única persona que volvió para ayudar a Barnaby no tuviera manos humanas; en lugar de eso tenía unos relucientes ganchos.

—No te muevas, Barnaby —suplicó Liam McGonagall, también entre toses, mientras intentaba enfocar la vista sobre las cuerdas y empleaba las puntas de los

ganchos como si fueran una pinza para deshacer los nudos—. Deja de tirar de las cuerdas... Así me lo pones más difícil.

Barnaby hizo lo que le mandaba y no tardó en empezar a notar que las cuerdas del tobillo izquierdo se aflojaban; con un solo movimiento logró liberar la pierna. Luego hizo lo mismo con la derecha. Después el brazo izquierdo, seguido al instante por el derecho. Liam lo había conseguido: había desatado los nudos.

—Ay, no, no hagas eso —dijo, y apresó los tobillos de su amigo Barnaby con los ganchos cuando este empezó a flotar hacia el techo, que para entonces se había convertido en un flamante mar de fuego naranja—. Súbete a mi espalda, Barnaby, y agárrate fuerte.

Barnaby obedeció y los dos chicos se encaminaron hacia la ventana, saltaron y se deslizaron por el caño del desagüe, para aterrizar en el suelo con un trompazo morrocotudo que les hizo perder el equilibrio. Barnaby estuvo a punto de ponerse a flotar otra vez, pero Liam fue más rápido que él y lo agarró con firmeza para que no se escapara.

—Se acabó —dijo Barnaby levantando la mirada hacia el viejo edificio, que se rindió ante las llamas y se desplomó delante de ellos.

—Ahora ya no serán capaces de reabrirlo —dijo Liam.

Los dos niños se miraron y dibujaron una sonrisa de oreja a oreja. Seguramente fue el mejor día de la vida de Barnaby (de momento).

Capítulo 5

El mago del puente

Dos semanas más tarde, Barnaby estaba atado al sofá de la sala de estar, leyendo *Secuestrado*, de Robert Louis Stevenson, cuando entró Eleanor. Arrastraba por el suelo un paquete muy pesado con una etiqueta en la que ponía: «Para Barnaby, de la señora Eleanor Brocket».

—¿Para mí? —preguntó el niño, y miró a su madre muy sorprendido.

—Sí, es un regalo muy especial —le dijo—. Te gustará, estoy segura.

Barnaby arrancó el envoltorio y descubrió que dentro había una mochila requetenueva. Era un poco grande para su cuerpecillo tan pequeño, y tenía un par de robustas asas colgando.

—Es para el colegio —dijo Eleanor, quien había desistido en su empeño de encontrar una escuela que no le sonara a ninguno de sus amigos y había aceptado, a regañadientes, llevar a Barnaby a una escuela primaria del barrio.

—Pero si ya tengo mochila —respondió él.

—Sí, pero la que tienes es para guardar los libros. Esta es... la nueva es... —intentó explicar Eleanor—. Bueno, cuélgatela a la espalda y verás para qué es.

Barnaby se agachó para coger un asa y, para su enorme sorpresa, descubrió que era casi imposible levantar la mochila.

—Cuánto pesa —dijo—. Parece que esté llena de piedras.

—No te preocupes por eso —le dijo Eleanor mientras Capitán W. E. Johns se asomaba por la salita para comprobar si su amo estaba bien—. Póntela y ya está, ¿de acuerdo? Quiero ver si funciona o no.

Barnaby se las vio y se las deseó para levantar la mochila del suelo, pero al final consiguió pasar el hombro izquierdo por una de las asas. Estuvo a punto de caerse de bruces al hacerlo, pero, a saber cómo, logró meter también el brazo derecho y entonces todo se equilibró. Sus pies se elevaron del suelo unos segundos y empezó a flotar, pero, al cabo de un momento, el peso de la mochila era tan grande que no pudo más y descendió al suelo. Sus zapatos aterrizaron en la alfombra con un satisfactorio golpe seco.

Capitán W. E. Johns, nada satisfecho, ladró.

—¡Funciona! —exclamó Eleanor, y dio una palmada, encantada de la vida—. El ayuntamiento me ha mandado unas bolsas de arena porque les dije que tenía miedo de que hubiera una inundación. He metido dos bolsas en la mochila para equilibrar tu peso. Es perfecto, ¿a que sí?

—Pero no podré andar con esto a la espalda —protestó Barnaby—. Me duele

mucho.

—Venga, no seas crío.

Barnaby, como quería complacer a su madre, hizo lo que le mandaba, aunque no fue fácil. La primera semana se le pusieron los hombros morados por culpa del peso que se veía obligado a cargar, pero con el tiempo se le fortalecieron y dejó de notarlos tanto. Como cada mes que pasaba el niño crecía un poco, Eleanor colocaba más arena en cada bolsa y el proceso volvía a comenzar. Lo curioso del caso, sin embargo, era que, siempre que le obligaban a quedarse en el suelo, le dolían un poco los oídos.

En clase, a Barnaby le sujetaban los tobillos con unos grilletes para que pudiera tener las manos y el cuerpo libres, por si acaso aparecía por ahí un personaje importante, como el presidente o una de las hermanas Minogue, en una visita oficial; la escuela, igual que Alistair y Eleanor, no veía con buenos ojos a los alumnos que destacaban entre la multitud.

La única cosa que ponía triste a Barnaby era que a su amigo Liam McGonagall no lo hubieran mandado al mismo colegio. Su familia se había trasladado a la India, donde a su padre le habían ofrecido un empleo como diseñador de accesorios para el ordenador, y habían perdido el contacto, como ocurre a veces, incluso con los mejores amigos.

Pasó un año, y luego otro, y luego dos más, y Barnaby cumplió los ocho. Seguía durmiendo en la litera inferior de la habitación de Henry y le habían asignado la estantería más alta de la librería para que almacenara allí su creciente biblioteca. Era una decisión muy lógica, porque así podía flotar por el techo todo lo que quisiera, reorganizar los libros, agrupar todas sus versiones de *Los tres mosqueteros* en el mismo sitio y mantener su apreciadísima colección de huérfanos (*Oliver Twist*, *Las normas de la casa de la sidra*, *Jane Eyre*) siempre a mano.

Barnaby Brocket sentía una afinidad especial por los huérfanos.

Y entonces, una bonita mañana de febrero, su profesor, el señor Pelford, anunció a sus alumnos que iban a salir del colegio para hacer una excursión especial.

—¿Cuál es la atracción más famosa de Sidney? —preguntó mientras paseaba la mirada por la clase, entre un mar de manos que no habían emergido nunca a la superficie—. ¿Katherine Flowers?

—¿El centro comercial Westfield Mall? —probó encogiéndose de hombros.

—No digas tonterías —soltó el señor Pelford—. Qué niña tan boba. Marcus Foot, ¿cuál es la atracción más famosa de Sidney, por favor?

—La Ópera —respondió el niño, que una vez había visto allí una obra y desde entonces soñaba con representar el papel de uno de los grandes héroes de Shakespeare en el escenario de la Ópera de Sidney. A ser posible, alguien que llevara leotardos y una espada. Marcus Foot, que en muchos sentidos era un niño raro, creía que no podía haber nada mejor en la vida que describir cabriolas enfundado en un par

de leotardos y blandiendo una espada.

—Sí, pero en lo que estoy pensando no es eso —dijo el señor Pelford—. Vamos, que alguien lo diga, por favor. Alguien con la cabeza bien amueblada.

—La Gran Muralla China —propuso Richard L'Estrange.

—Las Cataratas del Niágara —dijo Emily Piper.

—¡El Big Ben! —gritaron las gemelas Mickleson, Amy y Aimee.

—Por el amor de Dios, niños —dijo el maestro, y elevó las manos—. Es el Puente de la Bahía, ¡faltaría más! Un extraordinario hito de la ingeniería sobre el cual, si me permitís el comentario, una mujer llamada Geena Llewellyn aceptó ser la segunda esposa de David Pelford una tarde lluviosa de julio hace unos siete años.

Los niños se mostraban escépticos ante la posibilidad de que el señor Pelford hubiera podido convencer a una mujer de que se casara con él, ya no digamos a dos.

—Y como premio especial —continuó— he organizado una actividad para que todos subamos al puente esta tarde, igual que los turistas. Sí, incluso tú, Stephen Hebden. Y no quiero oír ni una palabra sobre tu vértigo crónico.

Contentos de hacer algo distinto, los niños salieron y anduvieron hasta el autobús que los estaba esperando, y, en el breve trayecto que siguió, Barnaby se dedicó a curiosear desde el techo mientras los otros niños leían tebeos, analizaban el contenido de sus pañuelos de papel o escuchaban música con el iPod, y lamentó no poder ocupar el asiento vacío que quedaba entre sus compañeros y que le correspondía por derecho propio.

Cuando llegaron al puente, los recibió un estudiante llamado Darren («llamadme Daz»), que tenía el pelo rubio alborotado, la cara abrasada por el sol y los dientes más blancos que Barnaby hubiera visto en un ser humano.

—¡Buenos días, escaladores de puentes! —les gritó, como si nunca hubiera estado tan contento como en ese preciso instante—. ¿Estáis todos preparados para ver Sidney desde arriba?

Se oyeron algunos gruñidos por parte de los niños, que Daz pareció entender como respuestas afirmativas, porque dio una palmada y gritó: «¡Muy bien! ¡Pues allá vamos!», con un tono histérico.

En realidad, algunos de los compañeros de clase de Barnaby empezaron a contagiarse de su entusiasmo cuando la gran estructura del puente se extendió ante ellos. La mayoría habían cruzado ese puente arriba y abajo en el coche de sus padres cientos de veces, pero nunca se habían parado a mirarlo con detenimiento. Y para algunos, para esos pocos niños perspicaces, era un ejemplo de belleza.

—Aunque claro, no podemos hacer el ascenso con ropa de calle, ¿eh? —dijo Daz, y los condujo a una sala especial en la que había dispuesta una fila de monos elásticos de color gris y azul, además de cascos, jerséis de lana, impermeables, zapatillas especiales para escalada y un amasijo de cables de aspecto curioso—. Tenemos que

vestirnos como profesionales.

Se pusieron el atuendo y todos ellos disfrutaron de lo lindo al verse enfundados en unas prendas nuevas tan fantásticas. Las chicas se recogieron el pelo con unas redecillas especiales para que no les tapara la cara.

—A veces allí arriba sopla mucho viento —dijo Daz, y soltó una alegre carcajada, como si la posibilidad de caerse del puente a las aguas del muelle por culpa de un vendaval fuera una idea desternillante—. Y no queremos que nadie se caiga al agua, ¿verdad que no? ¡Nunca más! Ese es mi lema. Bueno, ¿alguien ha bebido?

Los niños se miraron unos a otros confundidos y Marcus Foot levantó la mano, algo inseguro.

—Yo me he tomado un refresco de arándanos en el autobús —respondió nervioso—. Pero ya he pasado por el cuarto de baño, si es eso lo que le preocupa.

—Yo he ido cuatro veces —dijo Stephen Hebden, que buscaba cualquier excusa para no tener que subir.

—No me refiero a eso —dijo Daz entre risas—. Por favor! No podemos dejar que la gente escale el puente si le ha dado al frasco. Tendré que pedirlos a todos que hagáis la prueba de alcoholemia.

—¡Por el amor de Dios! —contestó el señor Pelford, quien por un momento tuvo miedo de que él no pasara la prueba—. Solo tienen ocho años.

—Son las normas, colega —dijo Daz, y le dio a cada niño un tubito para que soplara. Luego leyó lo que marcaban—. Está en juego algo más que mi empleo si dejo que alguien suba ahí sin haber soplado antes aquí.

Diez minutos más tarde, después de que todos demostraran que estaban sobrios, les ajustaron a los trajes una maraña de cuerdas y cables con formas muy raras y después los condujeron a las escaleras metálicas. En cuanto salió al aire libre, Barnaby empezó a elevarse flotando, apenas frenado por el peso del traje y del equipo que llevaba puesto, pero Daz fue tan rápido de reflejos que lo agarró por el tobillo y tiró de él para que volviera a la superficie.

—¿Adónde crees que vas, colega? —le preguntó, y miró al chico con cara sorprendida.

—No es culpa mía —explicó Barnaby—. Floto.

—¡Es alucinante! —exclamó Daz, que era una de esas personas tan poco corrientes que valoraban la diferencia en lugar de temerla.

Sin soltar a Barnaby, fue colocando a todos los niños en fila india, y luego aseguró los arneses que llevaban a la barra que discurría por el interior del puente mismo.

—¿Sabéis una cosa? Se supone que no podemos dejar que los niños tan pequeños como vosotros escalen el puente —les dijo Daz cuando estaban justo a punto de empezar—. Pero hoy es un día muy especial.

—¿Por qué? —preguntó George Jones, un chico famoso por su flatulencia; una reputación que, un momento después, demostró que se había ganado a pulso.

—Porque sí, colega —contestó Daz, y le guiñó un ojo—. Imaginaos que soy el mago del puente. Todo será desvelado a su debido tiempo.

Empezaron a ascender y, una vez fijado al puente, Barnaby descubrió que era capaz de caminar sin que nadie lo sujetara.

—Ahora eres igual que todos nosotros —le dijo Philip Wensleydale con una sonrisa.

—Sí —respondió Barnaby, y frunció tanto la frente que se le formó una arruguita vertical en el entrecejo—. Sí, supongo que sí.

Lo que pasaba era que, para su enorme sorpresa, Barnaby no estaba contento de sentirse igual que todos los demás. Era como si fingiera ser alguien que no era.

Empezaron a ascender, y una niña, Jeannie Jenkins, intentó proponer que cantaran a coro una ferviente interpretación del himno «Advance Australia Fair», pero nadie se unió a la canción y la niña se dio por vencida después de la primera estrofa. Donald Sutcliffe y su archienemigo James Caruthers, apostados uno frente al otro, empezaron a hablar de sus perros, pues ambos tenían spaniels cavalier King Charles; a raíz de eso, se olvidaron por completo de todas las barbaridades que se habían hecho el uno al otro a lo largo de los años y forjaron una nueva amistad. Katie Lynch, una niña muy aplicada, se puso a recitar poesía mentalmente. Cornelius Hastings, a quien todo el mundo llamaba «Corny», se asomó por un lateral y fue señalando todos los edificios que veía, suspirando muy asombrado y repitiendo una y mil veces: «Tendría que haber traído la cámara», hasta que Lisa Farragher, que iba justo detrás de él, lo amenazó con violencia. Dylan Cotter contaba los escalones. Jean Kavanagh jugueteaba con su pelo. Anne Griffin se preguntaba si el vecino de al lado habría matado a su esposa, recién fallecida, y decidió que en cuanto volviera a poner los pies en el suelo iniciaría una investigación.

En pocas palabras, todo el mundo se entretenía como podía mientras ascendían por el lateral del Puente de la Bahía.

Al cabo de una hora más o menos, llegaron a la cúspide y se dieron la vuelta para mirar hacia abajo, a la ciudad que se desplegaba ante ellos. Era una vista extraordinaria. A lo lejos, un globo aerostático se preparaba para aterrizar en una de las zonas verdes que había en las afueras de la ciudad, y Barnaby distinguió dos siluetas dentro de la cesta, que saltaban arriba y abajo muy emocionadas. Por debajo de ellos, los carriles de tráfico denso silbaban al cruzar de un extremo de Sidney al otro, y el ruido de los motores amortiguaba el sonido de los gritos de Stephen Hebden y los pedos de George Jones. A la derecha podían ver casi hasta la isla de Cockatoo, y cuando Barnaby volvió la cabeza hacia la izquierda, contempló las láminas blancas de la Ópera y los ferries que transportaban a los habitantes de Sidney desde el Muelle

Circular hasta la bahía y las calas que había detrás.

Desde aquella altura resultaba fácil comprender por qué no cabía duda de que Sidney era la ciudad más maravillosa del mundo, y Barnaby supo que solo un tonto preferiría vivir en cualquier otro sitio.

—Bueno, pues ahora, ¡abajo! —anunció Daz después de darles tiempo a hacer unas cuantas fotografías, y el grupo al completo se dio media vuelta para empezar a descender.

A mitad de camino, Barnaby se dio cuenta de que había una gran muchedumbre congregada junto a la entrada de la plataforma del puente. Cuando se acercaron un poco más, distinguió un grupo de furgonetas de las noticias con antenas de satélite en el techo aparcadas en la calle y a un montón de fotógrafos haciendo fotos desde la terraza del hotel Harbour View.

—¿Qué pasa? —preguntó Lucy Honeyfield.

—Ya os he dicho que era un día especial —contestó Daz con una sonrisa, pero se negó a dar más explicaciones.

Cuando llegaron a la base, vieron a cada lado una fila de gente ordenada a modo de pasillo, dispuesta a darles la bienvenida. Se parecían a las filas que forman los futbolistas cuando van a tocar el himno en el estadio Rod Laver Arena.

—¡Nueve millones novecientos noventa y nueve mil, novecientos noventa y siete! —gritaron al unísono los espectadores (cosa que no era nada fácil) cuando Dennis Peel caminó entre ellos y desenganchó el arnés del puente.

—¡Nueve millones novecientos noventa y nueve mil, novecientos noventa y ocho! —gritaron cuando Emily Piper hizo lo mismo.

—¡Nueve millones novecientos noventa y nueve mil, novecientos noventa y nueve! —chillaron, elevando la voz al máximo de tanta emoción cuando Jeannie Jenkins pisó el suelo.

Y entonces...

—¡DIEZ MILLONES! —rugieron cuando Barnaby Brocket puso el pie en el último escalón, y una repentina marea de cámaras y fotógrafos empezó a dar codazos a los periodistas para obtener la posición más privilegiada.



—Chaval, ¿cómo te llamas? —le preguntó un hombre de mediana edad con un traje de tweed a rayas mientras le encasquetaba un micrófono debajo de la boca con una pieza cuadrada en la que ponía CANAL 9 NOTICIAS.

—Barnaby Brocket —dijo Barnaby Brocket.

—¿Y qué se siente cuando eres la persona número diez millones que escala el Puente de la Bahía de Sidney?

Barnaby echó un vistazo a su alrededor, un poco abrumado por las miradas atentas, y Daz se acercó, desenganchó el arnés y se subió a Barnaby a hombros antes de que pudiera ponerse a flotar. Lo metieron en una sala donde estaba a punto de comenzar una rueda de prensa y lo sentaron al lado de un anciano increíblemente viejo que le dio una palmadita en la rodilla y dejó la mano ahí pegada mientras se estrujaba la cara y miraba fijamente al muchacho.

—Soy el último que queda vivo —le dijo.

—¿El último qué vivo? —preguntó Barnaby.

—Yo construí el puente —explicó el anciano—. No lo hice solo, claro, aunque casi, casi.

Y soltó la mano y Barnaby flotó hacia el techo, cuya superficie lo frenó. La sala se convirtió al instante en una tormenta de relámpagos en forma de flashes y cámaras de televisión.

—¡Asombroso! —exclamaban los periodistas.

—¡Extraordinario!

—¡Qué horror, Dios mío! ¡Qué horror!

Esta última exclamación no provino de ninguno de los participantes en la rueda de prensa, sino de Eleanor Brocket, mientras veía las noticias esa misma noche.

—Pensarán que es un monstruo. ¡Pensarán que todos somos monstruos! —Se volvió hacia su marido desesperada y miró por la ventana que daba a la fachada principal, donde las furgonetas de prensa seguían atrincheradas desde última hora de la tarde—. Ha convertido a nuestra familia en el hazmerreír del barrio. Todo esto es insoportable, una tortura.

—Es que no podemos confiar en ti, ¿verdad? —le espetó Alistair, y amenazó levantando el dedo a su hijo, que estaba en el techo, aplastado contra el colchón de gama alta modelo David Jones Bellissimo—. Mira cuánta atención no deseada tenemos ahora por tu culpa. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

—Pero no ha sido culpa mía —protestó Barnaby.

—Bah, siempre es culpa tuya —insistió Alistair—. Estaba en el trabajo, ¡en el trabajo, Barnaby!, y tu payasada ha salido por la televisión. ¿Tienes idea de lo que ha supuesto para mí? ¿Sabes lo que es que todo el mundo me mire? ¿Que todo el mundo cuchichee sobre mí? ¿Que todo el mundo hable a mis espaldas?

—Lo siento —dijo Barnaby, y notó que las lágrimas empezaban a formarse en sus ojos.

—¿Y de qué sirve decir «lo siento»? —preguntó Alistair. Se dio la vuelta y se sentó, enterrando la cara en las manos—. Lo único que quería en esta vida era llevar

una vida normal, con una familia normal y unos hijos normales. Y entonces tuviste que llegar tú y estropearlo todo.

Eleanor miró a su marido y comprendió su rabia, porque ella la sentía en igual medida. Levantó la mirada hacia su hijo, respiró profundamente por la nariz como un dragón que se prepara a incinerar a un grupo de aldeanos harapientos, y habló con una furia apenas controlada.

—No vamos a aguantarlo ni un minuto más —sentenció—. Ocho años son más que de sobra. No pensamos tener un hijo que sea diferente, ¿te enteras, Barnaby? Hay que hacer algo. O te vuelves normal o... o... —Se quedó pensativa, preguntándose cómo podía terminar esa frase—. O tendremos que poner fin a tu egoísmo nosotros mismos, de una vez por todas.

Capítulo 6

El increíble caso de la Silla de la Señora Macquarie

Los periodistas y los equipos de noticias tardaron por lo menos una semana en cansarse de estar apostados a las puertas de la casa de la familia Brocket y marcharse a molestar a otras personas. Eleanor no se había atrevido a salir durante todo ese tiempo, y se había refugiado en su guarida, sin apenas terciar palabra, mientras su resentimiento hacia Barnaby crecía por momentos. Alistair se había tomado unos días de vacaciones extra, algo que no había hecho jamás, porque la gente normal, según él, no usaba la excusa de que se había puesto enferma; trabajaban cinco días a la semana, de nueve a cinco, y aceptaban un día de trabajo justo a cambio de un salario justo. Al final, un triste martes por la noche, se sentaron juntos en la cocina con la puerta cerrada. Mandaron a Henry y a Melanie a su habitación. Dejaron que Barnaby flotara en el colchón de la sala de estar. Incluso Capitán W. E. Johns quedó exiliado en el jardín, a pesar de que ya había llevado a cabo sus asuntos privados un rato antes en la zona escondida que quedaba debajo del manzano y no tenía nada más que añadir.

Eleanor rompió el hielo y le contó a Alistair la idea que se le había ocurrido hacía poco. (En realidad no se le había ocurrido hacía poco, qué va; se le había ocurrido en el asiento del taxi, ocho años antes, cuando volvía del hospital, pero no quería admitirlo.)

Alistair pensó que su idea era bastante acertada, pero propuso algunos cambios de su propia cosecha.

Eleanor accedió a hacer esos cambios y añadió otros pocos, uno de los cuales descartaron de mutuo acuerdo porque lo consideraron innecesario y dijeron que solo serviría para darle un efecto cómico.

Alistair lanzó una última propuesta y Eleanor fue corriendo al cajón de la cocina para asegurarse de que las tijeras de acero más afiladas que tenía se hallaban en el sitio de costumbre.

—Aquí están —dijo, mientras las mostraba en alto.

Los últimos rayos de luz que se colaban por la ventana resplandecieron en las dos hojas de un modo de lo más satisfactorio.

Y fue entonces cuando tomaron la terrible decisión.

—¿Estamos seguros de lo que vamos a hacer? —preguntó Eleanor.

—Yo estoy seguro si tú estás segura —dijo Alistair.

—Sí —dijo Eleanor decidida—. Yo estoy segura al cien por cien.

—Mentalízate de que no habrá vuelta atrás, ¿eh?

—Alistair, él es el único que tiene la culpa. ¿Tú les hiciste pasar a tus padres por esta pesadilla? ¿Y yo lo hice?

—¿Nos damos la mano para zanjar el trato? —preguntó Alistair, y extendió la mano.

—No me parece bien —respondió Eleanor, que no deseaba repetir ese acto tan común—. No somos criminales del hampa.

La mañana siguiente estalló con un sol radiante y un grupo de seis koels comunes de ojos rojos se dispusieron a improvisar unos nidos temporales en el jardín de los Brocket, para disgusto de Capitán W. E. Johns, que vigilaba su territorio con una autoridad que no se había visto desde el apogeo de los centuriones romanos. La familia estaba reunida en la cocina como siempre, terminando de desayunar; los niños llenos de vitalidad y los padres extrañamente apagados.

—Barnaby no lleva puesto el uniforme —observó Melanie mientras miraba hacia el techo—. ¿No tenía que volver hoy al colegio?

—No, hoy no, cariño, hoy no —respondió Eleanor.

—Pero todos los periodistas se han ido ya. El cerebro se le terminará poniendo fofo si se queda zanganeando en casa mucho tiempo más.

—Nosotros decidiremos qué tiene que hacer, jovencita —dijo Alistair—. No tú.

—Y ya lo hemos decidido —añadió Eleanor, y miró con ferocidad a su marido, pues quería estar absolutamente segura de que a ninguno de los dos se le iba a ablandar el corazón esa mañana—. ¿A que sí?

—Sí —respondió Alistair—. Sin lugar a dudas me atrevo a decir que es la mejor decisión que he tomado en toda mi vida.

—Eres un poco exagerado, ¿no crees, papá? —preguntó Melanie, mirando a su padre con sorpresa—. Lo único que vais a hacer es dejar a Barnaby sin ir al colegio un día más.

—En mi clase todos piensan que Barnaby es genial —comentó Henry, y estiró el brazo para coger otra tostada, la séptima que se comía esa mañana. Se preguntó si podría zamparse la octava antes de levantarse de la mesa—. Quieren saber si yo también floto.

—¿Lo ves? —dijo Eleanor victoriosa, encantada de que una de sus predicciones se hubiera materializado, aunque eso implicara una molestia para su hijo mayor—. ¿Se meten contigo?

—Claro que no —respondió—. A ver, mamá, ¿tú me has visto?

El chico llevaba razón. A esas alturas, Henry tenía quince años y practicaba muchos deportes. Era poco probable que a alguno de sus compañeros de clase se le ocurriera meterse con él. Ni siquiera toda esa mermelada era capaz de colarse entre tanto músculo.

—Además, ¿qué más me da si piensan que floto como Barnaby? No importa lo

que piense el resto de la gente.

—Sí importa, importa una barbaridad —dijo Alistair, y dejó el café en la mesa con un suspiro exasperado para recoger el libro de *Historia de dos ciudades* que se le había caído a Barnaby, y se lo acercó alargando el brazo—. Porque... ¿a que no te gustaría que la gente fuera por ahí diciendo que eres... no sé, un trozo de queso suizo? ¿Eh? ¿O una tetera decorativa? Sobre todo, si no es verdad...

Melanie soltó una risita. La idea de que su hermano mayor se convirtiera en un trozo de queso suizo o en una tetera decorativa le parecía la bomba. Incluso Capitán W. E. Johns ladró encantado, rodó sobre el lomo y pataleó en el aire con aspecto triunfal.

—Pueden decir lo que les apetezca sobre mí —dijo Henry, sin hacer caso a ninguno de los dos—. A palabras necias, oídos sordos, ¿no era así el refrán?

—¿Me estás diciendo en serio... —intervino Alistair, y se inclinó hacia delante para mirar fijamente a su hijo mayor como si fuera un desconocido— me estás diciendo en serio que el hecho de que todos tus amigos conozcan la desgracia de tu hermano no te avergüenza?

Henry recapacitó un momento.

—Sí —dijo, asintiendo con la cabeza—. Eso es justo lo que te estoy diciendo.

—¿A pesar de que es probable que la mayoría de ellos piense que tú no eres más que un niño flotante reprimido?

—A lo mejor lo soy —dijo Henry encogiéndose de hombros—. Nunca he sentido una gran urgencia de flotar, pero ¿quién sabe? A lo mejor, si me da la tarantela un día, en según qué circunstancias...

—Henry, ¿lo dices a propósito para disgustarme? —preguntó Eleanor, y dejó el café en la mesa, abatida.

—Solo os digo la verdad —dijo Henry—. No me importa que Barnaby flote. Nunca me ha importado. Mejor para él, eso es lo que pienso.

—Lo mismo digo yo —intervino Melanie, y miró a su hermano mayor con sentimiento de orgullo; a veces Henry podía ser un impertinente, pero, madre mía, ese muchacho tenía un corazón de oro y no le daba miedo demostrarlo.

—Será mejor que me vaya a trabajar —dijo Alistair. Se levantó y miró a sus hijos con desesperación—. ¿Sabéis una cosa? Algunas veces me pregunto en qué me he equivocado. ¿En qué nos hemos equivocado los dos, Eleanor? —Se inclinó hacia delante, le dio un beso en la mejilla a su esposa y se miraron a los ojos. Los dos sabían en qué pensaba el otro—. ¿Seguro que no quieres que te acompañe hoy? —le preguntó en voz baja.

—Creo que será más fácil si voy sola —replicó ella, y bajó la mirada a los posos del café.

—Vale, pues muy bien.

—¿Qué será más fácil si vas sola? —preguntó Melanie.

—Nada —dijo Alistair, y recogió el maletín—. Ya nos veremos todos esta noche. —Alzó la mirada hacia Barnaby y vaciló, incapaz de mirar a los ojos al niño—. Todo irá bien —añadió antes de darse la vuelta y marcharse a trabajar.

Entonces agachó la cabeza, como si una parte de él supiera que había cometido el acto de crueldad más vergonzoso del mundo.

—Creo que hoy ya estoy preparado para volver a la escuela —dijo Barnaby cuando Henry y Melanie se marcharon unos minutos más tarde y Capitán W. E. Johns se entretenía en perseguir a una ardilla que había cometido la temeridad de pararse a descansar en su jardín. (Su intención era enseñarle buenos modales a esa ardilla.)—. No quiero pasarme el día entero en el techo.

—He pensado que podríamos ir a dar un paseo —respondió Eleanor—. Al fin y al cabo, hace un día precioso, y ninguno de los dos ha salido de casa desde hace más de una semana. ¿Qué opinas? ¿Te parece una buena idea?

—No irás a ponerme otra vez la correa del perro, ¿verdad? —preguntó Barnaby.

—Lo que tú prefieras —dijo Eleanor—. La correa o las bolsas de arena.

Barnaby barajó las posibilidades.

—Me pondré las bolsas de arena.

El cielo estaba despejado y de un color azul impoluto cuando Eleanor, Barnaby y Capitán W. E. Johns salieron juntos de casa, y este último fue deteniéndose a olisquear a conciencia todos los arbustos y setos por los que pasaban, para asegurarse de que a ningún perro desconocido se le había ocurrido acercarse de noche para dejar su olor con el fin de provocarlo. Caminaron rumbo al sur, hacia los apartamentos que daban al muelle, antes de dirigirse al puente. Barnaby levantó la cabeza hacia las dos banderas que había en el punto más septentrional del puente (la bandera de los australianos y la bandera de los aborígenes) y le costó creer que apenas una semana antes hubiera estado justo debajo de ellas. Distinguió una fila de siluetas diminutas que subían por el lateral con los monos azules y grises, y se preguntó si Daz sería o no el guía que acompañaba a aquel grupo hasta el punto más alto de la estructura.

—No vamos a volver al puente, ¿verdad? —preguntó Barnaby.

Eleanor negó con la cabeza.

—Dios me libre, no —respondió—. Creo que ya hemos tenido bastantes problemas por culpa de ese puente para lo que nos queda de vida, ¿no te parece? Es una amenaza. Deberían demolerlo.

—Pero, entonces, ¿cómo cruzarían los habitantes de Sidney de un lado al otro?

—Se las apañaron durante cien años antes de que lo construyeran —dijo Eleanor—. Seguro que se les ocurriría una solución.

Barnaby empezaba a cansarse de caminar, porque hacía nueve días que no se ponía la mochila con bolsas de arena y le pesaba horrores en los hombros. Además,

volvían a dolerle los oídos, como le ocurría siempre que lo obligaban a permanecer en el suelo.

—Oye, y si no vamos a subir al puente, ¿adónde vamos? —preguntó mientras subían los peldaños que había a mano izquierda y que daban a un largo paseo peatonal que atravesaba el agua.

—A hacer un poco de ejercicio, nada más —respondió Eleanor—. Daremos una vuelta por la Ópera y entraremos en el Jardín Botánico. ¿Sabes una cosa? Hace años que no lo piso. Tu padre solía llevarme allí cuando éramos jóvenes y no teníamos los problemas que tenemos ahora.

Barnaby, quien sabía que ocupaba el número uno de esa particular lista, no contestó nada y se limitó a contemplar el puerto conforme caminaban. Lamentó no haberse llevado una botella de agua con la que calmar la sed. Cuando ya casi habían llegado a la otra orilla, Eleanor se detuvo y se acuclilló para atarse un cordón, y Barnaby miró hacia la izquierda y observó las sombrillas que cubrían las mesas de la terraza de la azotea del hotel Glenmore. Se imaginó cómo debía de ser eso de sentarse a comer allí con su familia sin acabar flotando hasta que la lona del toldo lo frenara. Pero, cuando Eleanor se reincorporó, se oyó el sonido metálico de algo pesado que se le había caído del bolsillo y había aterrizado contra las planchas de acero del paseo, y ella alargó la mano a toda prisa para recuperarlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Barnaby, y en ese momento se dio la vuelta y vio el brillo de un objeto de metal en la mano de su madre.

—Qué tonta —contestó ella, y le enseñó las puntiagudas tijeras de cocina que llevaba en el bolsillo desde que habían salido de casa—. Las he usado hace un rato y seguro que se me ha olvidado volver a guardarlas en el cajón.

—Es peligroso —dijo Barnaby.

—Ya lo sé..., pero no te preocupes. Tendré cuidado con ellas.

—Ladrido —ladró Capitán W. E. Johns, que siempre sabía cuándo pasaba algo sospechoso—. ¡Ladrido, ladrido, ladrido!

—Cállate, venga —dijo Eleanor, y le dio un golpecito en la cabeza.

Descendieron las escaleras que daban a Las Rocas, se abrieron paso entre los madrugadores bebedores de café y después bajaron una empinada escalerita que conducía al Muelle Circular. Solo se detuvieron un instante cuando Barnaby quiso escuchar a un anciano aborigen que tocaba el *didgeridoo* delante de la entrada del embarcadero.

—No te quedes atrás, Barnaby —dijo Eleanor irritada.

—Quiero oírlo tocar.

—No tenemos tiempo. Ven aquí, por favor.

Barnaby suspiró y se alejó justo cuando el hombre dejaba de soplar, y ambos se miraron a los ojos sin intercambiar ni una palabra, cosa que dejó al muchacho

bastante inquieto. Algo no marchaba bien ese día.

Cuando llegaron a la fachada principal de la Ópera, se detuvieron un momento a ver a los turistas que subían y bajaban las escaleras mientras hacían fotografías. A Barnaby siempre le había fascinado el diseño del edificio. Le recordaba a un barco surcando el océano.

—¿Cuántas óperas has visto aquí? —preguntó Barnaby a su madre.

—Eh... ninguna —dijo Eleanor—. Ahora nadie va a la ópera. No es normal. Si un día tengo ganas de un poco de cultura, pongo el programa *Masterchef*, como hace la gente normal. Y ahora ven aquí, vamos a seguir andando.

Recorrieron lo que quedaba del camino y entraron en el Jardín Botánico por una de las enormes puertas de hierro. No había mucha gente, solo unas cuantas madres que empujaban los cochecitos de sus hijos recién nacidos. En un rincón vio una furgoneta de helados, con una chica sentada junto al mostrador. Estaba enfrascada en un libro y de vez en cuando levantaba la cabeza para buscar a posibles clientes.

—Perfecto —dijo Eleanor, al parecer satisfecha con lo tranquilo que estaba el Jardín Botánico.

—Me estoy cansando —dijo Barnaby—. ¿No podemos parar un rato?

—Todavía no —respondió Eleanor—. Vamos a dar una vuelta alrededor de la cala y luego podremos descansar, te lo prometo.

El camino por el que iban se unió a un sendero que recorría el centro de los jardines, y Barnaby dirigió la mirada hacia la bahía de Woolloomooloo, donde el agua resplandecía con la luz matutina y emitía un arcoíris de color que salpicaba la superficie como si fuera una moneda saltarina entre las crestas de las olas. Ya había unos cuantos yates que se adentraban en el agua; distinguió a las familias que iban a bordo, madres y padres junto con sus hijos, disfrutando unidos de la alegre mañana. Era igual que en el hotel Glenmore. Familias unidas, felices. Nadie se avergonzaba de sus hijos.

—¿Falta mucho? —preguntó al cabo de otros diez minutos, pero Eleanor no contestó, sino que se limitó a continuar avanzando con toda la decisión y rabia contenida de un aficionado a las caminatas.

—Ahora sí que podemos parar —anunció por fin cuando Barnaby se desplomó en una gran piedra alargada con una base para sentarse, mientras Capitán W. E. John se tumbaba a sus pies con un gruñido dramático y empezaba a jadear exageradamente—. Ya hemos llegado.

—¿Adónde? —preguntó Barnaby, y miró a su alrededor.

—A la Silla de la Señora Macquarie —respondió Eleanor—. Seguro que en el colegio te han hablado de este sitio, ¿verdad?

—No.

—Asombroso —dijo Eleanor con un suspiro—. Pero ¿se puede saber qué os

enseñan ahora a los niños? Es parte de nuestra historia.

Barnaby se encogió de hombros.

—A lo mejor ese día estaba enfermo —se aventuró a decir—. O retenido.

—Siempre hay alguna excusa —dijo Eleanor—. Pues, si tu profesor valiera para el trabajo que hace, te llevaría de excursión a sitios como este, y no te arrastraría arriba y abajo por los puentes solo para que salga tu cara en los periódicos. Aquí es donde empezó la historia de Australia. Justo aquí. De aquí es de donde procedemos todos. —Perdió la mirada en el mar y respiró profundamente, como si hubiera recuerdos de vidas y épocas pasadas mezclados con los aromas que flotaban desde el distante océano Pacífico—. Hace doscientos años —le explicó—, Lachlan Macquarie, el gobernador de Nueva Gales del Sur, vivía cerca de aquí. A su esposa, Elizabeth, le gustaba salir a pasear todas las mañanas hasta llegar a este punto precisamente para contemplar cómo llegaban los barcos de Inglaterra. Se sentaba aquí, justo donde tú estás sentado ahora, en esa roca, y los miraba, día tras día. Bautizaron este sitio en su honor. Lo llamaron la Silla de la Señora Macquarie.

Barnaby se levantó y miró por detrás de su espalda, preocupado por haberle quitado el asiento a un fantasma.

—Solían mandar aquí a los delincuentes que venían de Inglaterra —continuó Eleanor—. Pero todo eso ya lo sabes, ¿verdad?

—Sí, sí —dijo Barnaby, que por lo menos sí había aprendido eso en la clase de historia.

—Y esos barcos no solo transportaban a hombres y mujeres, ¿sabes? También enviaban niños a este país. Algunos muy pequeños. Tan pequeños como tú, de hecho. Llegaban después de una larga travesía por el océano para empezar una nueva vida aquí, en Australia. No sabían qué les aguardaba, pero hicieron todo lo que estuvo en su mano para salir adelante.

Barnaby intentó imaginarse cómo se sentiría un niño de ocho años como él al despertarse en un barco una mañana y ver el puerto de Sidney ante sus ojos, sin saber qué clase de vida le aguardaba en este nuevo continente.

—A pesar de que al principio podía darles miedo —dijo Eleanor, acercándose ahora a Barnaby—, con el tiempo se dieron cuenta de que todo lo que había ocurrido tenía un motivo. ¿Sabes una cosa? Es posible ser arrojado a un mundo desconocido y encontrar allí la felicidad. Tal vez incluso una felicidad mayor que la que has conocido hasta ese momento.

Barnaby miró el mar, pero no dijo nada. Sentía un hormigueo en el estómago y estaba a punto de preguntarle a Eleanor si podían ir a buscar un helado a la furgoneta que había en una esquina del parque, cuando oyó el inesperado sonido de algo al rasgarse y después un siseo repentino, sssssssss, como el que haría una serpiente que se prepara para atacar.

El rasgueo provenía de las tijeras de Eleanor, que hicieron un agujero en la base de la mochila llena con las bolsas de arena.

El siseo provenía de la arena, que empezó a salirse poco a poco de la mochila y formó una pirámide en el suelo.

Barnaby bajó la vista, confundido, y después volvió a mirar a su madre, quien negaba con la cabeza, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Lo siento, Barnaby —dijo—. Pero es por tu bien. Ahí fuera hay un mundo maravilloso. Puedes ser como uno de esos primeros colonos. Encontrarás la felicidad en algún sitio, estoy segura de que sí.

Barnaby suspiró al ver que las bolsas seguían vaciándose de arena (se había convertido en un reloj de arena humano) y Capitán W. E. Johns saltó sobre el montón creciente, metió el hocico en la arena un momento y luego levantó la vista hacia su amo, presa del pánico, cuando los pies del muchacho empezaron a levantarse un poco del suelo.



—¡Mamá! —chilló—. ¡Mamá! ¡Ayúdame! ¡Estoy flotando! ¡Capitán W. E. Johns, ayúdame!

—Lo siento, Barnaby —repitió Eleanor, con la voz un poco quebrada—. De verdad que lo siento.

Capitán W. E. Johns ladró y echó a correr en círculos, luego saltó todo lo que pudo mientras Barnaby seguía ascendiendo. Intentó agarrarle uno de los pies con los dientes, pero era demasiado tarde: la mochila había perdido casi toda la arena y Barnaby se elevaba cada vez más por el cielo.

—¡Mamá! —suplicó una última vez cuando ya llegaba a la altura de las copas de los árboles—. ¡Ayúdame! ¡Lo siento! ¡Intentaré no volver a flotar!

—Es demasiado tarde, Barnaby —sollozó su madre, y se despidió de él sacudiendo la mano—. ¡Cuídate mucho!

Y al cabo de un minuto había ascendido tanto que su voz se perdió en el cielo. Su madre, su perro y la maravillosa ciudad de Sidney desaparecieron bajo sus pies, y al no tener colchón que le impidiera seguir flotando, Barnaby Brocket subió y subió, sin saber qué le sucedería a continuación.

Capítulo 7

Algo se acerca desde el noroeste

Barnaby cerró los ojos porque no quería contemplar cómo la superficie desaparecía bajo sus pies. No tenía vértigo como Stephen Hebden, pero aun así, cuanto más ascendía, más asustado estaba.

Cuando por fin se atrevió a abrir los ojos otra vez, una bandada de galahs se había arracimado a su alrededor y aleteaba, suspendida en el aire. Los pájaros lo miraban con expresión de impaciencia, disgustados de ver que su espacio aéreo se había visto invadido por un niño de ocho años. Lo picotearon un poco y sacudieron las plumas delante de su cara, pero se marcharon volando al cabo de unos minutos y dejaron allí a Barnaby, que continuó ascendiendo por el cielo. Miró a su izquierda y se alegró de ver algo a lo lejos (tal vez otra criatura) que se acercaba, un poco más elevado pero cada vez más próximo a él. Observó con atención y no tardó en darse cuenta de que no era una criatura, sino una cesta con un enorme globo enganchado encima y una llama inmensa que mantenía en el aire toda aquella cosa.



—¡Socorro! —chilló Barnaby, y braceó como un loco, cosa que solo consiguió que ascendiera todavía más rápido—. Estoy aquí.

El globo aerostático siguió aproximándose a él desde el noroeste, y al cabo de poco Barnaby se dio cuenta de que, si sincronizaba bien los movimientos, sería capaz de colocarse justo debajo del artilugio en el preciso momento en que se cruzara con él. Sacudió los brazos y pataleó con los pies, como un buceador inmerso en las profundidades que quisiera subir a la superficie del océano, y después frenó un poco, con ambos ojos fijos en el globo.

Unos minutos más tarde lo tenía prácticamente encima y Barnaby volvió a sacudir los brazos hasta ascender un par de metros más, de modo que se golpeó la cabeza contra la parte exterior de la cesta.

—¡Auch! —dijo Barnaby Brocket.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz desde dentro; una voz femenina de cierta edad.

—Ayúdeme, por favor —suplicó Barnaby—. ¿Puede subirme a la cesta?

—¡Por todos los cielos! —dijo otra voz; otra voz femenina de cierta edad—. Es

un niño pequeño. Ethel, coge la red de pescar.

Un palo largo y plateado con un aro de red en un extremo emergió del globo y pescó a Barnaby. Lo desplazó por el cielo y lo depositó en el suelo de la cesta, y él empezó a flotar hacia las llamas.

—Por favor —suplicó—. Átenme a un lateral. Si no, me abrasaré vivo.

—¡Por todos los cielos! —dijeron las dos mujeres al unísono, y lo agarraron por los dos brazos para hacer justo lo que les había pedido. Una vez que el chico estuvo bien sujeto, se lo quedaron mirando con una mezcla de admiración y reconocimiento.

—Yo te conozco —dijo la primera mujer, cuyo nombre era Marjorie, señalando con un dedo arrugado la nariz de Barnaby—. Te vi en las noticias la semana pasada. Fuiste la persona un millón en escalar el Puente de la Bahía de Sidney.

—En realidad fui el visitante diez millones —dijo Barnaby.

—¿Quién es? —preguntó Ethel.

Las dos mujeres llevaban el pelo parecido a un nido de cuervos, y se sujetaban la maraña despeinada con una colección de agujas de tejer y palillos de madera.

—¿Quién has dicho que es, Marjorie?

—¿No te acuerdas, querida? Lo vimos en la televisión la noche en que llegamos. Subió al puente con sus amigos del colegio y batió no sé qué récord. Todo el mundo estaba muy exaltado. Luego resultó que el muchacho flotaba y tal. Era una historia muy rara.

—¡Ah, es ese chico! —respondió Ethel, y bajó la mirada hacia Barnaby—. ¿De verdad fuiste tú?

—Sí, fui yo —admitió.

—Pero ¿qué haces aquí arriba? No es muy habitual lo de tener que recoger a una persona en el globo, ¿sabes? De hecho, es la primera vez que nos pasa.

—La segunda, Ethel —dijo Marjorie—. ¿O es que ya no te acuerdas del hombre bala al que nos encontramos en Barcelona?

—Ah, sí, claro. Pero en realidad aquella vez se cayó en nuestra cesta, ¿no? No tuvimos que pescarlo para meterlo dentro.

Barnaby abrió la boca, pero no tenía ganas de meter en líos a su madre.

—Ha sido culpa mía, de verdad —dijo—. Se me olvidaron las bolsas de arena y, antes de que me diera cuenta, estaba flotando por los aires.

—¿Bolsas de arena? —preguntó Ethel con el ceño fruncido.

—Para que tenga los pies en el suelo.

—Uf, con eso nunca se consigue nada.

—Bueno, es igual, ahora ya no podemos hacer gran cosa para remediarlo —dijo Marjorie—. Confío en que no esperes que te devolvamos a Sidney. Aquí estás y aquí es donde tienes que quedarte.

—Pero necesito volver a casa —contestó Barnaby.

—Me temo que no podrá ser. Aunque quisiéramos, no podríamos llevarte. Los vientos mandan, ¿sabes? No soplan en esa dirección. Tenemos que ir rumbo al este. Tienes suerte de que el mundo sea redondo, ¿eh? Si estuviéramos en el siglo XIV, entonces el mundo seguiría siendo plano y nos caeríamos al llegar al borde.

Barnaby arrugó la frente mientras intentaba averiguar el significado de esas palabras. Detrás de él, tal vez a escasos kilómetros de distancia, estaban los barrios del norte de la ciudad y la casa en la que vivían sus padres, sus hermanos y su perro. No sería necesario dar toda la vuelta al mundo para volver a verlos, ¿verdad?

—No ha sido sincero —aseguró Ethel, y se inclinó hacia delante para mirarlo directamente a los ojos—. Marjorie, te digo que este chico no ha sido sincero. Todos los niños mienten, es un hecho científico, pero este es fácil de calar. Lo veo en sus ojos. Dinos la verdad, muchacho. ¿Por qué estás aquí arriba?

Barnaby estaba a punto de proclamar su inocencia, pero algo en esas dos señoras le hacía intuir que no pensaban dejarlo en paz hasta que lo confesara todo, así que decidió contarles toda la historia, con pelos y señales.

—Pero eso es indignante —dijo Ethel cuando Barnaby hubo terminado.

—¡Escandaloso! —corroboró Marjorie—. ¿Qué clase de madre le haría eso a su hijo?

—Sabes perfectamente qué clase de madre, Marjorie —respondió Ethel con tristeza.

—Igual que tú, Ethel —dijo Marjorie, con una voz igual de pesadosa.

—Y por lo que cuenta, el padre también está implicado.

—Una vergüenza, eso es lo que es.

—Y aun así quieres volver con ellos, ¿eh? —preguntó Ethel mirando a Barnaby, como si no fuera capaz de creerse que el chico se planteara regresar a casa—. ¿A pesar de que te ha abandonado así, dejándote a la deriva?

Barnaby recapacitó. Hasta ese momento ni siquiera se había planteado si quería volver o no a casa: simplemente le parecía la opción más evidente. Al fin y al cabo, solo tenía ocho años. ¿Dónde viviría si no regresaba a casa? ¿Qué comería? ¿Cómo sobreviviría?

—No tienes que preocuparte por ninguna de esas cosas —dijo Ethel, leyéndole la mente con la misma facilidad con la que había sabido leer entre líneas en la historia que les había contado—. Puedes venir con nosotras. ¿Has estado alguna vez en América del Sur?

—No —dijo Barnaby, y negó con la cabeza—. Nunca he salido de Sidney.

—Entonces te espera una gran aventura. Estamos volviendo a casa, en Brasil. Tenemos una plantación de café, ¿sabes? Llevamos unos cuantos meses de vacaciones, pero ya es hora de volver. Allí era adonde nos dirigíamos cuando te has topado con nosotras. No tardaremos mucho. Este globo es fabuloso, ¿a que sí,

Marjorie?

—Fabuloso, Ethel. El mejor que hemos tenido.

—El mejor de todos.

—De todos sin excepción.

Barnaby se puso de pie con dificultad, asegurándose de no separar los brazos de las cuerdas que lo sujetaban, y miró hacia fuera por la barandilla de la cesta. La tierra se había evaporado y en su lugar encontró un grupo de nubecillas blancas que atravesaron con el globo.

—¿Qué opinas? —preguntó Ethel—. ¿Estás listo para la aventura?

—No me queda otro remedio, ¿no? —preguntó.

—¡Espléndido! Pues a toda máquina.

—Dirás a toda «mecha», Marjorie, querida.

—Sí, claro, Ethel, querida.

Un poco después, cuando hubieron establecido las coordenadas exactas y plegado bien sus cartas de navegación, abrieron una cestita de pícnic y le ofrecieron un bocadillo a Barnaby, así como una manzana y un botellín de zumo de naranja.

—Entonces, ¿qué hay en América del Sur? —les preguntó mientras comían—. ¿Viven allí vuestros maridos?

—¿Maridos? —preguntó Ethel, y miró a Marjorie horrorizada.

—¿Maridos? —bramó Marjorie, y clavó la mirada en Ethel como si alguien acabara de amenazarla con sentarse encima de su cabeza.

—No tenemos marido, jovencito —le explicó Ethel—. Esas criaturas asquerosas y malolientes. Siempre zanganeando como inútiles. Beben, apuestan en las carreras, buscan excusas para no arreglar las estanterías torcidas de la cocina. Hacen unos ruidos de lo más repugnantes y emiten olores nauseabundos con partes innombrables de sus horrendos cuerpos mientras se sientan a ver los deportes por televisión.

—¡Deportes! —repitió Marjorie con un escalofrío.

—No, hace muchos años que renunciamos a la idea de tener marido. Nunca nos han atraído, ¿verdad, Marjorie?

—No nos atraen en absoluto, Ethel.

—Entonces, ¿sois muy amigas desde hace mucho tiempo?

—Huy, sí —dijo Marjorie—. Desde que teníamos veintipocos, de lo cual hace más de cuarenta años, aunque parezca increíble. Nos conocimos porque las dos nos apuntamos a una compañía de teatro de aficionados en el condado de Shropshire, nos miramos la una a la otra y decidimos que estábamos destinadas a ser...

—Amigas —la interrumpió Ethel, y le dio unas palmaditas a Marjorie en la mano mientras le sonreía—. Las mejores amigas del mundo.

—Las amigas más «unidas» —coincidió Marjorie.

—Eso es —dijo Ethel, y asintió con la cabeza. Soltó un profundo suspiro de

satisfacción—. No tiene nada de malo, ¿a que no?

—No, claro que no —dijo Barnaby—. Yo tenía un muy buen amigo que se llamaba Liam McGonagall. Me salvó la vida cuando la escuela a la que íbamos se destruyó en un incendio. Bueno, he dicho «escuela», pero se parecía más a una cárcel.

—¿La incendiaste tú? —preguntó Marjorie. Se inclinó otra vez hacia delante y le pinchó con uno de los palillos de madera.

—No —dijo Barnaby—. Jamás haría algo así.

—No se te ocurrirá hacer nada raro con esa llama de ahí, ¿verdad?

—¡Yo no la incendié! —insistió Barnaby—. Aquel sitio era una ratonera.

—Pensaba que a lo mejor por eso te había mandado tu madre por los aires.

—Me mandó por los aires porque decía que yo no era normal.

Por primera vez, las dos señoras guardaron silencio; miraron fijamente a Barnaby y luego se miraron la una a la otra, antes de volver a mirar al chico.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Ethel, ahora más tranquila—. Hace cuarenta años mi madre me dijo que yo tampoco era normal y me echó de casa. No he vuelto a verla. No respondía a mis llamadas, se negaba a contestar a mis cartas. Fue una desgracia.

—Mi padre me dijo prácticamente lo mismo —añadió Marjorie—. Me cerró la puerta en las narices para siempre.

—Pero no lo entiendo —dijo Barnaby—. A mí me parecéis de lo más normales. No veo en qué os diferenciáis de las ancianas que viven en nuestra calle.

—Nada de ancianas, renacuajo. Si dices eso te tiraremos por la borda —le espetó Marjorie mirándolo a la cara, pero luego se echó a reír con unas carcajadas extraordinarias, todo su cuerpo se sacudía, como si alguien le hiciera cosquillas de la cabeza a los pies.

—No digas eso, Marjorie —contestó Ethel, también entre risitas—. El pobre chico pensará que hablas en serio.

—¡Tonterías! —insistió Marjorie—. No he hablado en serio desde mil novecientos ochenta y dos. No te tiraré por la borda, jovencito. No te preocupes.

—Gracias —dijo Barnaby, más aliviado.

—Bueno, es igual. Lo que importa es que, solo porque tu versión de lo que es normal no coincida con la versión de otra persona, no significa que te pase algo malo.

—Bien dicho, Marjorie —dijo Ethel, y asintió con rotundidad—. Si yo hubiera hecho caso a mi madre cuando me dijo que me pasaba algo malo, habría vivido una vida muy triste y solitaria.

—Y si yo hubiera hecho caso a mi padre, habría sido muy desgraciada.

—Además, ¿quién quiere ser normal? —exclamó Ethel, y extendió los brazos en el aire—. Desde luego, yo no.

—Pero, si yo hubiera sido normal, mis padres no me habrían abandonado —dijo Barnaby—. Seguiría en casa con Henry, Melanie y Capitán W. E. Johns.

—¿Qué son...? ¿Gatos?

—Henry es mi hermano mayor —les explicó Barnaby—. Y Melanie es mi hermana.

—¿Y Capitán W. E. Johns?

—Mi perro.

—¿De qué raza?

—Indefinida.

—¿Orígenes?

—Desconocidos.

Ni Ethel ni Marjorie tenían respuesta para eso, así que no dijeron nada, se limitaron a negar con la cabeza y continuaron dirigiendo el globo aerostático rumbo a América del Sur.

—Deberías descansar un rato —dijo Ethel al cabo de unos minutos—. El trayecto hasta Brasil es muy largo. ¿Quieres llevar tú el timón, Marjorie, o lo hago yo?

Y como deseaba caerles bien, Barnaby Brocket se acurrucó en un rincón de la cesta, cerró los ojos y al cabo de un minuto o dos estaba profundamente dormido.

Capítulo 8

La plantación de café

Cuando Barnaby se despertó, le sorprendió encontrarse en una cama cómoda con una manta cálida extendida sobre el cuerpo, dos almohadones mullidos debajo de la cabeza y una manguera de jardín enroscada alrededor de todo el armazón para evitar que se elevara hasta el techo, donde un ventilador con cuatro cuchillas giratorias amenazaba con hacerlo picadillo. Se incorporó en la cama con cuidado, se agarró a las sábanas y miró por la ventana.

Un terreno inmenso se extendía ante él, hileras y más hileras de altas plantas verdes y por lo menos una docena de personas que caminaban entre los tallos, todas ellas uniformadas con un peto de color azul claro y un sombrero de ala ancha para protegerse del sol. Mientras examinaban los tallos, se gritaban unos a otros y gesticulaban con exageración, olisqueando algunas de las hojas, satisfechos a veces, inseguros otras veces. De cada mata salían grupitos de pequeños frutos rojos, y, de vez en cuando, uno de los trabajadores retorció uno de los racimos para arrancarlo antes de echárselo a la boca y masticar a conciencia, con la frente arrugada por la concentración, mientras analizaba el sabor. Después escupía la pasta en la tierra, junto a sus pies.

Barnaby era incapaz de creerse que hubiera dormido durante el aterrizaje del globo y todo el trayecto hasta el cafetal, y empezaba a dudar de dónde estaba exactamente cuando la puerta se abrió de par en par y las dos señoras entraron con ímpetu en la habitación.

—Está despierto, Ethel —dijo Marjorie.

—Ya era hora. ¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo?

—Casi treinta y seis horas.

—¿He dormido treinta y seis horas seguidas? —preguntó Barnaby con los ojos abiertos como platos por la sorpresa—. ¿Están seguras?

—Ya lo creo que sí —confirmó Ethel—. No había forma de despertarte, a pesar de que aterrizamos con un trompazo increíble. Cosa que, por cierto, explica el chichón que llevas en la frente, por si te preguntabas cómo te lo has hecho.

Barnaby se llevó una mano a la frente y notó la zona sensible justo por encima del ojo derecho.

—Auch —dijo.

—Bueno, flotar por el cielo dejaría exhausto a cualquiera, así que no es de extrañar que estuvieras cansado —explicó Marjorie—. Cuando aterrizamos, pensamos que lo mejor sería traerte aquí hasta que pudieras decidir qué querías hacer

luego. Te hemos puesto en la antigua habitación de Vicente. No era mucho mayor que tú cuando vino a vivir con nosotras, y siempre se sintió muy a gusto aquí. Decía que era la cama más cómoda en la que había dormido.

—Bueno, es que era la «única» cama en la que había dormido —adujo Ethel—. Así que no tenía con qué compararla.

—¿Quién es Vicente? —preguntó Barnaby.

—Un chico al que cuidamos durante un tiempo, pero ahora vive en Estados Unidos —respondió Marjorie—. Un joven maravilloso. Un encanto, la verdad. Lo echamos muchísimo de menos. En fin, ¿qué te apetecería hacer hoy?

—Quiero ir a casa —dijo Barnaby.

—Sí, sí, claro. Pero Australia está muy lejos, ese es el problema. No es fácil llegar allí desde Brasil.

—Pero hemos investigado un poco —dijo Marjorie, con una sonrisa triunfal dibujada en el rostro—. Y resulta que puedes volar a Sidney directo desde Río de Janeiro. Bueno, el avión hace escala en Hong Kong, pero son solo unas horas.

—Aunque es un vuelo muy largo —añadió Ethel—. ¿Crees que te las arreglarás?

—Tendré que hacerlo —respondió Barnaby, encantado de pensar que viajaría en avión además de haber volado en globo—. ¿Está lejos de aquí el aeropuerto?

—A unos cientos de kilómetros. Tendrás que coger el tren. La compañía Fonseca Express va desde São Paulo, donde estamos ahora, hasta Nueva York, pero tiene parada en Río antes. De todas formas, no tienes prisa, ¿verdad?

—Bueno, supongo que no tengo una prisa espantosa —dijo Barnaby.

—Bien. Porque hemos consultado a la compañía y no hay asientos libres hasta finales de esta semana. Si quieres, puedes quedarte aquí hasta entonces.

Barnaby asintió. Las dos señoras eran tan amables que no solo le ofrecían el billete de vuelta a Australia, sino también comida y alojamiento gratuitos; lo menos que podía hacer era mostrarse agradecido.

—Vale, perfecto, pues asunto zanjado. Te quedarás aquí hasta el sábado, y luego, directo a casa. A lo mejor podríamos preparar una fiestecita en tu honor antes de que te marches. Mientras tanto, disfruta del tiempo que pases aquí. ¿Conoces un poco Brasil?

—Nada de nada —contestó Barnaby, negando con la cabeza—. Todavía no hemos estudiado América del Sur en clase de geografía.

—Siempre he dicho que los jóvenes deberían conocer tantos países extranjeros como pudieran —dijo Marjorie, y asintió con la cabeza, con aspecto pensativo—. Por si acaso los echan de casa.

—O se escapan corriendo —dijo Ethel.

—O se escapan «flotando» —dijo Marjorie, y le sonrió. Entonces Ethel se echó a reír y las dos dieron un salto y chocaron los cinco, una cosa que Barnaby no había

visto hacer nunca a dos señoras mayores—. Aunque, claro, nosotras tampoco sabíamos nada de Brasil cuando llegamos —añadió—. Pero, cuando nuestras familias decidieron que no querían saber nada más de nosotras, quisimos alejarnos de ellas todo lo posible.

—Y a las dos nos gustaba el café —dijo Ethel.

—Nos encantaba el café —corrigió Marjorie.

—Así que se nos ocurrió que sería divertido montar nuestro propio cafetal.

—Aquí en Brasil.

—En esta misma plantación.

—Y llevamos aquí... ¿cuánto tiempo ya, Ethel?

—Casi cuarenta años.

—¿De verdad llevamos tanto tiempo?

—Sí, tal como lo oyes.

—Cuesta creerlo, ¿verdad?

—Bueno, hemos sido tan felices... —respondió Ethel, y las dos señoras se sonrieron mutuamente y se abrazaron.

Barnaby se dio cuenta de que se habían cogido de la mano, otra cosa que le resultaba curiosa, pero parecía que lo hicieran sin siquiera darse cuenta. No se acordaba de la última vez que había visto a su padre y a su madre cogidos de la mano. De hecho, Alistair siempre decía que las personas que daban muestras de afecto en público solo querían llamar la atención, y punto.

—Ay, querida —dijo Marjorie, y se enjugó los ojos con un pañuelo—. ¿Tengo algo en el ojo, Ethel?

—Déjame ver, cariño. Ay, sí, tienes algo. Un momento. Quieta, ¿eh?

—Oh, ten cuidado... Ya sabes que odio que la gente me toque los ojos.

—No seas gansa, anda. Mira, ya no lo tienes. ¿Mejor?

—Mucho mejor, gracias. Me has salvado la vida. Por cierto, Barnaby, seguro que tienes hambre. ¿Te apetecería desayunar?

En un abrir y cerrar de ojos, Barnaby estaba sentado en la cocina con una cantidad de comida extraordinaria desplegada ante él. Había huevos cocinados de todas las formas posibles, salchichas, tiras de beicon acompañadas de patatas y cebolla dorada, cuencos llenos de chiles y pimientos, platos que rebosaban champiñones y cebolla frita. En el centro de la mesa había jarras de zumo de naranja y agua muy fría, y mientras Barnaby comía (con una mosquitera colocada alrededor del cuerpo y clavada con chinchetas al suelo y con un corte en la parte superior para que pudiera sacar la cabeza) observó a los jornaleros que entraban y salían, atareados con sus cosas. Todos parecían encantados de ver a las dos señoras y las saludaban con abrazos y besos.

—Ay, Thiago, no te me eches encima. ¡Qué criatura tan pesada! —exclamó Ethel, y soltó una risita infantil mientras un hombre gordinflón con un bigote espeso y oscuro extendía los brazos para abrazarla y apretujarla hasta casi impedirle respirar. Tenía la camisa desabrochada por la barriga; no era una estampa muy agradable.

—Ah, señorita Ethel —dijo el hombre, y sonrió de tal modo que, a la vez que sus cejas se inclinaban hacia abajo, las puntas del bigote se le estiraron hacia arriba hasta que ambos arcos casi se tocaron—. Las cosas no son iguales cuando no están ustedes. No vuelvan a abandonarnos. —Blandió un dedo en el aire y su tono se volvió medio burlón, medio serio—. No sabe la de problemas que hemos tenido desde que se marcharon.

—Vamos, sabes perfectamente que de vez en cuando Marjorie y yo necesitamos un descanso —dijo Ethel—. Nos volveríamos locas si no hiciéramos esas vacaciones en globo. Pero sí, ya me he enterado de todo lo que ha pasado y estoy muy enfadada contigo, Thiago. Muy pero que muy enfadada. Habría esperado un poco más de cariño y comprensión por tu parte.

Barnaby frunció el entrecejo. Para ser alguien que estaba muy pero que muy enfadada, Ethel no sonaba en absoluto enojada, aunque sí parecía un poco decepcionada.

—Ah —dijo Thiago, y negó con la cabeza mientras se separaba de ella. En su rostro había una mezcla de pena y dolor—. No hablemos del tema ahora. Pero, bueno, veo que se han traído una sorpresita. —Anduvo hasta Barnaby y lo miró de arriba abajo—. ¿Quién es este?

—Este es Barnaby Brocket —dijo Marjorie—. Se quedará con nosotras esta semana. Quiere volver a su casa, en Australia.

—Está metido en una mosquitera.

—Flota —le explicó ella—. El pobre chico no puede mantener los pies en el suelo durante más de un par de segundos.

Thiago se mordió la parte interior de los labios mientras recapacitaba, luego extendió los brazos como para indicar que en el mundo tenía que haber de todo.

—¿Te gusta recolectar granos de café, Barnaby? —preguntó Thiago.

—No lo he hecho nunca.

—¿Te gusta el fútbol?

—Sí, pero solo ver jugar. Si intento jugar yo, me escapo flotando.

—Eeh... Bueno, y entonces, ¿qué te gusta hacer?

Barnaby pensó la respuesta.

—Bueno... Me gusta leer —contestó—. Me gustan los libros.

—Ay, cariño —dijo Marjorie, con aspecto un poco avergonzado—. No creo que tengamos libros en esta casa. Por lo menos, no en tu idioma. Están todos en portugués. ¿Sabes leer en portugués?

—No —dijo Barnaby, y negó con la cabeza.

—Entonces dudo de que tengamos algo para ti. Lo siento.

Justo cuando decía eso, una jovencita de unos dieciocho años entró en la cocina con una cesta llena hasta los topes de ropa de la colada. Se paró en seco cuando vio a las cuatro personas congregadas allí. Y entonces ocurrió una cosa de lo más extraordinaria. Thiago la miró con expresión furiosa, alargó el brazo para llegar a la mesa, agarró el plato vacío de Barnaby y lo tiró al suelo, rompiéndolo por lo menos en una docena de añicos, antes de volver a salir al campo dando zancadas.

—Bueno, creo que no hacía falta, ¿no? —dijo Marjorie, y negó con la cabeza mientras iba a buscar una escoba y un recogedor.

—Pobrecita mía —dijo Ethel, y caminó hasta donde estaba la chica para rodearla con un brazo—. Además, no deberías cargar con toda esa colada. Quiero decir, en tu estado. —Cogió la cesta y la colocó sobre la encimera—. Barnaby —añadió entonces dándose la vuelta—. Esta es Palmira, que vive con nosotras desde que era pequeña. Thiago, el señor que acaba de marcharse, es su padre. Ahora mismo está un poco desquiciado, como ya habrás notado.

Barnaby no estaba seguro de qué podía decir —nunca había visto un comportamiento tan extraño—, pero se dio cuenta de que era incapaz de despegar los ojos de Palmira, que tenía la cara más hermosa que había visto en su vida.

—No te preocupes, bonita —dijo Marjorie, y le dio unas palmaditas a Palmira en el hombro—. Ya entrará en razón. Solo necesita tiempo, nada más.

La chica negó con la cabeza, con la cara crispada de dolor, antes de volver a recoger la cesta de la colada y salir de la cocina.

Los ojos de Barnaby la siguieron, y se percató de una extraña punzada en el estómago que no había experimentado antes. Por primera vez en su vida, se sentía como si flotara hasta el techo a pesar de que tenía los pies firmes en el suelo.

Capítulo 9

Por fin algo que leer

Unos días más tarde, Barnaby estaba sentado solo en uno de los graneros, con un saco de café encima del regazo para impedir que saliera volando, cuando entró Palmira con un vaso de zumo de naranja muy frío y un bocadillo.

—Lo siento —contestó, y se detuvo en el vano de la puerta—. No sabía que estabas aquí.

—No pasa nada —dijo Barnaby, quien de todas formas se sentía un poco solo y agradecía que ella le hiciera compañía—. Puedes sentarte conmigo si quieres.

Palmira sonrió y se sentó a su lado en uno de los barriles puestos bocabajo.

—Casi siempre vengo aquí cuando me tomo un descanso —explicó la chica—. Es tranquilo. Así puedo estar a solas con mis pensamientos.

Barnaby asintió con la cabeza. Pensó que tal vez Palmira prefiriera estar sola, pero no quería desaprovechar la oportunidad de pasar un rato con ella. La noche anterior había soñado con Palmira y en su sueño decidían regresar juntos a Sidney; una parte de él quería contárselo, pero le daba mucha vergüenza.

—¿Estás a gusto en la plantación? —le preguntó.

—Mucho —dijo Barnaby—. Ethel y Marjorie han sido muy amables conmigo.

—Son buenas personas —coincidió ella—. Mi padre y yo les estamos muy agradecidos.

—Me cae bien Thiago —dijo Barnaby—. Me ha enseñado a montar en burro.

Barnaby creyó ver lágrimas formándose en los ojos de Palmira cuando lo dijo. La muchacha se puso la mano en la barriga un momento y la mantuvo allí, así que Barnaby se preguntó si se encontraba mal.

—También a mí me ha enseñado muchas cosas —dijo ella—. Pero ahora ni siquiera me dirige la palabra.

—¿Naciste aquí? —preguntó Barnaby, y Palmira negó con la cabeza.

—Aquí no —dijo—. Ni siquiera nací en Brasil. Mi familia era muy pobre. Nací en Argentina, en una ciudad que no conocía otra cosa que la pobreza. Mi madre murió cuando yo era recién nacida y, poco después, mi padre y yo cruzamos la frontera y encontramos este cafetal. La señorita Ethel y la señorita Marjorie nos acogieron, y hemos vivido aquí desde entonces.

—¿Conocías a Vicente? —preguntó Barnaby, que había descubierto en el dormitorio unos cuantos cuadernos de bocetos con los dibujos más extraordinarios del mundo, todos ellos firmados con su nombre. La mayor parte eran de personas, pero no se parecían a ninguna de las personas que Barnaby había visto en su vida. Las

figuras ocupaban el centro de las láminas, pero estaban rodeadas por cosas que parecían formar parte de su vida. No de las cosas que tenían, sino de las cosas que sentían. Un dibujo que le gustaba especialmente era el de un chico más o menos de la edad de Barnaby, rodeado de colores y truenos, platos vacíos y complicados mapas de América del Sur. Cuando le dio la vuelta al dibujo encontró la palabra «Autorretrato» escrita con letra pulcra en el reverso.

—Sí, claro —respondió Palmira—. Vivió aquí toda su adolescencia.

—¿Puedes contarme cosas de él? He estado mirando todos los dibujos que se dejó. Nunca había visto nada semejante. Y ese cuadro gigante del pasillo, junto a la cocina... También es suyo, ¿verdad?

—Sí, es muy bonito, ¿a que sí? Podría pasarme horas y horas mirándolo. La señorita Ethel y la señorita Marjorie lo conocieron cuando apenas tenía ocho o nueve años. Lo encontraron haciendo... ¿cómo se dice? ¿Dibujos y pinturas en la pared de un edificio?

—¿Arte? —propuso Barnaby.

—Grafiti —dijo Palmira—. En ese momento estaba dibujando cosas insultantes para burlarse de nuestro presidente, que era un hijo de perra y robaba la riqueza de la gente para montar bañeras de oro en su palacio y bañarse en el sudor de la clase trabajadora.

—Qué asco —dijo Barnaby, y puso una mueca.

—Es una metáfora —explicó Palmira encogiéndose de hombros—. Todo el país despreciaba a ese hombre, pero también vivíamos con miedo, lo temíamos. Controlaba al ejército y era imposible sacarlo de ahí. Nos quitaba todo lo que teníamos con impuestos, y no le importaba si nos quedaba dinero suficiente para alimentarnos. Los periódicos tenían miedo de criticarlo por si los cerraba y sus editores se veían de patitas en la calle. Los escritores tampoco tenían valentía. Solo ese chico, aún un niño, descubrió la manera de expresar la insatisfacción del pueblo hacia su gobierno. Y con pinturas que encontraba quién sabe dónde (en el vertedero, en los cubos de basura, en las montañas de desperdicios) creaba estampas magníficas en las paredes de la ciudad, llenas de colores extraños y dibujos curiosos, que mostraban al mundo cómo era ese hombre por dentro. La gente se enamoró de él, pero la policía quería tenderle una emboscada y capturarlo. Si hubieran descubierto por dónde andaba, lo habrían metido en la cárcel, tal vez incluso lo habrían condenado a muerte, pero una noche la señorita Ethel y la señorita Marjorie se toparon con él por casualidad cuando estaban en la ciudad y lo siguieron hasta su chabola... Entonces descubrieron que vivía solo en un rincón, entre un montón de cajas de cartón.

—¿Dónde estaban sus padres? —preguntó Barnaby.

—Evaporados —respondió Palmira—. Así que recogieron a Vicente, lo trajeron a

la plantación y lo cuidaron como a un hijo. Lo educaron, le dieron lienzos nuevos y pinturas y pinceles caros, lo animaron a potenciar su talento, para que creciera cada día más. Al final, se convirtió en un gran pintor y se marchó a Nueva York, donde no tardó en convertirse en uno de los artistas más famosos y valorados del país. Y se lo debe todo a estas dos señoras.

—Parece que aquí hay muchas personas sin familia —dijo Barnaby—. Ethel y Marjorie me dijeron que a ellas también las abandonaron sus familias. Porque eran diferentes. Pero a mí me parecen perfectamente normales.

Palmira sonrió.

—Porque lo son —contestó—. Todos lo somos. Lo que ocurre es que su idea de «normal» es diferente de la idea de «normal» que tienen otras personas. Pero así es el mundo en el que vivimos. Algunas personas simplemente no pueden aceptar algo que se escape a su experiencia.

—Mi madre nunca había conocido a nadie que flotara —dijo Barnaby—. Creo que por eso hizo un agujero en mi mochila. —Pensó en lo ocurrido y agachó un poco la cabeza—. A lo mejor no me quería —añadió—. No me quería como soy.

—Una madre siempre quiere a su hijo —dijo Palmira, y lo rodeó con un brazo para acercarlo a ella—. Da igual lo que haga o cómo sea su hijo. Estoy convencida. Lo sé de primera mano.

Barnaby se acurrucó junto a Palmira y no dijo nada más. Se sentía muy triste por estar en Brasil con personas a las que apenas conocía en lugar de estar en Sidney, tirando la pelota por la sala de estar para que Capitán W. E. Johns la fuera a buscar. Le habría encantado quedarse toda la tarde abrazado a Palmira, aunque un sonido detrás de él hizo que ambos se dieran la vuelta para ver a Thiago de pie en el otro extremo del granero. Había escuchado la conversación. A lo mejor era por el modo en que la luz del sol se colaba por las puertas que había enfrente, pero Barnaby estaba seguro de que tenía las mejillas mojadas, como si hubiera estado llorando. Pero no tuvo tiempo de mirarlo mucho, porque, en cuanto volvieron la cabeza y Thiago se dio cuenta de que lo habían descubierto, desapareció en el cafetal.

El viernes por la noche, las señoras montaron una barbacoa en honor de Barnaby para desearle un buen viaje de regreso a Australia. Le dieron dos billetes en un sobre de colores, uno para el tren hasta Río de Janeiro y el otro para el avión de vuelta a Sidney, y más tarde, cuando fue a darles las gracias por tantas atenciones, Barnaby vio que hablaban con una de las mujeres que trabajaban en la plantación.

—¿Y Palmira no ha tenido noticias tuyas desde que se marchó? —decía Marjorie entonces, y Barnaby frunció el entrecejo. Se preguntaba de quién podían estar hablando.

—Ni una palabra. Es más probable que volvamos a la Edad de Piedra que que ese

chico regrese a São Paulo —contestó la mujer, que se llamaba María Consuela—. ¡Es más probable que los dinosaurios vuelvan a gobernar la Tierra! Todos supimos que no era trigo limpio desde el principio. Yo lo dije y las dos me oísteis. Eché un vistazo a esa cara bonita, ¡y dije que era la encarnación del demonio! ¡El Diablo! Y te prometo que si Thiago da con él algún día, se meterá en el lío más gordo de su vida.

—Bueno, si ese brutote se ha ido, pues mejor para nosotros —dijo Ethel—. Solo me gustaría que Thiago volviera a ocuparse de Palmira. Está perdido sin ella, salta a la vista. Y ella necesita a su padre ahora más que nunca. Creo que si... ¡Hola, Barnaby! ¿No te han dicho nunca que no está bien espiar las conversaciones ajenas?

—Lo siento —se apresuró a responder—. Solo quería darles las gracias por dejar que me quedara aquí esta semana.

—Eres más que bienvenido —dijo Ethel—. Pero ¿estás seguro de que quieres marcharte? Al fin y al cabo, lo que te hicieron tus padres fue una atrocidad, algo verdaderamente increíble. No sé por qué quieres volver con ellos.

—A lo mejor ahora se arrepienten —repuso Barnaby—. Si consigo regresar a Australia, podré salir de dudas. Thiago me ha comprado una postal en el pueblo y voy a enviársela mañana para decirles que estoy de camino.

—Creo que deberíamos brindar —dijo Marjorie, y llamó a los trabajadores para que se acercaran. Levantó la copa mirando a Barnaby—. Ha sido muy divertido tenerte aquí —aseguró—. Y creo que Palmira tiene un regalito para ti, ¿verdad, querida?

La chica dio un paso adelante, con una sonrisa tímida en el rostro que hizo que a Barnaby le diera un vuelco el corazón.

—Como vas a dejarnos, he pensado que a lo mejor te gustaría tener algo que te recuerde a nosotros —explicó, y le tendió un paquete envuelto con primor—. Algo que te recuerde a mí.

Barnaby sonrió muy emocionado y quitó el papel. Le encantó descubrir que era una sencilla edición en inglés de *Las aventuras de Sherlock Holmes*. No había leído nada en toda la semana y le preocupaba que su imaginación fuera a apagarse para siempre.

—¡Gracias! —exclamó, y se abalanzó hacia delante para darle un abrazo—. Pero ¿dónde lo has encontrado? Pensaba que aquí no había libros en inglés.

—Tengo mis recursos —dijo ella, y le guiñó un ojo.

Al ver la gran alegría que le había dado al chico con un simple libro, todos los asistentes a la barbacoa se pusieron a aplaudir como locos, y Palmira les sonrió, paseando la vista muy feliz entre esa familia tan poco corriente, antes de cruzar una mirada intensa con la persona a la que más quería, su padre Thiago. Estaba taciturno, pero al momento esbozó una sonrisa y recordó el modo en que su hija había consolado a Barnaby cuando el chico estaba disgustado por culpa de su familia, y al

ver cuánto lo había alegrado al ofrecerle ese regalo tan detallista, su corazón se ablandó ante la hija a la que tanto quería y corrió para arroparla con sus brazos y la estrechó muy fuerte, y le susurró palabras al oído que hicieron que Palmira comprendiera que tenía un padre que jamás volvería a separarse de ella ni de su bebé.

Al día siguiente, cuando Barnaby se montó en el Fonseca Express, le costaba mantener los ojos abiertos. La fiesta se había prolongado hasta altas horas de la madrugada y apenas había dormido. En cuanto encontró un asiento en un compartimento vacío, se abrochó el cinturón de seguridad para evitar salir flotando hasta el techo y se quitó los zapatos de una patada, bostezó haciendo mucho ruido y confió en que no llegara nadie que lo molestase. Leyó «Un escándalo en Bohemia», el primero de los relatos de Sherlock Holmes, y el tiempo se le pasó volando. Después de terminar la historia, apartó el libro y escribió la postal a su casa; cuando el revisor fue a comprobar el billete, le prometió que la echaría en el buzón de la primera estación en la que parasen.

Y entonces, sin pensar en ponerse una alarma para despertarse cuando el tren llegase a Río de Janeiro, Barnaby cerró los ojos y se quedó dormido.

Querida familia:

Seguro que os preguntáis dónde estoy, porque hace más de una semana que no estoy en casa. Después de salir flotando, me salvaron dos señoras en un globo de aire caliente, pero por culpa de la dirección del viento, no pude regresar a casa. No se puede dar la vuelta a un globo, ¿lo sabíais? Hay que ir a donde te lleve el viento. Y me ha traído hasta BRASIL.

Echo de menos Sidney y a todos vosotros. Voy de camino a casa y pronto nos veremos. Intentaré no volver a flotar, pero no sé cómo. Aunque prometo esforzarme mucho. Un saludo muy especial para Capitán W. E. Johns.

Vuestro hijo / hermano / amo,

Barnaby

P. D. Cuando vuelva a casa, me gustaría invitar a mi amiga Palmira. Nunca ha estado en Australia, pero dice que le apetecería ir.

Capítulo 10

El peor Jeremy Potts de la historia

Alistair abrió el buzón y ojeó las facturas y el correo basura que tenía en la mano antes de darse cuenta de que había una postal estrujada entre un anuncio de una empresa de limpieza del hogar y la propaganda con el menú de un nuevo servicio de pizzas a domicilio. Reconoció la letra de inmediato y el corazón se le aceleró un poco cuando empezó a leerla.

En los nueve días que habían transcurrido desde que Barnaby se había marchado flotando, el hogar de los Brocket se había convertido en un sitio increíblemente difícil de habitar. Henry y Melanie estaban pesadísimos, e insistían en que llamasen a la policía para que buscaran a su hermano perdido, pero cuando Alistair les dijo que tanto él como su madre podrían meterse en un buen lío si la verdad salía a la luz, se les quitaron un poco las ganas.

—Las autoridades son muy estrechas de miras con estas cosas —les dijo Alistair—. Sin comerlo ni beberlo, podríamos acabar en los tribunales y vosotros dos podríais terminar viviendo en casas de acogida. Y además, no es que sea culpa nuestra que Barnaby ya no esté aquí. Al fin y al cabo, fue él quien se quitó la mochila.

Esa era la explicación oficial que habían acordado Alistair y Eleanor. Barnaby se había quitado la mochila de los hombros, quejándose como siempre de lo mucho que pesaba esa cosa, y en un abrir y cerrar de ojos estaba volando por los aires. Eleanor había intentado salvarlo, pero no había podido saltar tan alto. Se lo habían dicho mil veces, decían los padres, era imprescindible que llevara la mochila, pero era tan terco que no les había hecho caso.

Todo lo que había ocurrido, insistían, era culpa del propio Barnaby.

Sin embargo, eso no bastaba para contentar a Henry y a Melanie, que echaban una barbaridad de menos a su hermano y que montaban escenas delante de sus padres todas las noches, e insistían en que tenían que hacer más cosas para intentar encontrarlo. Ninguno de los dos se imaginó ni por un momento que sus padres no dijeran la verdad. Al fin y al cabo, solo había habido un testigo de la desgracia que había ocurrido en la Silla de la Señora Macquarie, y ese testigo era Capitán W. E. Johns.

Y digamos que él no podía sacar a relucir la verdad.

Ojalá el chico hubiera sido normal, pensó Alistair mientras paseaba la mirada por la calle y contemplaba los setos de corte uniforme y los céspedes perfectamente acicalados. ¿Era mucho pedir que un hijo encajara? Se acordó de cuando tenía la edad

de Barnaby. Habría hecho cualquier cosa por no destacar entre la multitud, pero era imposible, sobre todo con las insistentes llamadas de atención por parte de sus propios padres.

Le entraban náuseas cuando recordaba lo desesperados que estaban porque todo el mundo se fijara en su hijo. Su padre, Rupert, soñaba con ser actor; su madre, Claudia, con ser actriz. Se habían conocido en una escuela de teatro a los veintipocos años, cuando ambos estaban bastante seguros de que llegarían a ser estrellas de cine con fama internacional.

—Solo quiero trabajar con los mejores directores —dijo Claudia, que únicamente había participado con un papel modesto en un anuncio de televisión para unos cereales de desayuno con edulcorante artificial, en el que había interpretado el papel de la cuchara.

—Y con actores que respeten de verdad el arte —añadió Rupert, quien había logrado que le dieran el papel de «matón de bar» en un episodio de un culebrón vespertino cuando tenía dieciséis años.

Sin embargo, por alguna extraña razón, el estrellato los había eludido a los dos, así que, cuando nació Alistair, alimentaron una nueva ambición: convertir a su hijo en una estrella en su lugar.

Desde que Alistair aprendió a caminar, sus padres lo arrastraban a audiciones para anuncios, obras y series de televisión, a pesar de que al niño no le interesaba en absoluto participar en esas cosas y habría preferido quedarse en casa jugando con sus amigos. Era un niño de carácter tímido, de modo que odiaba ponerse de pie delante de unos completos desconocidos y tener que representar una escena de *Oliver* o cantar una versión de «With a Little Bit of Bloomin' Luck», de la película *My Fair Lady*, con un ridículo acento barriobajero.

—Si no lo haces, no te daré de cenar —le dijo una vez Claudia cuando tenía once años y se quejó de que lo obligaran a ir a una audición para el papel de Jeremy Potts en una producción que hacía una compañía de aficionados del musical *Chitty Chitty Bang Bang*.

—Pero yo no quiero ser Jeremy Potts —se quejó Alistair—. Quiero ser Alistair Brocket.

—¿Y quién es Alistair Brocket? —chilló Rupert, anonadado al ver que su hijo pensaba dejar pasar una oportunidad tan magnífica—. ¡Nadie! ¡Eres un don nadie! ¿Así es como quieres vivir? ¿Sin que nadie se fije en ti? Míranos a tu madre y a mí: habríamos podido ser gigantes de la industria del cine, pero renunciamos a todo para convertirnos en los padres de un crío ingrato. Y así es como nos lo agradeces.

Alistair no dijo nada ante eso. Sabía muy bien que sus padres no habían renunciado a nada por él; que ya llevaban varios años intentando ser actores para cuando él nació, así que su falta de éxito no tenía nada que ver con él.

Para su desgracia, y a falta de candidatos mejores, le dieron el papel a Alistair. Se pasó semanas yendo a los ensayos a regañadientes. Le costaba muchísimo memorizar su parte y siempre temía el momento en que le tocaba el turno de cantar. Ya era bastante tormento cuando solo lo miraban sus compañeros de reparto y el director, pero cada vez que pensaba en todo el público que se sentaría allí, en el auditorio en penumbra, sentía unas ganas de vomitar automáticas.

—No quiero hacerlo —les dijo a sus padres el día que tenían que representar la obra por primera vez—. Por favor, no me obliguéis.

Pero nada de lo que pudiera decir hizo que cambiaran de opinión, y unas cuantas horas más tarde, Alistair salió a escena con las piernas temblorosas como un flan. A lo largo de las dos horas siguientes, siendo generosos podríamos decir que recordó menos del cinco por ciento de sus diálogos, se cayó del escenario dos veces, pisó al actor con el que compartía tablas seis veces y dio la impresión de que estaba a punto de mojarse los pantalones cuando el abuelo Potts declaró que de las cenizas, de las cenizas, crecían las rosas del éxito.

El periódico local hizo una crítica mordaz y al día siguiente, en el colegio, sus compañeros lo pusieron en ridículo.

—Nunca más —les dijo a sus padres cuando llegó a casa aquella tarde. Deseaba que la tierra se abriera y se lo tragara entero—. No pienso volver a subirme a un escenario y no podréis obligarme. Es humillante. Nunca, jamás de los jamases, voy a volver a destacar entre la multitud.

Ahora, mientras caminaba hacia la puerta de su casa, unos treinta años más tarde, Alistair no podía evitar sentir rabia hacia sus padres por haberle hecho pasar por semejante trauma a una edad tan temprana. Porque, si le hubieran dejado ser él mismo (un niño tranquilo, pensativo, amable), tal vez entonces nunca hubiera desarrollado un miedo tan terrible a que la gente se fijara en él.

Y entonces quizá no le hubiera importado tanto lo que la gente pensara de sus propios hijos.

—¿Alguna carta? —preguntó Eleanor cuando Alistair entró en la cocina y paseó la mirada por su familia, que estaba desayunando.

Henry y Melanie no decían nada; hacían huelga de silencio para demostrarles a sus padres lo mucho que echaban de menos a Barnaby, pero ni Alistair ni Eleanor les daban la satisfacción de darse por aludidos. Alistair levantó la cabeza hacia el techo, de donde hacía poco que habían quitado el colchón de Barnaby, y arrugó la postal para metérsela en el bolsillo, decidido a tirarla a la papelera del trabajo esa misma mañana.

—Nada —dijo, aunque le delató un pequeño nudo en la garganta cuando negó con la cabeza—. Nada salvo facturas y correo basura.

Capítulo 11

El príncipe de los bastoncillos de algodón

—¡Última parada! ¡Última parada!

Barnaby abrió los ojos y se desperezó con ganas, al principio no muy seguro de dónde estaba. Después recordó: el Fonseca Express.

—Aquí huele a café —dijo el revisor, y abrió la ventanilla para que entrara el aire.

—Es mi mochila —explicó Barnaby.

Se incorporó en el asiento y se quitó el cinturón de seguridad antes de cargársela a hombros. El saco que había dentro, lleno hasta los topes de granos de café, se lo habían regalado Ethel y Marjorie con la intención de que lo ayudara a mantenerse en el suelo una vez en Río de Janeiro. Cuando había llegado a la estación de tren de São Paulo estaba agotado, pero el viaje debía de haberlo despejado, porque ahora se notaba muy despierto, como si hubiera dormido días enteros. Sin embargo, cuando puso pie en el andén se sorprendió al ver una señal que decía ESTACIÓN DE PENN.

—Perdone —le dijo a un policía que pasaba por allí—. ¿En qué dirección tengo que ir para llegar al aeropuerto de Río de Janeiro?

—Unos ocho mil kilómetros en esa dirección, chaval —respondió el hombre y señaló las puertas de salida.

—¿Ocho mil kilómetros? —repitió Barnaby, y suspiró asombrado—. ¿Puede decirme dónde estoy?

—En Nueva York —dijo el poli—. La ciudad más maravillosa del mundo.

—En realidad la mejor es Sidney —replicó Barnaby, quien tal vez se hubiera sorprendido de encontrarse en América del Norte en lugar de en América del Sur, pero no pensaba pasar por alto un error de semejante calibre.

De todas formas, al policía no pareció importarle, pues se limitó a encogerse de hombros y continuó andando mientras Barnaby salía de la estación, preguntándose qué diablos debía hacer a continuación. Saltaba a la vista que se había pasado todo el trayecto durmiendo y el vuelo a Sidney había partido sin él.

Ahora Barnaby estaba solo en las calles de la gran ciudad, así que simplemente deambuló por ahí durante una hora, bajó una avenida, cruzó una bocacalle, subió otra, atravesó una plaza y se metió en una zona comercial muy concurrida, algo aturdido ante la altura de los edificios y la multitud que se desplazaba por las aceras. Al cabo de un rato vio una cola larga que se formaba para entrar en uno de los rascacielos y miró la placa de mármol clavada en la pared: EDIFICIO CHRYSLER. Justo en ese momento, un hombre lo empujó por detrás, le arrancó la mochila de la espalda y salió

corriendo calle abajo.

—¡Eh! —gritó Barnaby—. ¡Ladrón!

Pero no pudo hacer nada. Antes de tener tiempo siquiera de pensar en perseguirlo, sus pies se despegaron del suelo y empezó a ascender por el cielo. Y cuando ya se aproximaba a lo alto del edificio, se dio un buen porrazo en la cabeza contra un duro objeto metálico y todo se fundió en negro a su alrededor mientras la ciudad giraba como un caleidoscopio bajo sus pies.

—¡Auch! —exclamó Barnaby Brocket.

—¡Eh, chaval! ¿Estás bien?

Barnaby abrió los ojos y miró hacia arriba. Estaba empotrado debajo de una especie de jaula metálica elevada que colgaba de un lateral del edificio, justo en el punto en que las paredes verticales cedían el paso a la corona escalonada. A través de los agujeros del suelo enrejado vio unas robustas botas negras.

—¡Di algo, chaval! ¿Te has hecho daño?

—Aaaj —gruñó Barnaby, y escudriñó el interior de la jaula, en la que había un joven de pie, vestido con un mono elástico de color azul y rodeado de cubos y trapos—. ¿Qué me ha pasado?

—Has llegado volando hasta aquí como un globo que va perdiendo el aire —respondió el joven—. Luego te has chocado conmigo y te has dado en la cabeza. Por cierto, ¿cómo lo haces?

—Floto —dijo Barnaby, e intercambió una mirada con un halcón que pasó volando en su ruta rumbo al río Hudson; no pudo evitar envidiar la habilidad del pájaro para planear y aterrizar a su antojo.



—¡No me tomes el pelo!

Barnaby intentó encogerse de hombros, pero los tenía aplastados contra el suelo de rejilla, cosa que le dificultaba un poco los movimientos.

—¿Podrías ayudarme a entrar en tu jaula? —preguntó.

—Claro —dijo el joven.

Acto seguido sacó el cuerpo por un lateral y agarró a Barnaby por las orejas para tirar de él, y luego, una vez dentro, colocó las manos sobre los hombros del muchacho, haciendo fuerza, para impedir que volviera a salir flotando.

—Menuda primicia —dijo, y sacudió la cabeza, incrédulo—. No suelo tener visitas aquí arriba.

—¿Eres limpiacristales? —preguntó Barnaby, al percatarse de los distintos cepillos, escobillas, rascadores y esponjas que poblaban el suelo del cubículo.

—Bueno, es mi trabajo diurno. Así no me muero de hambre.

Barnaby alargó el cuello y miró hacia arriba, en dirección a la cima del edificio, e inclinó la cabeza para ver mejor las ventanas triangulares y los arcos abovedados de acero que los rodeaban.

—Impresionante, ¿verdad? Tardo una semana entera en limpiarlos todos, ¿sabes? Por cierto, me llamo Joshua —añadió el joven y le tendió la mano—. Joshua Pruitt.

—Barnaby Brocket —dijo Barnaby.

—Menudo chichón te ha salido en la cabeza. Tiene mala pinta —dijo Joshua, y apartó un poco el pelo de Barnaby con los dedos—. Deberíamos limpiarlo un poco. ¿Quieres bajar conmigo?

Barnaby miró a su alrededor. En realidad, no tenía muchas opciones; o bajaba al nivel de la calle o flotaba por el cielo.

—Bueno, vale.

Joshua asintió y levantó una pieza de metal que colgaba del enrejado de la jaula, apretó con toda la mano un enorme botón verde y empezaron a bajar. Agarró fuerte de la mano a Barnaby cuando doblaron la esquina y entraron en el edificio por la puerta de servicio. Luego recorrieron la planta hasta llegar a un único ascensor gris. Una vez dentro, pulsó el botón que indicaba -3 y comenzaron a descender a las profundidades del edificio.

Salieron del ascensor, se abrieron paso por un pasillo laberíntico con paredes de piedra gris cubiertas de tuberías de aspecto antiguo que emitían extraños gorgoteos que oyeron al pasar. Después bajaron un tramo corto de escalones irregulares y abrieron una enorme puerta metálica por la que se entraba a una habitación oscura y sombría. Joshua tiró de un cordel y una única bombilla iluminó lo que parecía el hogar improvisado de alguien. En un rincón había un saco de dormir y, junto a él, unas tazas vacías, un par de libros y un bocadillo a medio comer.

—Perdona el desorden —dijo Joshua. Parecía un poco apurado—. Debería recoger más a menudo.

—¿Vives aquí abajo? —preguntó Barnaby.

—Ya lo creo. No puedo permitirme un piso propio, así que se me ocurrió instalarme aquí una temporada. —Se rascó la cabeza y puso cara triste al pensar en que eso era lo mejor que le ofrecía la vida—. Es mejor que pagar un montón por alquilar una caja de zapatos en la otra punta de la ciudad.

Barnaby se planteó qué podía llevar a una persona a vivir en el subsuelo de un edificio como ese... y además, ¿dónde estaban los padres del chico? «¿Terminaré yo en un sitio así? —se preguntó mientras Joshua revolvía en una caja del rincón de la habitación y sacaba un frasco de algo verde de aspecto viscoso y un par de tiritas—. ¿Y si no puedo regresar a casa nunca?»

—Como nuevo —dijo Joshua mientras frotaba la cabeza de Barnaby con desinfectante con la ayuda de un algodoncito y ponía dos tiritas formando una X encima del chichón—. ¿Te encuentras mejor?

—Mucho mejor —contestó Barnaby.

Se sentó en una de las anchas tuberías redondas que recorrían la parte inferior de

las paredes y se agarró con fuerza al tubo, porque el techo era casi todo de metal. En momentos como ese era cuando más echaba de menos su colchón de gama alta modelo David Jones Bellissimo.

—Me alegro, Barnaby —dijo Joshua—. Déjame que tire estas cosas y te acompañaré a la calle.

Cuando desapareció por una esquina, la atención de Barnaby se centró en una puerta abierta que había en el extremo opuesto de la habitación. Se levantó y avanzó despacio hasta ella, agarrándose en las vigas de acero como un mono que se cuelga de rama en rama. Desperdigadas por el suelo de la habitación contigua había una colección de esculturas de lo más curiosas, todas hechas de hierro retorcido con formas extrañas pero interesantes, algunas de ellas con maderitas enterradas en el centro, un corazón de madera salpicado con pintura azul glacial. No parecía que los diseños tuvieran un significado concreto, y cada una era diferente de las demás, pero cuando cogió una, le intrigó el objeto que tenía entre las manos; se parecían a las obras que pueden verse en una galería de arte o un museo.

Al cabo de un momento le llamó la atención otra cosa igual de inesperada que había colocada en un rincón de la habitación: una simple caja de cartón llena hasta los bordes de bastoncillos de algodón, de los que suelen usarse para limpiarse las orejas. Debía de haber miles y miles. Decenas de miles.

—Creía que te habías marchado flotando —dijo una voz a sus espaldas, y se dio la vuelta como un resorte para ver a Joshua, que lo había seguido hasta la habitación.

—¿Las has hecho tú? —preguntó Barnaby paseando la mirada entre las esculturas.

—Claro que sí. ¿Te gustan?

—Son muy bonitas. ¿Qué significan?

—Tienes que decidirlo por ti mismo. Cada una de ellas significa algo distinto para mí. Ya te dije que ser limpiacristales es solo mi trabajo diurno. En realidad soy un artista. O, por lo menos, quiero serlo. Aunque no es que haya conseguido que la gente admire mi obra o la compre. No tienes ni idea de lo arrogantes que son los dueños de todas las galerías de esta ciudad. No sé, creo que pierdo el tiempo.

—¿Y qué pasa con la caja de bastoncillos de algodón? —preguntó Barnaby—. ¿También es una obra de arte?

—No —dijo Joshua con una sonrisa—. No, solo es una caja de bastoncillos de algodón.

—Pues debes de tener las orejas muy sucias.

—No son para mí —respondió. Cogió un bastoncillo y se lo quedó mirando—. Los guardo para acordarme de mi familia, nada más. Vivir bajo tierra puede ser muy solitario, ¿sabes?

—La gente suele guardar fotos —dijo Barnaby.

—Bueno, también llevo una o dos fotos en la cartera. Pero los bastoncillos de algodón son el negocio familiar, así que me recuerdan a mi hogar. Mi padre es el rey de los bastoncillos en Estados Unidos. Lo cual me convierte a mí en el príncipe, supongo. ¿Has oído hablar alguna vez de Samuel Pruitt?

Barnaby negó con la cabeza.

—Bueno, imagino que no es muy famoso. Pero sí es muy, muy rico. Inventó el bastoncillo de algodón. Y cada vez que una persona, en cualquier parte del mundo, compra un envase de bastoncillos para limpiarse las orejas, mi padre recibe una moneda de veinticinco centavos. Y eso suma un montón de monedas de veinticinco. Si las juntas todas, tendrás un montón de dólares.

—Entonces, ¿por qué vives aquí abajo? —preguntó Barnaby—. Seguro que puedes permitirte vivir en un palacio.

—Es el dinero de mi padre —dijo Joshua mientras conducía a Barnaby de nuevo por el pasillo laberíntico—. No es mío. El único dinero que tengo yo es el que gano limpiando esas ventanas. Pero no es suficiente. Me ayuda a no morirme de hambre mientras me dedico a mi arte. Me echó de casa sin un centavo. No me deja volver a pisarla. No quiere saber nada de mí.

—Pero ¿por qué no?—preguntó Barnaby cuando subieron de nuevo en el ascensor—. ¿Es que no ha visto lo buenas que son tus esculturas?

—En realidad no es un gran amante del arte, ahí está el problema. Solo le interesa el dinero. Y eso es lo que quería que me interesase a mí también. Intentó instruirme en el negocio de los bastoncillos de algodón, para que luego, cuando se jubilara, yo asumiera el mando de la empresa. Pero ¿quieres que te cuente un secreto? Los bastoncillos de algodón... no son tan interesantes.

—Supongo que no.

—Y además, yo quería hacer lo que quería hacer con mi vida. Y no lo que otra persona quería que yo hiciera con ella. Así que aquí me tienes, viviendo como una rata. Me paso las noches trabajando en estas esculturas y empiezo a pensar que a lo mejor mi padre tenía razón. Nadie me tomará jamás en serio. A lo mejor debería darme por vencido.

Para entonces ya habían vuelto a salir a la calle y Joshua sacó un par de pesos de hierro que había cogido en el sótano.

—Métetelos en los zapatos —dijo, sin darse cuenta de que Barnaby también había cogido algo de su cuarto y se lo había escondido en el bolsillo del pantalón—. Te costará caminar con ellos, pero por lo menos impedirán que flotes durante un tiempo.

—Gracias —dijo Barnaby—. Y gracias también por curarme la cabeza. Mucha gente no se habría molestado.

—Mucha gente es un tostón —contestó Joshua, y sacudió una mano mientras se montaba en su artilugio para limpiar ventanas. Apretó el botón verde y empezó a

ascender una vez más—. Cuídate mucho, Barnaby Ricket. ¡Nueva York puede ser un sitio muy peligroso, ya lo sabes!

Capítulo 12

Nace una estrella

Barnaby dejó de pensar en cómo volver a su casa, en Sidney, y empezó a pensar en cómo darle las gracias a Joshua Pruitt. Muy pocas personas, se dijo, se habrían tomado la molestia de desinfectarle la herida y asegurarse de que no saliera flotando. Pero ¿qué podía hacer él?, se preguntó. Tenía muy poco dinero y ningún amigo en la ciudad.

Entonces se le ocurrió una idea.

Anduvo despacio por la calle (muyyy despacio) en busca de una oficina de correos y, cuando la encontró, entró y se sentó en un taburete que había enfrente de un enorme listín telefónico. Pasaba las páginas a toda velocidad para ver si encontraba la dirección. No tardó en dar con lo que estaba buscando. Garabateó las señas en un papelito y, como la mayor parte de las calles de Manhattan tenían números en lugar de nombres, supo orientarse sin apenas dificultad para llegar allí, a pesar de los pesos de hierro metidos en los zapatos y de que los oídos empezaban a dolerle de nuevo.

Vista desde la calle, la galería de arte parecía imponente. Estaba toda pintada de blanco, y por el enorme escaparate Barnaby solo vio unos cuantos cuadros pequeños colgados en las paredes. Era la primera vez que visitaba un sitio así y estaba un poco inquieto, pero respiró hondo, abrió la puerta y entró.

Una mujer que había sentada detrás de una mesa alzó la mirada; cuando lo vio, la expresión de su rostro le indicó a Barnaby que estaba a punto de desmayarse del susto.

—Repugnante —dijo con una voz sorprendentemente masculina.

—¿El qué? —preguntó Barnaby.

—Tu ropa. No tienes gusto para los colores ni la menor delicadeza para ver lo que se lleva y lo que no se lleva. A ver, ¿a quién se le ocurre ponerse pantalones cortos de cuadros en esta época del año? —añadió, sin dejar de mirar el atuendo de Barnaby y sacudiendo la cabeza con desdén—. Además, ¿dónde crees que estamos? ¿En un campo de golf?

Cuando la mujer se incorporó, Barnaby se asombró al ver lo alta que era (medía más de dos metros) y llevaba el pelo recogido en una coleta y tan tirante por la frente que las cejas le quedaban casi a la altura de la línea en la que le nacía el cuero cabelludo. Tenía la piel de un tono pálido enfermizo y los labios pintados de carmín rojo sangre, tan intenso que daba miedo.

—¿Y quién eres tú? —preguntó arrastrando cada una de las palabras, como si

pronunciarlas le resultara doloroso.

—Soy Barnaby Brocket —dijo Barnaby.

—Bueno, pues esto no es una guardería, Benjamin Blewitt —anunció ella, insinuando con su tono de voz que no iba a dignarse pronunciar bien el nombre del chico—. Y tampoco es un orfanato. Esto es una galería de arte. Sal inmediatamente de aquí y llévate ese olor tan peculiar contigo.

Barnaby se olfateó el cuerpo, igual que hacía siempre Capitán W. E. Johns cuando se ovillaba en su cesta, y se dio cuenta de que en eso llevaba razón. No se había lavado desde que había salido de la plantación de café de Ethel y Marjorie, y eso que en aquel lapso de tiempo había dormido en un tren desde Brasil hasta Nueva York.

—No es un olor peculiar —dijo Barnaby intentando por todos los medios parecer ofendido—. Es el *aftershave*.

—Aún no tienes edad para afeitarte. Si no eres más que un crío.

Barnaby arrugó la frente. Tenía razón. Era mejor que fuese directo al grano.

—He venido a ver al señor Vicente —dijo.

—¿Al señor Vicente? —preguntó la mujer, y se rió ante la absurdidad de su comentario—. Para empezar, nadie se refiere a él como «señor» Vicente; es simplemente «Vicente». Y en segundo lugar, me temo que Vicente está muy ocupado. Tiene la agenda cerrada desde ahora hasta el final de la década. E, independientemente de eso, no se mezcla con niños malolientes que deambulan por las calles con tiritas en la frente.

—Por favor, dígame que ha venido a verlo Barnaby Brocket —dijo Barnaby pasando por alto su mala educación—. Estoy seguro de que querrá verme.

—No. Vete ahora mismo.

—Dígale que es un asunto urgente.

—Si no te marchas —declaró la mujer, y dio un paso al frente para intimidarlo con su altura—, me veré obligada a llamar a la policía.

—Dígale que vengo de un cafetal de Brasil. Creo que si le dice eso querrá verme, ¿no le parece?

La mujer dudó un momento; conocía suficientes datos de la historia de su jefe para darse cuenta de que las palabras «cafetal» y «Brasil» tenían un papel importante en ella. Al fin y al cabo, había leído las biografías que habían escrito sobre él, y todas las entrevistas que había dado para la prensa. Tal vez aquel chico sí fuera «alguien», pensó. Tal vez no fuera buena idea seguir metiéndose con él.

—Espera aquí un momento —le dijo, y dejó que un suspiro de exasperación escapara de su boca mientras se daba la vuelta y desaparecía en un cuarto que había en la trastienda de la galería.

Un par de minutos más tarde, se presentó un hombre de pelo moreno con un bigotito fino como un pincel, que miró a Barnaby con una media sonrisa en la cara y

expresión de cierta curiosidad.

—¿Querías verme? —preguntó. Y su acento traicionó sus raíces de las *favelas* de São Paulo.

—Soy Barnaby Brocket —aclaró Barnaby—. Estaba flotando por el cielo sobre Sidney cuando me choqué contra un globo que manejaban tus amigas Ethel y Marjorie. Es una historia muy larga, pero el caso es que me invitaron a quedarme una semana en su plantación. Incluso dormí en tu antigua habitación. Hablan maravillas de ti. Palmira me dijo que eras el favorito de las dos señoras.

—¡Pero si ellas eran mis mejores amigas! —exclamó Vicente, y dio una palmada, emocionado—. Mis benefactoras. Todo lo que tengo se lo debo a ellas. Y te han salvado a ti también, ¿sí? ¿Igual que me salvaron a mí?

—Bueno, más o menos, supongo —admitió Barnaby—. Desde luego, no sé qué habría sido de mí si no me hubiera topado con ellas cuando lo hice. —Desvió la mirada hacia la mujer alta, que lo observaba con una mezcla de hostilidad y desprecio—. ¿Es tu mujer? —le preguntó a Vicente con tono de inocencia.

Al oír esa pregunta los ojos de ella se abrieron tanto que Barnaby temió que se le salieran de las cuencas y rebotaran por el suelo.

—No soy la mujer de ningún hombre —insistió ella con altivez, como si acabara de acusarla de pasarse las noches jugando a los videojuegos.

—No —murmuró Barnaby sacudiendo la cabeza—. No, ya me lo imaginaba.

—Pero ¿qué puedo hacer por ti? —preguntó Vicente. Cogió al chico por el brazo y lo condujo hasta un sofá con un tapizado precioso—. Ethel y Marjorie... no estarán enfermas, ¿verdad?

—No —dijo Barnaby, y se apresuró a negar con la cabeza—. No, en realidad están muy bien. Lo que pasa, señor Vicente, es que...

—Vicente a secas, por favor.

—Lo que pasa, Vicente, es que... ¿Tengo razón al pensar que tú sabes más que nadie sobre arte?

El dueño de la galería extendió los brazos y miró a su alrededor, a las obras que había expuestas.

—Sé un poco —dijo con modestia.

—¿Puedo enseñarte una cosa para que me digas si es buena o no?

—¡Nada de valoraciones hoy! —insistió la ayudante de Vicente, y dio unas fuertes palmadas—. Es imprescindible pedir cita con antelación. Creo que tenemos un hueco el segundo martes de abril de dentro de dieciocho años. ¿Te reservo para las diez en punto?

—Por favor, Alabaster —dijo Vicente, y la mandó callar con una expresión seria—. Si este chico es amigo de Ethel y Marjorie, entonces es amigo mío. Vamos, Barnaby. ¿Qué quieres enseñarme?

Barnaby metió la mano en el bolsillo y sacó una de las esculturas de Joshua: una pequeña que había cogido sin permiso del sótano con este preciso plan en mente. Sabía que no debía coger cosas que no eran suyas, pero pensó que, en esta ocasión, podía ser aceptable.

Vicente cogió la pieza de metal que le tendía Barnaby, le dio unas vueltas entre los dedos y la contempló un minuto o dos antes de acercarse a la ventana para observarla con más detenimiento a la luz del sol que entraba por el cristal. Murmuró algo para sus adentros, luego resiguió el hierro y la madera con los dedos y por último sacudió la cabeza con admiración.

—Exquisita —dijo mientras volvía junto al chico—. Sencillamente exquisita. ¿La has creado tú?

—No —dijo Barnaby—. La ha hecho un amigo mío. Es el limpiacristales del edificio Chrysler, pero quiere ser artista. Lo malo es que nadie expone sus obras. Me desinfectó la herida y me puso tiritas en la frente. Pensé que a cambio le debía un favor.

—No es que «quiera» ser artista —rugió Vicente con un tono dramático—. ¡Ya es artista! Un artista extraordinario. Pero tienes que presentármelo, pequeño pícaro maloliente. ¡Preséntamelo ahora mismo!

Una semana más tarde, después de aprovecharse de la generosidad de Vicente aceptando una de las habitaciones de invitados de su impresionante apartamento de la Quinta Avenida, que daba a Central Park, Barnaby (ahora limpio, bien aseado, frotado y perfumado) llegó a la galería con un par de zapatos carísimos con pesos en los tacones para mantenerlo anclado al suelo, y se abrió paso entre las filas de fotógrafos y periodistas de prensa que habían ido a cubrir la inauguración de la primera exposición de Joshua Pruitt, un acontecimiento que se proclamaba en el mundo del arte como uno de los más importantes del año.

—Me han dicho que tú eres el responsable de todo esto —dijo un hombre con una acreditación de prensa mientras se acercaba a Barnaby, quien asintió con la cabeza e intentó no mirar con demasiado descaro las tremendas marcas de quemaduras que cubrían la mayor parte del rostro del hombre. Sabía que era de mala educación quedarse embobado mirándolas, pero no podía evitar preguntarse cómo habían ido a parar ahí.

—Más o menos —contestó Barnaby.

—Me llamo Charles Etheridge —dijo el hombre, y le estrechó la mano a Barnaby—. Soy el jefe de la sección de crítica de arte del periódico *Toronto Star*. Había oído de todo acerca de este extraordinario descubrimiento de Vicente y tenía que venir a verlo en persona. Y el viaje no ha sido en balde. Tengo que coger el tren de vuelta a Canadá mañana por la mañana, pero me alegro de haber venido. En nombre de mis

lectores me gustaría darte las gracias por haber logrado que el mundo se fije en la obra del señor Pruitt. Te debemos un favor inmenso. Si alguna vez puedo hacer algo por ti, dímelo, ¿de acuerdo?

Barnaby asintió con la cabeza, incapaz de pensar en algo que el señor Etheridge pudiera hacer por él, y se escabulló para ir a buscar al artista.

—Te estaré eternamente agradecido, chaval —dijo Joshua, encantado con todos los halagos que estaba recibiendo—. Y mira por ahí... Incluso mi viejo se ha presentado. Parece que está orgulloso de mí ahora que me he hecho un hueco en el *New York Times* y dice que, en el fondo, no pasa nada si no trabajo en el negocio de los bastoncillos de algodón.

—Entonces, ¿habéis hecho las paces? —preguntó Barnaby.

—Bueno, todavía tenemos muchas cosas que arreglar. Al fin y al cabo, me echó de casa y me dejó en la calle sin un penique en el bolsillo. ¿Y por qué? Pues porque era un poco distinto de como él quería que fuese. Supongo que lo superaré con el tiempo, pero no es fácil de olvidar. ¿Qué clase de padre echa a su hijo de casa sin más y se queda tan ancho?

Barnaby frunció el entrecejo y se mordió el labio. Con toda la emoción de la última semana no había pensado tanto en Alistair y Eleanor como debería, pero al oírle decir eso a Joshua pensó en su casa, aunque no para bien. Echó un vistazo a su alrededor para observar la extraordinaria exposición que había montado Vicente, así como a los acaudalados amantes del arte que examinaban cada una de las piezas mientras Alabaster dibujaba circulitos rojos al lado para indicar que estaban vendidas.

—Ya encontraremos la manera de arreglarlo —continuó Joshua—. Solo hace falta que se dé cuenta de que soy artista, no empresario. ¿Y qué hay de ti, Barnaby? ¿Qué vas a hacer ahora?

—Intentaré regresar a mi casa, a Sidney —dijo Barnaby—. Pero tengo que averiguar cómo.

Y entonces se le encendió la bombilla. Volvió a acercarse a Charles Etheridge, el periodista del *Toronto Star*, el que había dicho que el mundo le debía un favor a Barnaby.

—Disculpe, señor Etheridge. ¿Ha dicho que volvía a Toronto mañana por la mañana? —Eso es, jovencito. ¿Por qué me lo preguntas? Barnaby lo pensó dos veces e intentó dibujar mentalmente un mapa del mundo. —¿Toronto queda cerca de Sidney? —preguntó.

Querida familia:

El plan era volar desde Brasil hasta Sidney, pero me quedé dormido en el tren y me desperté en Nueva York, y por eso aún no he llegado a casa. Lo digo por si estáis preocupados por mí. He hecho amigos en Estados Unidos, pero me marché a CANADÁ hoy para volar a casa desde allí. Hay un periódico que va a pagarme el billete de avión porque me deben un favor enorme y quieren darme las gracias, pero dicen que tengo que volar desde Toronto.

Todavía no he conseguido dejar de flotar, qué mala suerte... ~~Atom~~ A lo mejor es que soy así y ya está. Decidle a Capitán W. E. Johns que no coma demasiadas galletas para perro; se estaba poniendo un poco GORDI cuando me marché.

Vuestro hijo / hermano / amo,

Barnaby

Capítulo 13

Pequeña Miss Kirribilli

Eleanor volvía de pasear a Capitán W. E. Johns cuando se topó con el cartero en la calle. Le entregó un paquete de una librería, una carta del colegio de Henry y la última postal de Barnaby. Leyó primero la carta (al parecer Henry se había peleado varias veces durante las últimas semanas) y luego, insegura, empezó a leer la postal. Notó cómo la sangre abandonaba su rostro al reconocer el tono de su hijo menor y sintió un dolor dentro que no se parecía a ninguno de los que había sentido hasta entonces.

Ya habían pasado varias semanas desde que había cruzado el Puente de la Bahía con Barnaby, y los acontecimientos de ese día no se despegaban de su mente. Había momentos en los que pensaba que había hecho lo correcto, porque, a fin de cuentas, Barnaby era el chico más testarudo del mundo y se negaba en rotundo a cambiar, pero luego, solo de vez en cuando, se preguntaba por qué había sido incapaz ella de quererlo tal y como era. Al fin y al cabo, siempre se había enorgullecido de ser una madre normal con una familia totalmente normal, pero ¿era normal hacer lo que había hecho?

En la otra acera vio a Esther Frederickson saliendo del coche con su hija de siete años, Tania, a la zaga.

—Ay, hola, Eleanor —exclamó la señora Frederickson, y se dio la vuelta para blandir un trofeo enorme en el aire—. ¡Primer puesto! —declaró con aire victorioso—. Pequeña Miss Kirribilli, igual que lo fueron sus tres hermanas mayores. ¡Y su madre!

Eleanor sonrió, pero no tuvo estómago para ir a felicitar a Tania ni a Esther. El concurso de Pequeña Miss Kirribilli no le traía más que malos recuerdos. Cuando era niña, había obtenido el título de Pequeña Miss Beacon Hill y había aborrecido todo el alboroto y la atención que habían acompañado a la corona. Su madre también había sido Pequeña Miss Beacon Hill y, desde el día en que Eleanor nació, había utilizado a su hija como si fuera una muñeca y la había llevado a una academia para maquilladores y estilistas, donde le embadurnaban la cara con pintalabios y colorete, le ahuecaban el pelo y le hacían recogidos cada vez más extravagantes, y la obligaban a pasearse arriba y abajo con la mano en las caderas para que perfeccionara lo que la señora Bullingham, la madre de Eleanor, describía como «sus andares propios».

—Y recuerda —instruyó a su hija cuando apenas tenía cinco años y participó en su primer concurso de belleza—, si los jueces te preguntan qué es lo que más quieres en el mundo, ¿qué les dices?

—Que quiero trabajar en una guardería para perros —contestó Eleanor—. Y quiero rescatar muchos perros abandonados y encontrarles un nuevo hogar donde los quieran.

—¡La paz mundial! —chilló la señora Bullingham, y extendió los brazos en el aire—. Santo cielo, hija mía, ¿cuántas veces te lo he dicho? ¡Lo que más quieres en el mundo es la paz mundial!

—Ay —dijo Eleanor—. Claro. Perdona, mamá. Espero acordarme.

—Y si te preguntan quién es tu mejor amiga, ¿qué les dices?

Eleanor pensó mucho; la respuesta a esa pregunta cambiaba con bastante frecuencia.

—Creo que les diría que Aggie Trenton —respondió—. La semana pasada era Holly Montgomery, pero me tiró del pelo y me quitó el bocadillo el martes.

—Tu mejor amiga es tu madre —insistió la señora Bullingham apretando los dientes—. Repite conmigo, Eleanor: «Mi mejor amiga es mi madre».

—Mi mejor amiga es mi madre —dijo obediente Eleanor.

—¿Tu música favorita?

—Los Beatles —dijo Eleanor.

—¡Chopin!

—Ay, sí. Chopin.

—¿Tu libro favorito?

—*Ana de las Tejas Verdes*.

—Eeh —dijo la señora Bullingham, que nunca leía libros—. De acuerdo, esa respuesta me parece correcta. Bueno, ¿crees que se me olvida algo?

Los concursos de belleza nunca fueron la idea de diversión que tenía Eleanor. De hecho, odiaba que la maquillaran y la repeinaran tanto; prefería mil veces salir a la calle con los otros niños de su edad y mancharse jugando y volver a casa con rozaduras en los codos y barro en la cara. Pero la señora Bullingham no se lo permitía.

—Eres una damisela —le decía a su hija—. Y tienes que comportarte como tal. Hay más de cuarenta concursos de belleza distintos para niñas de tu edad en el estado de Nueva Gales del Sur. Si nos lo proponemos, podríamos realizar todo el circuito y ganarlos absolutamente todos. ¿No crees que sería maravilloso? El número máximo de concursos que ha ganado la misma persona en una única temporada es de treinta y seis. ¿Y sabes quién los ganó?

—¿Quién?

—¡Yo!

Eleanor suspiró. Lo que le parecía aburrido no eran solo los concursos, sino también las otras concursantes. Ninguna parecía pensar por sí misma. Repetían las cosas que les habían dicho sus madres y sonreían tanto y de forma tan exagerada que

era un misterio cómo no se les agrietaban las mejillas.

Pero su madre no le dejaba otra opción. Un fin de semana tras otro, se montaban en el coche y viajaban desde la ciudad de Broken Hill, en el oeste, hasta Newcastle, en el este, desde el Puerto de Coffs, en el norte, hasta la Península de Mornington, en el sur. Cantaban, recorrían una y mil veces la pasarela y ganaban trofeos. Ni una sola vez pudo Eleanor ir a las fiestas de cumpleaños de sus amigos, porque siempre las celebraban en sábado y ese era el día que tenía que estar delante del público, luciendo modelito.

Esta rutina se prolongó durante seis años, hasta que, justo después de que cumpliera los trece, Eleanor se dirigió a la extensión que habían levantado en la parte posterior de la casa, construida especialmente para albergar su colección de trofeos, y le dijo a su madre que los días de los concursos de belleza se habían acabado.

—Se acabarán cuando yo lo diga —respondió la señora Bullingham—. Y eso no será hasta que pierdas tu atractivo. Todavía te quedan unos cuantos años por delante.

—Lo siento, pero no —dijo Eleanor sin alterarse—. No pienso ir nunca más. Odio esos concursos. No me gusta cómo me mira la gente.

—¡Te admiran!

—No es verdad. Y me siento rara. No me gustan los vestidos, no me gusta la rivalidad y, sobre todo, no me gusta llamar la atención. Además, me sacan en los anuncios, y el médico dice que eso tiene que ver con mis ataques de ansiedad. Lo único que quiero es que me dejen en paz.

Y tras unas cuantas discusiones, a pesar de las amenazas de la señora Bullingham, Eleanor al final se salió con la suya. Tiraron todo el maquillaje, donaron a la beneficencia todos los trajes poco apropiados para su edad y Eleanor sintió por fin que la dejaban en paz.

«Si nadie vuelve a mirarme en lo que me queda de vida —escribió en su diario el día que metieron en cajas todos sus trofeos y los almacenaron—, entonces creo que seré capaz de vivir feliz hasta que sea vieja.»

En ese momento, Eleanor entró en casa y sacudió la cabeza para deshacerse de aquellos pensamientos. Una parte de ella quería ir corriendo a decirle a la pequeña Tania Frederickson que ella también podía negarse a participar en los concursos si quería. Nadie la miraría mal solo porque no fuera la Pequeña Miss Montañas Azules o la Pequeña Miss Woollongong de este año.

Pero no lo hizo. En lugar de eso, se sentó y volvió a leer la postal de Barnaby, y se permitió exhalar un largo y profundo suspiro. Luego la apartó, abrió el paquete de la librería (iba dirigido a Barnaby) y sacó un ejemplar de *David Copperfield*, que el niño debía de haber encargado antes de salir flotando. Observó la cubierta un momento —un chiquillo solo en la carretera, con una señal que indicaba la dirección de Londres, y expresión de desamparo y ansiedad en la cara— antes de abrirlo por las

primeras páginas.

Si he de resultar yo el héroe de mi propia vida, o si ha de ser otro quien ocupe este puesto, es cosa que deben decir estas páginas.

—Ladrido —ladró Capitán W. E. Johns, que quería colocarse con ella en el sofá, y ella asintió, dio unas palmaditas en el cojín que tenía al lado mientras se quitaba los zapatos y se desperezó.

Para empezar el relato de mi vida por el principio de la misma [leyó], dejó constancia de que nació un viernes, a las doce de la noche, según me contaron y yo lo creo^[1].

Eleanor ahogó un grito al leer esa línea. Entonces cerró el libro, se levantó y fue a la cocina, para tirar la postal de Barnaby a la basura. Abrió la nevera y miró qué había. «Costillas de cerdo para cenar», pensó, y aparcó el resto de sus pensamientos en un rincón de la memoria.

«Y tarta pavlova de postre.»

Capítulo 14

La fotografía del periódico

A la mañana siguiente, Barnaby se encontró de nuevo en la estación de Penn.

En medio del vestíbulo de la terminal, bajó la mirada hacia sus pies, junto a los que un dibujo de rayas rojas y blancas recorría todo el suelo, con muchos detalles en el punto donde se encontraba y un poco más descolorido a derecha e izquierda. Alargó el cuello y miró hacia las ventanas que tenía detrás, donde la luz del sol matutino se filtraba por la base de la enorme bandera de barras y estrellas, y hacía flotar sus colores como un oleaje patriótico.

La estación rebosaba de personas que se apresuraban a coger el tren para ir a trabajar, con los ojos adormilados y el pelo mojado a la hora punta de la mañana, todos con un café en una mano y un donut en la otra; a juzgar por sus expresiones, uno habría pensado que, si no conseguían llegar a donde se dirigían inmediatamente (o a ser posible, antes), el universo entero se acabaría. Estaban tan atareados y eran tan importantes...

Barnaby respiró hondo, luego soltó el aire haciendo ruido y observó a los turistas que se arremolinaban alrededor de la caseta de información. Discutían con la mujer de cara agotada que estaba atrapada dentro. A la espalda llevaba una mochila recién comprada llena de piezas viejas de hierro pesado del sótano del edificio Chrysler, que impedían que se levantara del suelo y acabase atrapado bajo el techo del vestíbulo.

—Buenos días, Barnaby —dijo Charles Etheridge mientras se acercaba a él muy decidido.

Llevaba dos botellines de agua y un par de manzanas en la mano; ni café ni bollos para él. Algunas personas que entraban y salían de la estación se quedaban mirando las horribles cicatrices de las quemaduras que le cubrían la cara, y luego apartaban la vista: sus expresiones crueles habrían podido herir los sentimientos de Charles de no haber estado acostumbrado a que lo miraran. Una adolescente hizo un sonido asqueroso y se metió un dedo en el centro de la boca abierta, y su amiga empezó a reírse a carcajadas. Gritó tanto que Charles la miró, y ella se puso como un tomate antes de darse la vuelta; tanto ella como su amiga bajaron corriendo las escaleras entre ataques de risa.

—Te he traído algo para desayunar —dijo Charles, y su voz dejó entrever que se sentía dolido por lo que acababa de ocurrir—. Se me ha ocurrido que a lo mejor tenías hambre.

—Gracias —dijo Barnaby.

—Y de paso, he comprado nuestros billetes —añadió, y sacudió un par de

papelitos—. Será mejor que nos demos prisa si queremos llegar a tiempo.

Bajaron las escaleras y zigzaguearon por una serie de pasillos largos que conducían a los andenes.

—Supongo que te has enterado de que el joven señor Pruitt vendió todas las esculturas anoche, ¿verdad? —comentó Charles—. Y por una cantidad sustanciosa. El *New Yorker* le dedicará un reportaje extenso la semana que viene. Y el *New York Times* ya está preparando una lista de motivos por los que no es tan bueno como todo el mundo dice. Es la comidilla de la ciudad, y todo gracias a ti.

—De lo que me alegro es de que por fin vaya a ser artista —dijo Barnaby—. Y de que haya hecho las paces con su familia.

—Siempre ha sido artista —respondió Charles—. Solo que ahora será un artista rico y, por mi experiencia, las dos cosas no siempre van de la mano.

Anduvieron hasta el andén número 9, donde los esperaba el tren, y entonces Barnaby miró hacia el otro lado, al espacio que lo separaba del andén número 10, y achinó los ojos.

—No es esta estación —dijo Charles, al darse cuenta de lo que hacía el chico.

—Solo me aseguraba —dijo Barnaby, y sonrió mientras se montaban en el tren.

Miró los asientos y se alegró al ver que podía evitar salir flotando hasta el techo simplemente abrochándose el cinturón de seguridad, mientras Charles colocaba la mochila del muchacho en uno de los compartimentos superiores.

—Debe de ser muy raro —dijo Charles—. Me refiero a todo el tema de flotar y tal. Seguro que hay muchas cosas que no puedes hacer.

—Supongo —respondió Barnaby mientras sonaba el silbato y el tren empezaba a salir de la estación—. Lo que pasa es que nunca he conocido otra cosa. Aunque hubo una vez en que subí al Puente de la Bahía de Sidney con mis compañeros de clase y nos ataron a todos a la estructura en una fila larga, y por primera vez en mi vida fui igual que todos los demás.

—¿Y cómo te sentiste?

—Raro —dijo Barnaby con una mueca—. Me parecía que no era yo. No me gustó.

Charles asintió con la cabeza y se lo quedó mirando un momento, con una media sonrisa en el rostro, antes de reírse un poco y abrir el periódico para ojear los titulares. Barnaby miró por la ventanilla y vio el paisaje, que pasaba a toda velocidad. Qué pena que no llevara ningún libro encima. Un poco de D'Artagnan habría sido ideal para un viaje como ese.

Ya llevaban unas cuantas horas de trayecto cuando el tren se detuvo en Albany, donde un grupo de pasajeros se bajaron y muchos más se montaron. Barnaby observó a un joven muy apuesto que arrojó una enorme mochila verde al portaequipajes superior y se sentó enfrente de él. Enterró la nariz en un libro y Barnaby alargó la

cabeza para ver el título: *A Nation of Politicians*. Era un libro sobre la historia de Irlanda.

—¿Por casualidad no llevarás alguna novela de aventuras en esa bolsa? —preguntó Barnaby, inclinándose hacia delante, esperanzado.

El joven levantó la cabeza con sorpresa.

—No, lo siento —dijo—. Soy historiador. Pero puedo dejarte algo sobre la reforma agraria de Irlanda a principios del siglo XIX, si te interesa...

Barnaby suspiró y negó con la cabeza. Le apetecía leer algo con una persecución. O sobre un huérfano que intentara abrirse camino en el mundo. O una historia de peleas.

A esas alturas el vagón ya estaba bastante lleno, pero quedaban un par de asientos libres al otro lado del pasillo, así que una madre y su hija se dirigieron a ellos a toda velocidad, para adjudicárselos. Una expresión de alivio tiñó la cara de la señora cuando se dio cuenta de que no iba a tener que pasarse quinientos kilómetros de pie en el pasillo. Sin embargo, en cuanto se acercaron a ellos, la niña se paró en seco, echó un vistazo a las quemaduras que Charles tenía en la cara y se negó a seguir andando. En lugar de eso, abrió la boca como un buzón de correos, se quedó patitiesa y parecía que no estaba segura de si era mejor gritar o sencillamente desmayarse.

—Vamos, Betty-Ann —la increpó la mujer, que también se había fijado en Charles y le había taladrado con una mirada irritada, como si fuera desconsiderado por su parte sentarse en un vagón de tren con ese aspecto—. Betty-Ann, ¡he dicho vamos!

Aun así, la niña se negaba a tomar asiento.



—¿Quieres hacer el favor de obedecer, niña? —insistió la mujer, y esta vez empujó a su hija para que avanzara, obligándola a sentarse junto a la ventanilla mientras ella tomaba el otro asiento. Lo único que la separaba de Charles era el estrecho pasillo del vagón.

Barnaby observó toda la escena con gran interés y luego se volvió para mirar a su compañero de viaje, que estaba enfrascado en la lectura de un artículo, aunque Barnaby habría jurado que le había visto leer esa misma página durante los últimos treinta minutos.

Por supuesto, cuando Barnaby había conocido a Charles la noche anterior, también se había sentido incómodo ante las cicatrices granates y la piel arrugada que cruzaba su rostro justo por debajo del ojo derecho hasta la parte izquierda de la barbilla. Una de sus orejas también tenía un aspecto espeluznante, y llevaba un parche de piel blanca sin pelo por encima de la ceja derecha que parecía totalmente liso. Y, aunque sabía que era de mala educación, se lo quedó mirando hasta que Charles al final bajó el periódico y volvió la cabeza para mirarlo.

—¿Qué? —preguntó.

—Nada —dijo Barnaby, un poco ruborizado, y se puso a mirar otra vez por la

ventanilla.

—Me mirabas la cara.

Barnaby se volvió a de nuevo hacia él y se mordió el labio.

—Es que... —empezó a decir—. Bueno, me preguntaba qué te había pasado, nada más. ¿Te importa que te lo pregunte?

—No, no me importa —dijo Charles, y dobló el periódico por la mitad—. Para ser sinceros, habría preferido que me lo preguntaras desde el principio en lugar de quedarte mirándome como si fuera un animal del zoo.

Levantó la voz un poco para que lo oyeran Betty-Ann y su madre, quienes hicieron oídos sordos; para entonces la niña estaba abducida por un videojuego y la madre leía una revista sobre famosos.

—Y es curioso que me lo preguntes, porque acabo de darme cuenta de esto.

Desplegó el periódico y le mostró a Barnaby una foto en la sección de «Moda» en la que salía una joven muy guapa en la pasarela de un desfile. Todo el público la contemplaba con la expresión que debían de poner los mortales de la Antigüedad cuando los dioses bajaban a la Tierra para deambular en su compañía; pero la modelo se limitaba a mirar a la cámara con aire de desinterés y aburrimiento.

—¿Ves a esta mujer? —preguntó Charles, y Barnaby asintió—. Supongo que la reconoces.

—No —dijo Barnaby, y negó con la cabeza.

—¿De verdad? Debes de ser la única persona de este vagón que no la conoce. Seguro que su nombre te suena. ¿Eva Etheridge?

Barnaby se encogió de hombros y se preguntó si debía fingir que sabía de quién le hablaba.

—¿Es modelo? —preguntó.

—¿Que si es modelo? —preguntó a su vez Charles entre risas—. Es nada menos que una de las modelos más famosas del mundo. Ha sido el rostro de tantas campañas publicitarias que lo más probable es que se haya olvidado de la mitad. Aunque no es que ella se considere a sí misma una «simple» modelo, claro. También es cantante. Y actriz. Y es famosa en la televisión. Tiene una colección de ropa interior diseñada especialmente para otras mujeres malnutridas como ella. Es la imagen de un buen número de productos de belleza. —Dudó un momento y negó con la cabeza. Esbozó una sonrisilla—. Ah, y es mi hermana —añadió—. Casi se me olvida.

Barnaby levantó el periódico, que Charles había apoyado en el regazo, y la miró otra vez con la intención de ver si presentaba algún parecido con el hombre que tenía sentado a su lado, pero era imposible averiguar cuáles eran las facciones de Charles por debajo de todas esas terribles cicatrices.

—Y esas dos personas de ahí... —continuó Charles, y volvió la página para mostrarle una selección de fotografías más pequeñas tomadas en el mismo desfile de

moda—. Esos son mis padres, Edward y Edwardine Etheridge. Él es un diseñador increíblemente famoso y ella es una fotógrafa igual de conocida.

—Pero este desfile fue anoche —dijo Barnaby señalando la fecha de la cabecera del periódico.

—Tienes razón.

—Y aun así, ¿fuiste a la exposición de Joshua en lugar de allí?

—Claro que sí.

—¿No te invitaron?

—Ah, por supuesto que me invitaron, cómo no —dijo Charles, pero esta vez su risa fue amarga—. Ahora siempre me invitan a cosas... Desde que me hice famoso como crítico de arte. Pero nunca voy.

—¿Por qué no? —preguntó Barnaby frunciendo el ceño.

—Hubo un tiempo en el que los necesitaba horrores y no estuvieron ahí para apoyarme —respondió Charles, ahora con tono profundamente apenado—. No se preocuparon en absoluto de mí hasta que me convertí en «alguien». Pero, para mí, ahora es como si fuera poco y a deshora.

—Pero son tu familia —dijo Barnaby.

—Y mira lo que te hizo a ti tu familia —dijo Charles, que se había enterado de la desgracia que le había ocurrido en la Silla de la Señora Macquarie tanto por boca de Vicente como por Joshua Pruitt la noche anterior—. Me has preguntado cómo me hice las cicatrices —añadió. Se frotó los ojos y suspiró—. ¿Estás seguro de que quieres saberlo?

—Si no te importa contármelo —dijo Barnaby, que sí quería saberlo.

—No me importa contártelo —dijo Charles—. Pero no es una historia alegre y no tiene un final feliz.

—Casi ninguna historia lo tiene —contestó Barnaby—. No sé cómo va a terminar la mía todavía, pero me gustaría escuchar la tuya.

Capítulo 15

Incendio en el estudio

La oscuridad empezó a teñir el paisaje exterior, y algunos pasajeros de su vagón encendieron las lamparitas que tenían sobre las cabezas para poder seguir leyendo o las apagaron para intentar echar una siestecilla.

—No era más que un niño cuando me ocurrió la terrible desgracia —dijo Charles, bajando la voz mientras pensaba en el pasado—. Solo tenía ocho años.

—Yo tengo ocho años —dijo Barnaby.

—Bueno, pues entonces quizá entiendas cómo me sentí. Mi madre, a quien has visto en el periódico, había montado un estudio de fotografía en nuestra casa, en Brooklyn. Utilizaba para trabajar la planta superior del edificio, la primera planta era donde vivíamos mis padres, Eva y yo, y la planta baja era donde mi padre diseñaba sus colecciones. Tanto mi padre como mi madre eran personas muy ocupadas. Muchas veces tenía la impresión de que estaban metidos en todo lo que se cocía en la ciudad. Solo se relacionaban con las personas más guapas: personas como ellos, modelos de cara perfecta, estrellas del cine e iconos culturales. Su versión de «normal» no era como la del resto de la gente. Actores famosos, músicos, novelistas, artistas... Todos pasaban a diario por nuestra casa, y solo muy de vez en cuando, alguno de mis padres se acordaba de que Eva y yo también vivíamos allí.

—¿Tu hermana es mayor que tú? —preguntó Barnaby.

—No, es unos años más joven. Está a punto de cumplir los treinta. De ahí la cara de susto que tiene en la foto. Bueno, a lo que iba, unas semanas antes de mi noveno cumpleaños, me encontraba solo en casa. Era algo que ocurría en contadas ocasiones, porque aquella casa se parecía más al centro de un universo muy particular que a un hogar familiar, así que se me ocurrió explorar un poco. Total, que subí al estudio de mi madre y empecé a ojear las planchas de contacto porque sabía que tenía un montón de fotografías de modelos sin ropa. Y empezaban a interesarme mucho las fotos de modelos sin ropa.

Barnaby soltó una risilla en voz baja y, justo entonces, una de las azafatas del tren entró en el vagón con una cesta gigante de chucherías y bollos. Gritaba «¡Galletas dulces y saladas!» a pleno pulmón con una voz cantarina con la que despertó a la mitad de los pasajeros. Cuando llegó hasta Charles, reaccionó acelerando el paso para adelantarlos, a pesar de que a Barnaby le hubiera apetecido comer unas galletas saladas. Empezaba a darse cuenta de lo maleducadas que podían ser algunas personas cuando se topaban con alguien de aspecto un poco distinto.

—A lo que iba: en un estudio fotográfico hay un montón de material —continuó

Charles, quien daba la impresión de no haberse percatado del desaire, aunque Barnaby estaba seguro de que sí se había enterado—. Una cantidad extraordinaria de líquidos y pociones, cartuchos, fluidos para revelar, cosas así. Empecé a hacer cosas que no tendría que haber hecho, claro, y estaba cantado que al final ocurriría una desgracia. Tiré sin querer una lámpara, que cayó encima de un rollo de película y antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, la habitación entera estaba en llamas.

Barnaby suspiró y se llevó una mano a la boca. Se acordó de lo terrorífico que había sido cuando la clase del Correccional para Niños No Deseados se había incendiado: pensaba que iba a morir... Y lo habría hecho de no haber sido por la valentía de Liam McGonagall y por sus ganchos, que usó como pinzas. Se pasó varias semanas con pesadillas en las que se veía atrapado en un incendio y no era capaz de escapar flotando.

—Me cuesta recordar todo lo que pasó después —dijo Charles al cabo de unos momentos, y bajó la vista hacia su regazo en lugar de seguir mirando a Barnaby cuando recordó aquella tarde de hacía veinticinco años—. La casa entera prendió bastante rápido, según me dijeron. Pero no sé cómo, uno de los bomberos logró sacarme de allí. Cuando me desperté, estaba en el hospital, en la unidad de quemaduras, con un gel asqueroso repartido por toda la cara. La piel me ardía una barbaridad debajo del ungüento, y me habían cubierto con una gruesa capa de vendajes. Pasé una agonía increíblemente insoportable. Semanas más tarde, cuando por fin pude sentarme y mirarme en el espejo, parecía una momia del antiguo Egipto. Fue horroroso. Para un niño de mi edad, fue como el fin del mundo.

Barnaby pensó en las momias que habían estudiado en clase de historia e intentó imaginarse cómo se sentiría alguien envuelto con todas esas vendas; no lo consiguió.

—Me pasé meses en el hospital. Y cuando me quitaron las vendas, mi aspecto era mucho peor que el que tengo ahora, porque las cicatrices todavía se estaban extendiendo y no se habían estabilizado del todo. Ni siquiera las enfermeras soportaban mirarme, y eso que estaban acostumbradas a tratar a quienes habían sufrido quemaduras. Así que empezaron las operaciones, operaciones y más operaciones interminables. Cumplí nueve años en aquella planta del hospital y, conforme iba creciendo, la piel de la cara se me empezó a estirar también y quedó todavía más fea. Y mis padres, que siempre habían valorado tanto la belleza física... Bueno, en pocas palabras, no podían creer que su hijo ahora tuviera ese aspecto. Empecé a fijarme en que, mientras que al principio iban a verme todos los días, sus visitas habían empezado a espaciarse y, al cabo de poco, pasé a verlos solo una vez a la semana; después empezaron a venir por turnos. Mi madre me decía que mi padre tenía que ir a entregar una colección, o mi padre me decía que mi madre tenía que pasarse el día haciendo fotos a un grupo de estrellas del cine mientras comían juntas y comparaban sus peinados. Eva solo fue a verme una vez, y ese día chilló tanto que

tuvieron que llevársela antes de que disgustara al resto de los pacientes. Con el tiempo, las visitas se volvieron mensuales. Después fueron sustituidas por llamadas de teléfono. Luego me mandaban alguna que otra carta. Y al final dejé de tener noticias de mi familia.

—Pero qué barbaridad... —dijo Barnaby.

—Ya no era uno de ellos, ¿sabes? —continuó Charles—. Era demasiado diferente. El hospital me reubicó en una residencia para niños y fue como si mi familia hubiera decidido que yo no existía. Por eso, el día que cumplí dieciséis años, me levanté temprano, hice la maleta y me mudé a Canadá. Allí empecé una nueva vida con personas que veían quién era yo por dentro, en lugar de fijarse en la criatura quemada que era por fuera. Salí adelante por mí mismo y, cuando empecé a obtener reconocimiento en los mismos círculos en los que se movía mi familia, fue cuando volvieron a ponerse en contacto conmigo. El año pasado incluso empezaron a nombrarme en las entrevistas. Pero no quiero hablar con ellos. No cojo el teléfono si me llaman, no contesto a sus cartas y, desde luego, no voy a dejar que me acepten como «amigo» o como se llame eso que hace la gente hoy en día con los ordenadores, por mucho que se empeñen.

Barnaby miró la fotografía de la modelo una vez más... y era cierto, era muy guapa, pero parecía afligida, como si a su vida le faltara algo. Y cuando pasó la página y vio la foto de los señores Etheridge, estaban enfrascados en una conversación con el presidente de las Naciones Unidas, pero también tenían una expresión infeliz en el rostro.

—¿Cómo sobreviviste en Canadá? —preguntó Barnaby, que de pronto se sintió muy lejos de casa y completamente solo—. Me refiero a si no conocías a nadie...

—Algunas veces la vida tiene golpes de suerte —respondió Charles, y miró por la ventanilla mientras sonreía al recuperar ese recuerdo feliz, más potente que los recuerdos tristes—. Vi un anuncio de alquiler de una habitación en la ciudad y me pasé los siguientes cinco o seis años viviendo en el hogar de una pareja de españoles fantásticos que tenían una consulta veterinaria en un anexo de su casa. No tenían niños, así que me trataron igual que a un hijo. No les importaba mi aspecto, les daba igual que yo fuera diferente. Y, si alguien se me quedaba mirando por la calle, me defendían con uñas y dientes. Eran buenas personas. Pero, oye, deberíamos dormir un poco. Se está haciendo tarde y todavía nos quedan unas cuantas horas por delante. ¿Estás cansado?

—Pues sí, la verdad —dijo Barnaby.

—Bueno, cierra los ojos y, cuando te despiertes, estarás en Toronto, la ciudad más maravillosa del mundo.

—En realidad es Sidney —contestó Barnaby, mientras notaba que ya empezaba a rondarle el sueño—. Pero mucha gente se confunde.

El tren entró en la estación a primera hora de la mañana siguiente, y cuando Charles y Barnaby se despertaron, miraron a su alrededor con ojos de sueño mientras el conductor gritaba:

—¡Toronto! ¡Final de trayecto!

—Mejor ponte esto —le indicó Charles y alargó el brazo para coger la mochila de Barnaby, cargada de pesos de hierro, que habían dejado en la estantería superior, y le ayudó a ponérsela.

Pasaron de Betty-Ann y de su madre cuando bajaron del tren y se abrieron paso por la estación para salir a la bulliciosa calle, encantados de poder estirar las piernas de nuevo.

—Ahora te llamo a un taxi. Lo único que tienes que hacer es pedirle que te lleve al Aeropuerto Internacional —dijo Charles—. Aquí tienes el billete. Me temo que es un vuelo largo, pero por lo menos sabes que vas de camino a casa.

—No me importa —contestó Barnaby—. Con tal de que llegue.

—Siento curiosidad... —dijo Charles, y cogió al chico para llevarlo hasta un banco, donde se sentó junto a él—. Sé lo que te hicieron sus padres y, aun así, quieres volver a casa.

—Pues claro que sí —dijo Barnaby.

—Pero ¿por qué, teniendo en cuenta que te echaron de esas maneras?

—Porque son mi familia —respondió Barnaby encogiéndose de hombros.

—Pero no te querían.

—Pero siguen siendo mi familia —repitió Barnaby, como si fuera la mayor obviedad del mundo—. Y nunca tendré otro padre y otra madre, ¿no?

Charles asintió y pensó en lo que le había dicho el niño.

—¿Y si vuelven a soltarte? —le preguntó, y Barnaby frunció el ceño.

—No lo sé —reconoció—. Ni siquiera he pensado tan a largo plazo. Lo único que sé es que están en Sidney y que, da igual lo que me hicieran, yo sigo queriendo ir a casa. A lo mejor me dicen que lo sienten. Y a lo mejor lo dicen de corazón. Si hacen eso, bueno, entonces supongo que me bastará. Todo el mundo se equivoca, ¿no crees?

Charles sonrió, pero era incapaz de contradecir la sencilla lógica del niño.

—Bueno, pues muy bien —dijo antes de levantarse—. Vamos a llamar a un taxi.

Alzó la mano al aire y casi al instante se les acercó un taxi.

Barnaby saltó dentro.

—Gracias otra vez —dijo el niño.

—De nada. Que tengas un buen vuelo y llegues bien a casa.

El taxi se puso en marcha y Barnaby miró a su alrededor, esperando ver que Charles se dirigía al despacho, pero para su sorpresa, su amigo se había sentado y miraba el móvil. Sus dedos vacilaron sobre las teclas un buen rato hasta que pareció

decidirse y empezó a marcar un número.

Barnaby sonrió y volvió a mirar hacia delante, seguro de que Charles y su familia no tardarían en reunirse, igual que haría él con la suya.

Y fue en ese preciso instante cuando el corazón le dio un vuelco al darse cuenta de que tenía la mochila, tenía los pesos de hierro, tenía el billete de avión... Pero había una cosa muy importante que no tenía y que sin duda iba a necesitar darle al taxista.

—No tengo dinero —dijo en voz alta, y un segundo después el taxi había echado el freno, la puerta de atrás se había abierto y Barnaby Brocket había sido arrojado sin miramientos a una desconocida calle canadiense.

Capítulo 16

La gominola que colmó el vaso

Antes de que Barnaby tuviera tiempo de pensar qué podía hacer a continuación, una gran muchedumbre empezó a deslizarse por la calle hacia él. Había cientos de personas, todas ellas con camisetas idénticas, azules y blancas y con una A enorme en el centro. Se perdió entre ellas y agarró fuerte la mochila que llevaba colgada a la espalda cuando pasaron por delante del muelle que quedaba a su izquierda antes de dar un brusco giro a la derecha. En ese momento, la masa entera empezó a filtrarse por un estadio deportivo inmenso con el techo al descubierto. Mientras los fans se dispersaban por las distintas partes de las gradas, Barnaby encontró un asiento libre en la punta de una fila y levantó la mirada hacia la magnífica torre que se alzaba junto al estadio, con su imponente aguja elevada hacia el cielo.

A Barnaby siempre le había encantado el deporte, aunque no lo habían llevado ni una sola vez a ver un partido de fútbol: Eleanor decía que a la gente normal no le gustaba que le amargara la tarde un niño que flotara desde su asiento y les entorpeciera la vista. Por eso, lo máximo a lo que solía aspirar era a verlo por televisión, intentando seguir el ritmo de la acción mientras se tumbaba aplastado contra el colchón del techo de la sala de estar.

Mientras el estadio se iba llenando, Barnaby sacó una postal de la mochila y empezó a escribir. Solo llevaba la mitad escrita cuando una familia se coló por delante de él apretujándose y se sentó en los siguientes tres asientos: dos padres enormes y un niño tirando a flacucho más o menos de la edad de Barnaby. Entre los tres llevaban tanta comida —cubos gigantes de palomitas, un par de docenas de perritos calientes, litros y litros de refrescos, paquetes de chocolatinas y bolsas de caramelos— que Barnaby temió que explotaran si se lo comían todo. Se metió la postal a medio escribir en el bolsillo del pantalón e intentó no mirarlos con la boca abierta.

—¿No tienes nada para comer? —le preguntó el chico, que se sentó a su lado, y Barnaby negó con la cabeza.

—No tengo dinero.

—Bueno, pues si quieres, puedes comer de lo mío —dijo el niño, y le tendió una parte de la comida a Barnaby—. Es imposible que me lo coma todo. Mis padres siempre compran demasiadas cosas. Creen que me pasa algo raro porque soy muy flaco. Me llamo Wilson Wendell.

—Yo soy Barnaby Brocket —dijo Barnaby, y tomó encantado un cubo de palomitas, un par de perritos calientes, una bolsa de gominolas y un envase gigante

de cuatro litros de algo negro, frío y dulce que bebió con una pajita y que le dejó una sensación espumosa en el cuerpo. En realidad, la comida pesaba tanto que Barnaby pensó que podía arriesgarse a quitarse la mochila sin que pasara nada y la colocó debajo de sus pies.

—Tómame la cena, Wilson —dijo la madre del chico mientras metía la mano hasta el fondo en un cubo de palomitas para rebozarse el dedo con la sal que había quedado suelta.

—Te vas a desintegrar —le dijo su padre, y lamió la mezcla de ketchup y mostaza con la que había embadurnado el envoltorio del perrito caliente.

—Pero si ya como —replicó Wilson antes de meterse una única palomita en la boca y masticala a conciencia—. Odio toda esta basura —añadió en un susurro, dirigiéndose a Barnaby—. No estarán contentos hasta que acabe igualito que ellos.

—Bueno, no puedes pasarte la vida comiendo así —coincidió Barnaby, que disfrutaba de cada bocado—. Pero, cuando tienes hambre, como yo...

—Tienes un acento raro —lo interrumpió Wilson—. ¿Qué te pasa en la voz?

—Nada —dijo Barnaby—. Soy australiano.

—Tengo una tía que vive en Melbourne —dijo Wilson—. Aunque nunca he estado allí. ¿Es verdad que el agua sale del lavabo del revés?

—Depende de lo que consideres que es «el derecho», supongo —contestó Barnaby.

Wilson le dio vueltas al comentario y resopló levemente para darle la razón.

—¿Cuál es tu jugador favorito? —le preguntó al cabo de un momento.

—Kieren Jack —dijo Barnaby, que había visto al número quince del equipo de Sidney jugar decenas de veces por televisión y tenía un póster de él colgado en la habitación—. Soy fan de los Sydney Swans.

—No me suena ese jugador —dijo Wilson—. Ni me suena ese equipo.

—Pues es el mejor jugador de fútbol de la historia del mundo —aseguró Barnaby.

—A mí me gusta Cody Harper —dijo Wilson, y señaló al equipo que acababa de salir al campo, acompañado de los vítores eufóricos de la multitud—. El mejor pateador que han tenido los Argonauts en su vida.

—¿Cuál es? —preguntó Barnaby.

—El número siete —dijo Wilson—. Aunque lleva una temporada fatal. Todos los fans quieren que el entrenador lo eche. Pero yo no. Yo sé que lo hará bien un día de estos. ¿Se puede saber qué...?

La masa soltó un gran rugido cuando el cielo se abrió de repente y empezó a llover. Se oyó un enorme traqueteo y los motores que había a ambos lados del techo descubierta se pusieron en funcionamiento para cerrarlo. Barnaby alzó la mirada muy decepcionado. Le gustaba mucho poder ver la torre que se cernía sobre ellos.

—Ahí es adonde van todos los turistas —dijo Wilson al ver hacia dónde enfocaba

la vista Barnaby—. Cogen el ascensor que lleva hasta la punta, luego salen a una plataforma de cristal y miran hacia abajo para ver la ciudad. Me apetece otra gominola —añadió el chico, y alargó la mano para llegar a la bolsa de chucherías que tenía Barnaby en el regazo y coger la gominola más pequeña y más apetitosa.

Era imposible que pesara más de un gramo, pero debió de ser como la gota que colmó el vaso y rompió el equilibrio entre compensar el peso de Barnaby y no compensar el peso de Barnaby, porque en el preciso instante en que Wilson la cogió, Barnaby notó que esa sensación tan familiar de flotar se apoderaba de él y sus piernas empezaron a despegarse del asiento.

—¡Uaaa! —exclamó mientras se agachaba para recoger la mochila.

Sin embargo, o bien la había empujado demasiado debajo del asiento o bien se había elevado ya tanto que no llegaba al suelo con la mano, pero el caso es que no pudo atraparla y, en un abrir y cerrar de ojos, Barnaby flotaba por los aires.

—¡Fantástico! —exclamó Wilson mientras el resto de la multitud, incluso los que estaban en el campo, volvían la cabeza para observar a Barnaby.

Aprovechando la conmoción, Cody Harper marcó un gol rápido —el primero desde hacía años—, pero, como nadie lo había presenciado, no contó. Y la postal sin terminar de Barnaby se le cayó del bolsillo y aterrizó en las piernas de Wilson.

Barnaby oyó el rugido de la multitud y saludó con la mano, pero sus vítores no tardaron en convertirse en suspiros de alarma, pues, conforme él ascendía, los dos laterales del techo se acercaban cada vez más, a punto de cerrarse.

Ahora solo podían pasar tres cosas.

La primera era que el techo se cerrara antes de que él lo alcanzara.

La segunda era que Barnaby consiguiera salir antes de que ambas partes se sellaran.

La tercera (que era la peor opción de todas) era que las compuertas se cerraran justo cuando Barnaby Brocket alcanzara el techo y quedara partido en dos.

Y por desgracia para él, eso fue justo lo que pasó.

No os preocupéis... No pasó.

Porque justo en el momento en que las dos mitades iban a sellar el estadio, Barnaby se coló por la rendija que quedaba —una rendija tan pequeña que solo podía pasar por ella un niño de ocho años— y, sin querer, se encontró observando la cúpula del Sky Dome desde fuera, con el techo blanco cada vez más diminuto conforme ascendía.

—¡Socorro! —gritó Barnaby, y sacudió los brazos hacia los turistas que había en la torre; todos le devolvieron el saludo como si no fuera más que otro entretenimiento que les ofrecía el alcalde de Toronto.

De pronto, apareció ante él un pequeño mirador en la azotea y Barnaby se fijó en que había una silueta vestida de negro que subía corriendo las escaleras y abría la

puerta que daba al mirador. Llevaba en la mano algo que parecía una red de pescar y la lanzó al aire. Zigzagueó al viento y entonces Barnaby se dio cuenta de que no era una red de pescar, ¡qué va! Era un látigo.

—¡Agárrate! —gritó el hombre, y Barnaby se dio todo el impulso que pudo hacia la derecha y alargó el brazo para agarrarse.

Alcanzó el látigo con las puntas de los dedos y se aferró a él con mucha fuerza mientras el hombre tiraba de él y, salvando la barandilla, lo dejó caer en el suelo del mirador. Al momento se sentó encima de Barnaby para que no pudiera volver a escapar flotando.



—Gracias —dijo Barnaby, y miró hacia arriba aliviado.

—No hay por qué darselas —contestó el hombre, y miró al muchacho como si quisiera comérselo de un bocado—. Te he salvado la vida, jovencito. Eso significa que ahora tu vida me pertenece.

Barnaby lo miró a la cara muy sorprendido.

—Era broma —dijo el hombre, y sonrió de una manera repulsiva.

Además, el tono de su voz hizo que Barnaby pensara que no bromeaba. Al cabo

de un momento el hombre se puso de pie, tiró del chico para que se incorporara y entraron en la torre. Barnaby se sentía bastante incómodo, porque lo había agarrado por el brazo y lo sujetaba con tanta fuerza que no habría podido escapar aunque hubiese querido.

—Menudo trauma tendrás —dijo el hombre negando con la cabeza—. Voy a buscarte un poco de agua, ¿de acuerdo?

—No hace falta, gracias —dijo Barnaby, pensando en todos los aviones de Toronto que se preparaban para volar al hemisferio sur—. En realidad, debería irme. Tengo prisa.

—Tonterías —dijo el hombre—. ¿Adónde pensabas ir?

—Pues a casa, claro —contestó Barnaby.

—¿Y dónde está tu casa?

—En Sidney, en Australia.

El hombre sonrió.

—¿No eres de Toronto? —preguntó.

—No. ¿Y podría soltarme el brazo, por favor? Me hace daño.

—Ay, no, lo siento mucho —dijo el hombre—. Si te suelto, podrías escaparte de mí flotando y no podemos tolerarlo, ¿verdad? Ya te lo he dicho, ahora tu vida me pertenece.

—Pero ha dicho que era broma.

—Y sigo bromeando —repuso el hombre con una sonrisa asquerosa.

Tenía la cara muy pálida, el pelo moreno y grasiento, y vestía lo que parecía un esmoquin con un ribete rojo en las solapas. Hizo un gesto raro con la muñeca, como un crujido, y el látigo que había empleado para arrastrar a Barnaby se enroscó perfectamente. Se lo guardó en una bolsita que llevaba sobre la pierna.

—¿Por qué lleva un látigo? —preguntó Barnaby.

—Es por mi trabajo. Supongo que habrás ido al circo alguna vez.

—No —dijo Barnaby, y negó con la cabeza.

Alistair no le dejaba ir a ver la función cuando el circo iba a Sidney, por la misma razón que Eleanor no le dejaba ir a ver los partidos de fútbol.

—Pero una vez lo vi por televisión.

—Bueno, pues trabajo en un circo. Más o menos —explicó el hombre—. Es un tipo de circo muy especial. Me refiero a que no tenemos leones ni tigres ni payasos, nada de eso.

—Entonces, ¿qué clase de circo es? —preguntó Barnaby.

—Ah, te gustaría saberlo, ¿eh? Bueno, pues mira... —dijo el hombre, y abrió un frasquito que llevaba guardado en el bolsillo interior de la americana y se lo acercó a Barnaby—. Bébetelo, ¿quieres? Te sentirás mucho mejor después de todo el alboroto.

—Pero no tengo sed —replicó Barnaby—. Y no ha habido ningún alboroto.

—Bébetelo —repitió el hombre, y algo en su tono de voz hizo que Barnaby presintiera que era mejor hacer lo que le mandaba si no quería meterse en líos.

Así pues, levantó el frasquito, se lo llevó a los labios y se lo bebió de un trago. Sabía igual que el agua normal, aunque tenía un aroma un tanto dulce y un regusto más amargo. En fin, que en realidad no se parecía en nada al agua normal.

—Buen chico —dijo el hombre, y sonrió otra vez mientras devolvía la botellita al bolsillo interior—. Y ahora vamos a esperar un par de minutos y luego podemos emprender el camino.

Barnaby asintió y empezó a bostezar; de pronto se sentía muy cansado. «Esperaré un momento —pensó—. Luego le daré las gracias al hombre por salvarme y me marcharé.»

Sin embargo, mientras lo pensaba, los párpados empezaron a pesarle cada vez más, las piernas empezaron a temblarle como un flan y notaba la cabeza embotada. Creyó que iba a desplomarse allí mismo, pero, antes de que pudiera ocurrir eso, el hombre lo cogió en brazos y se lo cargó a hombros.

Lo último que oyó antes de caer en un profundo sueño fue la voz del hombre, que gritaba: «¡Dejen paso, dejen paso. Mi hijo se ha desmayado!», mientras corría escaleras abajo por la torre. Dieron vueltas y vueltas de caracol, hasta que todo Toronto desapareció en una especie de mundo de ensueño, un lugar del que Barnaby no habría podido despertar aunque hubiese querido.

Querida familia:

Ya he llegado a Toronto y hoy mismo tengo asiento reservado en un avión que vuela a SIDNEY, así que confío en que no tardaré mucho más en llegar a casa. Si ha llegado el libro de David Copperfield, ¿podéis dejarlo encima de mi cama, por favor? No quiero que nadie lo lea, porque podría romperse el lomo. Estoy en un partido de fútbol y el estadio tiene el techo abierto, aunque parece que vaya a llover. Quería deciros que

Capítulo 17

La postal que olía a pollo

—¿Qué quería decirnos? —preguntó Henry, y le dio la vuelta a la postal, en busca de pistas.

—Pues no lo sé —contestó Melanie—. Eso es todo lo que pone. Seguro que dejó de escribir en ese momento.

Henry frunció el entrecejo.

—Pero, si dejó la postal a medias, ¿por qué la envió? —preguntó—. ¿Por qué no la terminó antes? No tiene sentido...

—Pues no lo sé, ya te lo he dicho —repitió Melanie—. A lo mejor le pasó algo que le impidió seguir escribiendo.

—¿Cómo qué?

—¡No lo sé, Henry! Es un misterio. Además, está claro que en teoría no teníamos que encontrar esta postal. Estaba hecha una bola en la basura.

—¿Por eso huele a pollo? —preguntó el chico, y la olisqueó un poco antes de alejarse con desdén.

—Supongo que sí. Estaba tirando unos tetrabriks vacíos y la he visto en el cubo. Habrá llegado esta mañana, y mamá o papá la habrán tirado.

—Y eso es muy raro. Vamos a ver, es una postal de nuestro único hermano...

—No es mi único hermano —señaló Melanie.

—Ay, sí. Bueno, pues de mi único hermano. Y de tu segundo hermano favorito.

—Eehh... —dijo Melanie con el ceño fruncido mientras le daba vueltas al comentario.

—Entonces, ¿por qué no querían que la viésemos? Saben lo mucho que lo echamos de menos.

Henry se puso de pie y se acercó a la ventana del dormitorio para mirar hacia el jardín. Allí estaba Capitán W. E. Johns, olfateando junto al tendedero del que una vez habían colgado a Barnaby para que le diera el sol en la cara. El perro llevaba unas cuantas semanas desconsolado. Parecía que le daba igual lo que hacían los demás; saltaba a la vista que echaba de menos a su amo. Ni siquiera dejaba ya que Alistair o Eleanor lo sacaran a pasear, y se quedaba metido en su cesta hasta que Henry o Melanie volvían del colegio, y entonces salía disparado hacia la puerta, ansioso por dar un paseo.

—Todo este asunto es de lo más extraño —dijo Henry. Se dio la vuelta y miró la litera vacía de su hermano—. Al fin y al cabo, si lo que nos han contado es cierto, ¿por qué no querían que viéramos la postal? Saben lo preocupados que estamos por

Barnaby.

—Pues claro que lo que nos han contado es cierto —replicó Melanie, y se aproximó al espejo para examinarse el pelo—. No es que mamá perdiera a Barnaby queriendo. Fue él quien se quitó la mochila, ya lo sabes. Siempre se quejaba de tener que llevarla. Pero, aun así, supongo que lo importante es que ahora intenta volver a casa.

—Aunque Canadá está lejísimos de Australia. Lo estudiamos en clase de geografía. Prácticamente está en la otra punta del planeta.

—Hoy en día se puede llegar a cualquier parte —dijo Melanie—. Con todos esos aviones que van y vienen. Es más, podría estar de vuelta en Sidney esta misma noche si se lo propusiera. Además, ha dicho que tenía un asiento reservado, ¿no?

—No sé por qué, creo que no vendrá.

—Yo también.

Los dos hermanos se sentaron en la litera de Barnaby y repasaron todas las posibilidades que se les ocurrían, pero fueron incapaces de dar con una conclusión satisfactoria.

—Lo echo de menos —dijo al final Melanie, y suspiró profundamente.

—Yo también —coincidió Henry—. En el fondo, no era un mal hermano.

—A mí siempre me gustó que flotara. Nunca se me ocurrió que eso lo hiciera diferente; pensaba que lo hacía especial.

—Toda la gente a la que conozco lo admiraba por poder flotar.

—Todos excepto mamá y papá.

—Sí, a ellos les sacaba de quicio —corroboró Henry—. ¿Crees que si regresa todavía flotará?

—No veo por qué no.

—Pues no les va a gustar nada.

—Pero a lo mejor no les importa tanto cuando vean que vuelven a tenerlo en casa sano y salvo. Tienen que echarlo de menos tanto como nosotros.

—Si lo echan de menos, lo disimulan muy bien.

—Eh, no digas eso, Henry.

—Bueno, es verdad, ¿no? Al fin y al cabo, no parecen muy preocupados, ¿no crees? Si quieres saber mi opinión: están contentos de que Barnaby se haya ido.

Y dicho esto, Henry se tumbó en la cama y notó un bulto curioso debajo de la colcha. Alargó la mano para coger lo que había y sacó el voluminoso objeto que alguien había dejado allí para que no se estropeará.

David Copperfield.

—¡Ah! —exclamaron Henry y Melanie. Se miraron el uno al otro sorprendidos y se preguntaron qué significaba eso.

Capítulo 18

La monstruosidad

Cuando Barnaby se despertó, notó un dolor punzante que le recorría de oreja a oreja. Permaneció tumbado muy quieto, con la esperanza de volver a conciliar el sueño, pero el suelo en el que se apoyaba se movía arriba y abajo con un vaivén constante. Cuando se despertó, sus manos y sus pies tocaron con unos barrotes y se dio cuenta, horrorizado, de que lo habían encerrado en una especie de jaula.

—Se ha despertado —dijo una voz a su izquierda, y Barnaby volvió la cabeza en esa dirección, muy nervioso.

—¿Quién anda ahí? —preguntó—. ¿Dónde estoy?

—No te preocupes, estás a salvo —contestó una segunda voz, y cuando los ojos de Barnaby empezaron a adaptarse al penumbroso entorno, vio que estaba en una sala alargada, oscura y sin ventanas que apenas contaba con un par de bombillas peladas que iluminaban el espacio.

Apoyada contra la pared, había una fila de jaulas vacías que se parecían a la suya, y vio a un grupito de personas que se habían sentado en el suelo y lo observaban.

—No tengas miedo —dijo un hombre de mediana edad.

—Te han capturado —añadió una niña que estaba de pie cerca de la jaula.

—¿Quiénes sois? —les preguntó Barnaby y, cuando los observó con más atención, descubrió la cosa más extraordinaria del mundo: el hombre no tenía orejas ni nariz, pero sí tenía un magnífico bigote muy poblado, pelirrojo en el centro y castaño en las puntas, como si todos los colores del otoño se hubieran reunido en un único lugar.

—Soy Francis Delaware —respondió el hombre—. A tu servicio. ¿Y quién eres tú?

—Soy Barnaby Brocket —dijo Barnaby.

—Vaya, Barnaby Brocket, pues tengo la impresión de que te has metido en un embrollo, ¿no? Por lo que hemos visto mis amigos y yo, parece que te cuesta mucho mantener los pies en el suelo. Tienes problemas con la gravedad... ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —contestó Barnaby, y se encogió de hombros, como si se disculpara.

—Bueno, pues digamos que has pasado flotando delante del hombre equivocado —dijo un chaval de unos dieciséis años, que se acercó a ellos caminando como un pato. Barnaby lo miró anonadado, porque tenía un par de aletas en lugar de pies. Era como un cruce entre un chico y un pingüino—. Por favor, no me mires así —añadió con voz triste.

—Lo siento —dijo Barnaby—. Es que nunca había visto nada parecido. ¿Y cómo puede oírme, señor Delaware, si no tiene orejas?

—Pues no sabría decírtelo, la verdad —respondió—. También yo podría preguntarte cómo es que puedes flotar. No lo sabes, ¿a que no?

—No, es un misterio.

—¿Te gustaría salir de la jaula? —preguntó el chico de las aletas, que se llamaba Jeremy, y Barnaby asintió con la cabeza.

Le abrieron la puerta, dio un paso adelante y al instante salió flotando hasta el techo.

—Tiene que ser de lo más frustrante —dijo otro joven.

Pegado al hombro llevaba a su gemelo idéntico. Eran siameses.

—De lo más frustrante —repitió su hermano siamés.

—Ya me he acostumbrado —dijo Barnaby—. Pero no tendréis algo por ahí con lo que anclarme al suelo, ¿verdad?

Francis Delaware se escabulló un momento y regresó con lo que parecía una bola con una cadena.

—¿Te sirve esto? —preguntó—. Podríamos atártela a la pierna.

—Perfecto —dijo Barnaby mientras los demás estiraban los brazos para bajarlo del techo. Luego le fijaron la cadena al tobillo para que apoyara los pies en el suelo, como ellos—. Todo esto me tiene muy confundido —explicó a continuación—. Lo último que recuerdo es que flotaba hacia lo alto de la torre y luego un hombre me salvó y me dio agua para que bebiera.

—No era agua —dijo la niña, Delilah, que en apariencia no tenía ninguna característica poco común—. Así es como nos capturó a todos y cada uno de nosotros. Todos hemos bebido esa cosa que llama «agua».

—¿«Nosotros»? —preguntó Barnaby—. Pero ¿se puede saber quiénes sois?

—Se nos conoce —declaró Francis Delaware, irguiéndose mucho y sacando pecho, con aspecto ofendido— como Monstruosidad.

—¿«Monstruosidad»? —preguntó Barnaby.

—Es ofensivo —dijo el segundo siamés muy furioso.

—Ni siquiera es un nombre colectivo bien formado —añadió el primero.

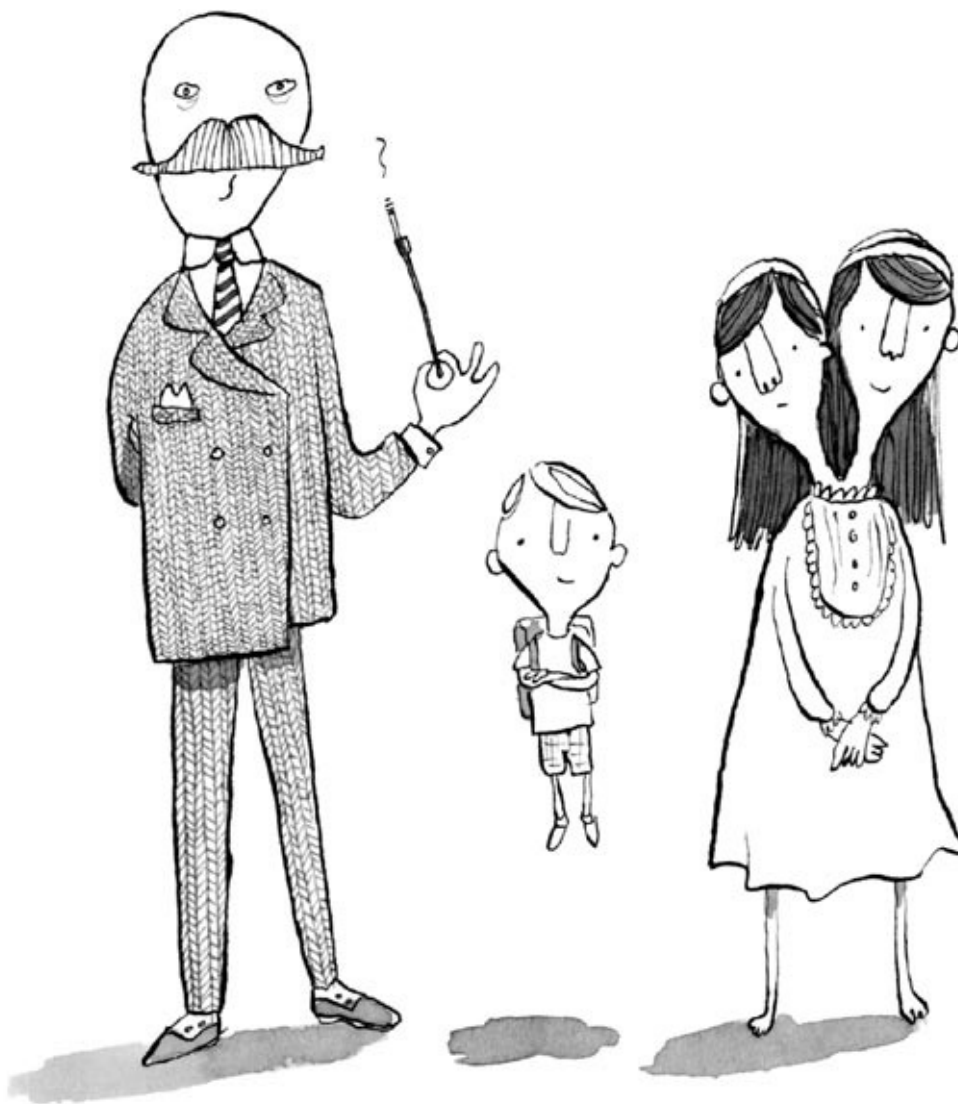
Un coro de voces repicaron como si fueran campanas, y cada una de ellas manifestaba que estaba mucho más ofendida por el término que la anterior. No se callaron hasta que una mujer bastante guapa con un vestido de flores alzó la voz y se lo mandó.

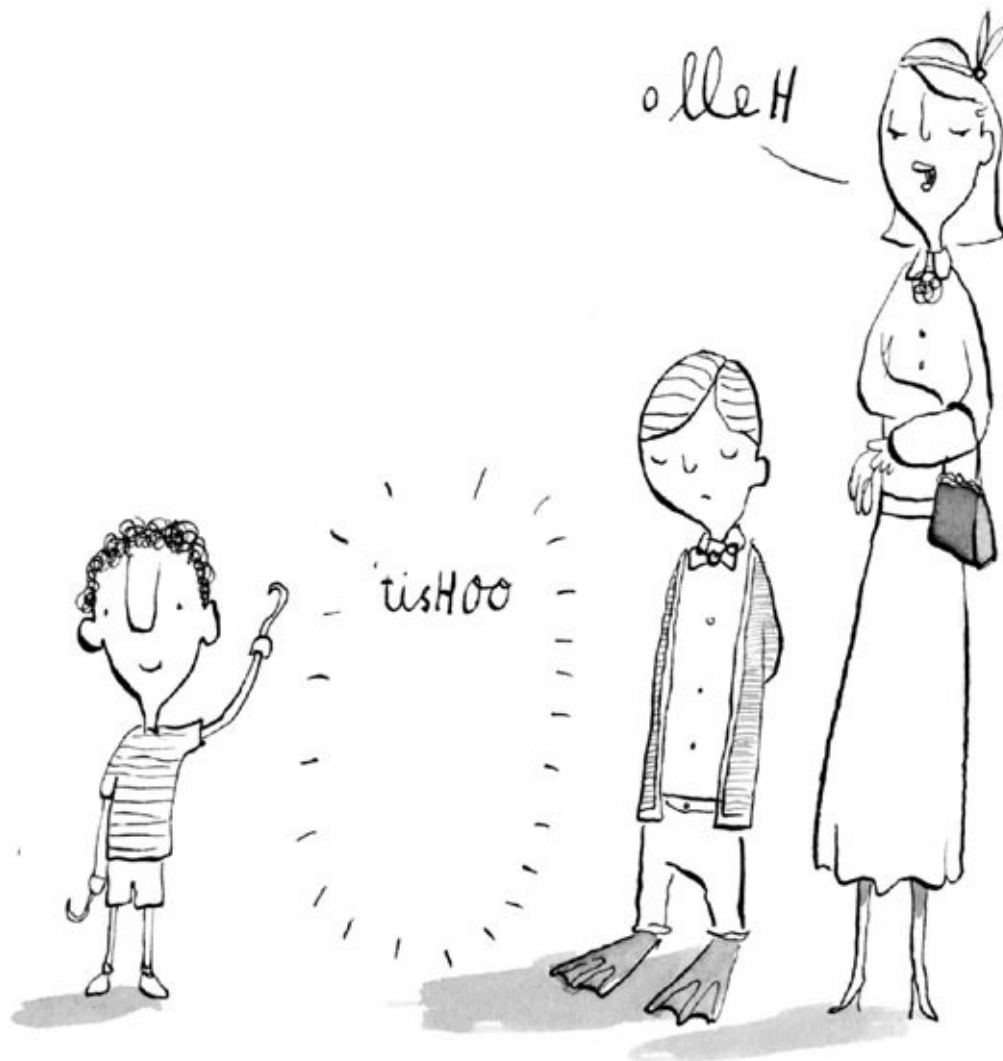
—Llama nos como es así, igual es, fin en —afirmó—. Controlarlo podemos no pero, supuesto por, denigrante es.

—Disculpe, ¿qué ha dicho? —preguntó Barnaby, y parpadeó dos o tres veces. Pensó que a lo mejor se estaba volviendo loco, porque no había entendido ni una sola

palabra de lo que había dicho la mujer.

—Sí, me temo que acostumbrarse a Felicia lleva su tiempo —aseguró Jeremy, el chico de las aletas—. Todo lo que dice le sale al revés. Tienes que escucharla empezando por el final, si eres capaz de hacerlo. O leerla empezando por el final, si escribes algo. Aunque, para ser sinceros, ahora casi no nos damos cuenta. Estamos tan acostumbrados a su forma de hablar... Y por extraño que parezca, cuando canta, las palabras le salen en el orden normal.





—Entonces, ¿por qué no canta en lugar de hablar? —preguntó Barnaby.

—Ay, porque canta fatal. Se te saltarían las lágrimas, te lo aseguro. Y no lo digo en el buen sentido. Piensa en unas uñas contra la pizarra.

—Cortas frases con hablar intentaré —dijo Felicia, y se encogió de hombros—. Ti para fácil más será que supongo así.

—Vale, de acuerdo —dijo Barnaby, intentando no reírse, aunque la verdad es que era bastante gracioso. Luego estuvo a punto de caerse de bruces—. ¿Por qué no deja de balancearse la habitación? —preguntó.

—No es una habitación —dijo Jeremy—. Es un camarote.

—Estamos en un barco —dijo Francis Delaware.

—¿Un barco? —preguntó Barnaby con sorpresa.

—Barco un —confirmó Felicia.

—Vaya, ¿y qué hacemos en un barco?

—Intentar escapar de él —dijo una voz conocida.

Y un chico más o menos de la edad de Barnaby apareció de entre las sombras. Un niño perfectamente normal: nada extraordinario, salvo por el hecho de que tenía dos relucientes ganchos de acero en lugar de manos.

—¡Liam McGonagall! —exclamó Barnaby, sorprendido y encantado de ver a su viejo amigo del Correccional para Niños No Deseados. Se dio impulso para correr a abrazarlo, pero la bola y la cadena pesaban tanto que se cayó de bruces en lugar de avanzar y aterrizó con la nariz en las aletas de Jeremy, que olían a sardina.

—Que alguien lo levante, por favor —dijo Jeremy en voz baja, y se sonrojó muchísimo, iluminado por aquella luz tenue—. Esto es humillante para los dos.

Varias manos y ganchos se apresuraron a tirar de Barnaby para levantarlo.

—Hola, Barnaby —dijo Liam.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Barnaby—. Y ya puestos, ¿cómo he acabado yo en un barco, eh?

—Liam, anda, cuéntaselo todo —dijo Francis—. Desde el principio... Eso es, buen chico.

El muchacho se aclaró la garganta antes de empezar.

—El hombre con el que te has topado en Toronto es nada menos que uno de los seres humanos más despreciables que ha pisado jamás la superficie del planeta.

—No hay duda —dijo Jeremy.

—Terrible es, uf.

—Se llama Capitán Elias Hoseason —continuó Jeremy—, y en algún momento de su vida fue maestro de ceremonias de un circo.

Justo entonces, Delilah estornudó con una fuerza increíble y, en el tiempo que duró el estornudo, desapareció por completo.

—Ay, madre —dijo una voz que procedía del lugar en el que se hallaba la chica. En realidad era su propia voz—. Ha vuelto a pasar, ¿verdad? ¿Alguien tiene las sales aromáticas?

Francis dio un paso adelante, se sacó una caja de plata profusamente decorada del bolsillo interior, la abrió y se colocó una pequeña cantidad de algo gris y polvoriento en la mano. Alargó el brazo y los polvos se desvanecieron al momento, acompañados del sonido de una aspiración; entonces se oyó otro tremendo estornudo y Delilah reapareció ante ellos.

—Bueno, en fin —dijo Liam, y levantó la voz un poco—. ¿Habéis terminado por ahí...? Como te iba diciendo, el Capitán Hoseason presentaba un circo, pero se aburrió de los animales y buscaba algo más emocionante. Y entonces fue cuando se topó con Francis Delaware, aquí presente.

—Yo fui el primero —admitió Francis.

—Y, como puedes ver, Barnaby, Francis no tiene nariz ni orejas, pero, aun así, sus sentidos del olfato y del oído son perfectos. Para nosotros, no es más que un rasgo fascinante de su carácter, pero para el Capitán Hoseason Francis es un monstruo.

—Se le ocurrió que la gente pagaría para verme —dijo Francis—. Y tenía razón, pagaban. Durante un tiempo estuvimos solos él y yo. De ahí no sacaba muchos

ingresos, por supuesto, pero luego conoció a Delilah.

—Yo fui la segunda —dijo Delilah—. Vio lo que pasa cuando estornudo y también me capturó.

—¿Te pasa siempre? —preguntó Barnaby.

—Siempre. Por eso tengo siempre a mano las sales aromáticas. O por lo menos las lleva alguno de mis amigos. Basta con volver a estornudar para que reaparezca inmediatamente.

—Qué peculiar —dijo Barnaby.

—Su realidad es así —insistió Jeremy con tono herido—. Por favor, no le pongas motes.

—No era mi intención. Yo solo...

—¿Te gustaría guardarme las sales aromáticas, Barnaby?

—Mucho —contestó él. Las cogió y se las colocó en el bolsillo del pantalón.

—No lo ha dicho con mala intención —intervino Liam—. Bueno, ¿por dónde iba? Ah, sí. Entonces el Capitán Hoseason dio con Jeremy en un acuario cercano a Bristol. Y como puedes ver...

Jeremy bajó la mirada hacia sus aletas y negó con la cabeza, muy triste.

—A nosotros estaban a punto de operarnos para que estuviéramos separados —dijo uno de los hermanos siameses.

—Pero nos secuestró en el hospital.

—Radio de programa yo escuchaba siempre un —dijo Felicia—. Casa a siguió me noche una y. Bolsa una con cabeza la cubrió me. Demás los como encerrada aquí estaba, desperté me cuando.

—¿Y qué te pasó a ti? —preguntó Barnaby mirando a Liam—. ¿Cómo te capturó?

—Bueno, después del incendio en el Correccional, mi familia y yo nos fuimos a vivir a la India. Monstruosidad hizo tres funciones en el centro cultural Habitat World y un día el Capitán se puso a charlar conmigo en la calle, junto a la entrada. Me dijo que parecía sediento, me ofreció agua para beber y lo siguiente que recuerdo...

Miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—El caso es que, por un motivo u otro, cree que todos somos monstruos —dijo Francis—. Y como cada vez capturaba más y más personas como nosotros, decidió volver a entrar en el juego del circo, no ya con animales, sino esta vez con personas. Seguro que se lo agradeció a las estrellas, que le sonrieron en el momento en que te vio flotando por el cielo. Los monstruos como tú (así nos llama él, no yo) no se presentan todos los días.

—¡Pero no es verdad! —chilló Barnaby—. ¡No soy un monstruo! ¡Soy Barnaby Brocket!

—Un chico que se niega a obedecer la ley de la gravedad —dijo Delilah—. Para

el Capitán Hoseason, eso es una monstruosidad.

Barnaby miró a su alrededor con desespero.

—Bueno, ¿y qué va a pasar con nosotros? —preguntó—. ¿Y por qué estamos en un barco?

—Llevamos cruzando el océano Atlántico desde que llegaste —dijo Francis—. Vamos rumbo a Europa. A los europeos les encantan los monstruos raros.

—¡Europa! —exclamó Barnaby, e intentó imaginarse un mapa del mundo—. Vaya, ¿y a qué sitio concreto de Europa nos dirigimos?

—Supongo que empezaremos por Irlanda —dijo uno de los siameses.

—Es el primer país que te encuentras cuando vienes desde el otro lado —dijo el otro.

—¿Y por casualidad Irlanda está cerca de Sidney? —preguntó Barnaby.

—Bueno, la verdad es que no —respondió Jeremy—. Aunque está más cerca que Toronto.

—Y si vives en Sidney —dijo Francis—, entonces, ¿qué hacías por tu cuenta en Toronto?

Barnaby dudó un momento. No estaba seguro de querer contarles la desgracia que le había ocurrido en la Silla de la Señora Macquarie... Pero, claro, pensó, ellos habían sido tan sinceros con él acerca de sus vidas tan desafortunadas, que lo más justo le pareció ser igual de franco para corresponderles. Así pues, les contó toda la historia.

—Pero es espantoso —dijo Francis.

—Espeluznante —corroboró Felicia.

—¿Por qué quieres volver con una gente tan despreciable? —preguntó Jeremy.

—Porque es mi casa —dijo Barnaby, como si fuera la mayor obviedad del mundo.

—Bueno, pues siento ser quién te dé la mala noticia —dijo Liam, que se acercó y puso un gancho por encima del hombro de Barnaby—, pero dudo mucho que vuelvas a Kirribilli en un futuro cercano. Una vez que el Capitán Hoseason nos captura, nunca nos deja escapar. Nos encerrará en las jaulas antes de permitirnos desembarcar y luego nos arrastrará delante del próximo público.

—Pero sois muchos —dijo Barnaby—. Y él es solo uno. ¿Por qué le dejáis que os haga esto?

—¡El látigo! —exclamó Delilah, y abrió los ojos como platos, horrorizada.

—Es una verdadera tortura —dijo Francis.

—Bueno, pues yo no lo haré —insistió Barnaby—. No seré un monstruo.

—Todos somos monstruos —dijo Jeremy.

—No hay forma de escapar.

—Posible mejor lo llevarlo que tienes.

—La parte positiva —dijo Francis, y se dio unos golpecitos con el dedo en la barbilla, pensativo— es que vemos mucho mundo.

—Yo ya he visto bastante mundo, no me hace falta ver más —insistió Barnaby—. Pasé una semana en Brasil, fui en tren de un tirón hasta Nueva York, luego cogí otro tren hasta Toronto y ahora estoy en un transatlántico con rumbo a Irlanda y...

Barnaby no tuvo oportunidad de terminar la frase, porque, justo cuando dijo la palabra «Irlanda», el barco atracó de sopetón y se apagaron todos los motores. El grupito se reunió formando un círculo y todos contuvieron la respiración, muy ansiosos. Un momento después oyeron que se abría una escotilla justo encima de ellos. La luz diurna entró a raudales y tuvieron que apartar la vista por el contraste con la repentina luminosidad. Cuando Barnaby consiguió volver a mirar, lo único que vio fue la cara del Capitán Hoseason, que le sonreía desde arriba.

—Vaya, vaya... Veo que la Bella Durmiente se ha despertado... —dijo la voz desde la escotilla—. Venga, ahora vais a meteros todos en vuestras jaulas y vais a cerrar con llave como buenos monstruos, ¿o acaso tendré que bajar yo a poner orden?

Capítulo 19

Monstruos en libertad

En el puerto de Dún Laoghaire, en Dublín, habían colocado dos largas barreras a ambos lados de la calle. A la izquierda había una muchedumbre de unas doscientas personas, todas ellas fans de los monstruos que esperaban ansiosas ver a las extraordinarias criaturas que habían llegado del otro lado del océano. Enfrente de ellos había un grupo de gente mucho menos numeroso, que abultaba la cuarta parte, compuesto en su mayor parte por estudiantes que mostraban pancartas.

¡LIBERAD A LOS MONSTRUOS!, decía una.

¡IRLANDA DICE NO A LOS MONSTRUOS EN CAUTIVIDAD!, decía la segunda.

BASTA DE LLAMARLOS MONSTRUOS. SON GENTE COMO TÚ Y COMO YO, AUNQUE CON CARACTERÍSTICAS FÍSICAS LEVEMENTE DISTINTAS Y, EN UN CASO, UNA FORMA MUY POCO COMÚN DE HABLAR, decía la tercera, enarbolada por un chico que al parecer no sabía que, para ser efectiva, una protesta debía ser breve y contundente.

Ambos grupos se callaron cuando abrieron de par en par una portezuela de la cubierta y apareció el Capitán Hoseason, resplandeciente con su atuendo de maestro de ceremonias recién planchado, un sombrero negro propio de un funeral y el látigo bien guardadito en la bolsa que le colgaba de la cadera.

En cuanto pisó tierra firme, indicó a la policía irlandesa que podía permitir que se le acercaran un periodista y un cámara para hacerle una entrevista corta.

—Capitán Hoseason —dijo una mujer vestida con elegancia que interpuso un micrófono entre ambos—, soy Miriam O’Callaghan, de RTE News. Hoy se ha congregado una gran multitud en protesta por lo que consideran una privación forzosa de libertad de los monstruos. ¿Cómo responde ante esta acusación?

—Con una respuesta sarcástica, por supuesto —dijo el Capitán Hoseason sonriéndole—. Y una apostilla condescendiente para comentar su extraordinaria belleza. Aunque yo no diría que esto es una gran multitud, querida señorita. La gran multitud será la que se reúna para ver nuestras fabulosas actuaciones la semana que viene. Esa multitud hará que esta multitud sea una ridiculez.

—Muchas personas creen que esta forma de servidumbre forzosa es absolutamente inaceptable —continuó Miriam—. ¿Tiene algo que decir a quienes lo critican?

—Tengo por costumbre no escuchar nunca a quienes me critican —dijo el Capitán Hoseason, y volvió a extender los brazos al máximo en un gesto magnánimo

—. Creo que me provocan indigestión.

—Pero todos estos estudiantes que han dejado a un lado sus estudios...

—Mi querida señorita O'Callaghan, ¿de verdad piensa que eso es lo que estarían haciendo hoy si no estuvieran aquí?

¿Estudiar? Seamos sinceros: si no fuera por mí, estarían protestando por otra cosa. La última guerra, el precio del alcohol, el derecho a voto de las mujeres, algo así.

—Capitán Hoseason, en Irlanda las mujeres ya tienen derecho a votar.

—Ah ¿sí? ¿De veras? Qué nación tan progresista tienen.

—Entonces, ¿no desea transmitir ningún mensaje a todas esas personas que quieren ver liberados a los monstruos?

—En realidad, me gustaría decirles cinco palabras —anunció el Capitán Hoseason con una sonrisa—. Por encima de mi cadáver. Y cuento con un nuevo espécimen fabuloso que recogí en Toronto hace apenas una semana. Un muchachito muy interesante. Desobedece la ley de la gravedad.

—Los niños pequeños pueden ser muy desobedientes cuando quieren —exclamó una madre desde detrás de las vallas, y miró a su propio hijo, que le devolvió la mirada con expresión enfadada en el semblante—. Pueden ser una maldición.

—Ya lo creo que pueden, señora —respondió el Capitán Hoseason—. Ya lo creo que pueden. Pero, por suerte, el chico está encerrado en una jaula, así que el público está totalmente a salvo. Y por solo cien de sus devaluados euros irlandeses podrán contemplarlo cuatro noches en su capital, Dublín, y tres noches más en la ciudad de Skibereen, en la República Popular de Cork. Consulte el periódico para tener más información. Y hasta entonces, damas y caballeros, les deseo a todos un buen día.

Y dicho esto, se dirigió hacia la cabina de un camión mientras las últimas jaulas de los monstruos eran introducidas en la parte de la carga... Pero, antes de que pudiera montarse, un anciano se acercó apresurado para darle la mano y lo inmovilizó con un feroz abrazo, que obligó a tres policías de la guardia irlandesa a intervenir para separarlos. Algo aturdido, el Capitán Hoseason se recompuso y se marchó en el camión para aprovechar aquella tarde en Dublín.

—Me ha parecido que había algunas personas de nuestra parte ahí fuera —dijo Francis mientras el camión avanzaba por la ciudad.

—No pueden salvarnos —contestó Liam—. Nadie puede.

—Ese hombre sí que es un monstruo —dijo Delilah.

—Despreciable tirano un —añadió Felicia.

Treinta minutos más tarde, el camión se detuvo y los portones traseros se abrieron de par en par. Un equipo de varios hombres los aguardaban, todos ellos vestidos con un polo de color rojo brillante y unos pantalones chinos amarillos, para transportar las jaulas hasta un prefabricado que habían montado para el circo. Al llegar al

prefabricado, observaron a todos y cada uno de los monstruos con sumo interés: sobre todo a Jeremy, el chico con aletas en lugar de pies.

—Seguro que nadas muy bien, ¿no? —le preguntó uno de los hombres.

—Ese comentario demuestra falta de sensibilidad e ignorancia, las dos cosas —respondió Jeremy.

—Y tú debes de ser el último fichaje —dijo otro mirando a Barnaby, quien estaba tumbado contra el techo de la jaula—. ¡Mírate, pero si flotas!

Barnaby se lo quedó mirando y pensó en momentos más felices, como el día en que Capitán W. E. Johns había dado una patada al balón que Henry no había podido parar y había marcado un gol en el jardín trasero de su casa.

—Ay, no pongas esa cara tan triste —dijo el hombre—. Hemos colocado una cosa muy especial ahí dentro pensando en ti.

Cuando entró en el prefabricado, Barnaby se asombró al ver que habían clavado un colchón en el techo, en un rincón, igual que había hecho Alistair cuando era recién nacido. Bastó con verlo para que le entrara nostalgia de su hogar.

—¿Es un colchón de gama alta modelo David Jones Bellissimo? —preguntó esperanzado.

—No, es la línea económica de la tienda Argos —le respondió el hombre, y sacó al chico de su jaula—. Pero servirá igual.

—Qué sitio tan curioso —dijo Francis una vez que estuvieron solos, con la mirada fija en la mansión en la que vivía el presidente de Irlanda.

—Mirad eso de ahí —dijo Delilah, y señaló una carpa enorme que habían montado en el centro del parque, con una señal que proclamaba ¡MONSTRUOSIDAD! Las letras estaban rodeadas de caricaturas de varios individuos de aspecto extraño, ninguno de los cuales se parecía en lo más mínimo a las personas que tenían cautivas en esos momentos—. Allí es donde nos expondrán como... como...

—Como a monstruos —terminó Jeremy.

Luego se sentó en un rincón y enterró la cara en las aletas.

No obstante, esa misma noche, después de cenar, ocurrió algo inesperado. Habían invitado al Capitán Hoseason a cenar con el presidente, quien tenía intención de darle una lección bien dada en dos idiomas acerca de lo pésimo que le parecía su comportamiento, y los monstruos se habían reunido en un rincón de la sala para jugar a las cartas, mientras Barnaby contemplaba la acción desde arriba e intentaba no gritar cuando veía que alguien llevaba una mano especialmente buena. Estaban en medio de una partida de póquer cuando oyeron un curioso tintineo procedente de la cerradura.

—¿Qué es eso? —preguntó asustado Jeremy.

Todos se retiraron a sus respectivas jaulas, porque el nervioso forcejeo no

paraba... hasta que por fin el cerrojo cedió y la puerta se abrió de par en par para dejar ante ellos a un anciano; el mismo hombre que se había abalanzado sobre el Capitán Hoseason ese día.

—¡Por las campanas del infierno! —exclamó el hombre con aire victorioso—. ¡Lo he conseguido!

—¿Quién es usted? —preguntó Liam McGonagall.

—Chist, baja la voz —dijo el anciano. Asomó la cabeza por la puerta hacia el pasillo y miró a su alrededor muy nervioso—. ¿Estáis todos aquí?

—¿Quiénes son «todos»? —preguntó Barnaby.

—Todos los del espectáculo. Todos los que la gente llama «monstruos» —añadió, aunque parecía un poco apurado al decir la palabra.

—No vamos a actuar para usted ahora, si eso es lo que pretende —dijo el primero de los hermanos siameses.

—Pague para el espectáculo de mañana por la noche como todo el mundo —añadió el segundo.

—No quiero ver el espectáculo —dijo el hombre—. He venido a liberaros.

—¿A liberarnos? —preguntó Francis mientras se ponía de pie.

—¿A liberarnos? —preguntó Jeremy, batiendo las aletas.

—¿Liberarnos a? —preguntó Felicia, y se llevó las manos a la boca emocionada.

—He leído todo lo que han dicho los periódicos sobre vosotros —dijo el hombre—. Y «¡por las campanas del infierno!», me dije. «Eso es una aberración. Nadie debería estar cautivo de semejante manera.» Tenéis que ser capaces de volver a casa con vuestras familias. Pero, bueno, debemos bajar el tono de voz. Podría haber más guardias de seguridad por aquí. No podemos permitir que nos oigan.

—Hay media docena de vigilantes rondando ahí fuera —dijo Jeremy—. Llevan allí desde que nos han traído esta tarde.

—Bueno, pues ya no están ahí —respondió el hombre, y soltó una carcajada de todo corazón mientras les mostraba un frasco vacío: el mismo frasco que el Capitán Hoseason le había ofrecido a Barnaby cuando lo metió en la torre de Toronto—. ¡Antes le he robado esto a ese hombre tan malvado! Luego, le he dado un poco a cada uno de los guardias. Deberían estar fuera de combate el resto de la noche.

—¿Ha conseguido que todos ellos bebieran de esa botellita tan pequeña? —preguntó Francis muy sorprendido.

—No, compré una caja grande de donuts y los rocié con agua —explicó.

—Eso no es agua —dijo Barnaby.

—Bueno, pues lo que sea. El caso es que están para el arrastre, y si queréis salir de este sitio, ahora es vuestra oportunidad. Queréis volver a casa, ¿verdad?

—Yo sí —se apresuró a decir Barnaby—. Intento regresar a Sidney.

—Bueno, vamos a dejar la cháchara para más tarde —dijo el hombre—. Ahora

hay que ponerse en marcha.

Abrió la puerta y miró a derecha e izquierda.

—Será mejor que te subas a mi espalda —le dijo a Barnaby—. No podemos dejar que salgas flotando. Y el resto, seguidnos, por favor.

Barnaby hizo lo que le había mandado el anciano y unos minutos más tarde toda la *troupe* atravesaba ya el Parque Phoenix a la luz de la luna. Dos ciervos se cruzaron en su camino, los observaron un instante, confundidos por las aletas, los ganchos y — como había mucho polen en el ambiente— la chica que no dejaba de aparecer y desaparecer cada pocos segundos, pero al final optaron por bajar los cuernos y desviarse en otra dirección.

A lo lejos, aparcados en fila, había una pequeña flota de coches y motos.

—Hoy mismo he comprado todos estos vehículos —dijo el hombre, y se rió entre dientes—. Por las campanas del infierno, tengo tanto dinero que ha sido pan comido. Los estudiantes os conducirán a cada uno en una dirección distinta, así que será mejor que os despedáis ahora. De ese modo será más difícil que os sigan la pista. Os llevaremos hasta alguna terminal de autobús o a alguna estación de tren o a diferentes puertos y aeropuertos. Si viajáis juntos destacaréis demasiado entre la multitud.

Cosa que, por cierto, era precisamente lo que les había llevado a esa situación, pensó Barnaby.

Los amigos se despidieron unos de otros y prometieron que se escribirían una vez que llegaran a sus destinos. Algunos llevaban mucho tiempo juntos y, aunque se morían de ganas de volver a casa, sentían en el alma tener que dejar atrás a los demás.

—Me ha encantado volver a verte —dijo Liam McGonagall, y le tendió el gancho a Barnaby, quien lo estrechó con mucho afecto.

—¿Adónde irás tú? —le preguntó.

—Volveré a la India. Si consigo llegar hasta allí solo.

—Confío en que volvamos a vernos algún día.

—Bueno, no esperábamos vernos aquí, así que ¡quién sabe! ¡Buen viaje de vuelta a casa, Barnaby!

Fueron marchándose por rutas diferentes hasta que solo quedaron dos personas para la última motocicleta.



—Todavía no me ha dicho cómo se llama —le dijo Barnaby al hombre que los había salvado.

—Stanley Grout —dijo—. Y te aconsejo que te agarres bien fuerte si no quieres salir despedido hacia el cielo nocturno. Estas motos van muy rápido, ¿sabes?

Barnaby hizo lo que le mandaba y se abrazó con fuerza a la cintura de Stanley.

—Por cierto, ¿adónde vamos? —le gritó al oído mientras arrancaba.

—¡Al aeropuerto! —rugió el anciano a modo de respuesta.

Y veinte minutos más tarde abandonaron la moto en el aparcamiento.

—Esta mañana he comprado un par de billetes —dijo el hombre.

—¿A Sidney?

—No, lo siento. No sabía que era allí adonde querías ir tú. Estaba a punto de marcharme a África, conque me temo que tendrás que acompañarme. Pero seguro que encontramos la forma de que vuelas a Australia desde allí.

La propuesta le pareció más que razonable. Se subieron a las escaleras mecánicas y se dirigieron a «Salidas», con Barnaby de nuevo encaramado a la espalda de Stanley, porque no tenía otro modo de mantenerse cerca del suelo.

—Ya soy viejo para esto —dijo Stanley al cabo de unos minutos, y bajó al chico—. ¿Cómo vamos a conseguir que no te escapes flotando?

—La mejor solución son las mochilas —le explicó Barnaby—. Llenas de cosas pesadas. Me las cuelgo a la espalda y me mantienen anclado al suelo.

—De acuerdo —dijo Stanley, y se dirigió a la zona de tiendas, donde compró una mochila, junto con ocho botellas de litro de agua, que cargó en la mochila antes de atársela a la espalda a Barnaby.

Pocos minutos después, Barnaby y Stanley pasaron por la puerta de control con las tarjetas de embarque en la mano. Localizaron sus asientos, donde no tardaron en quedarse dormidos. Y cuando se despertaron, ya estaban en África.

Capítulo 20

La lista de deseos de Stanley

—Seis meses —le dijo Stanley la tarde siguiente, mientras se dirigían al río Zambezi, donde el anciano tenía una cita programada para las doce en punto—. ¿Te parece mucho tiempo?

—Muchísimo tiempo —dijo Barnaby, que, al fin y al cabo, solo tenía ocho años, de modo que seis meses equivalían a una dieciseisava parte de su vida hasta la fecha.

—Es un parpadeo, nada más —le respondió Stanley—. Pero eso es todo lo que me queda.

Barnaby lo miró a la cara, inseguro de si el hombre quería decir lo que él creía que quería decir.

—¿Se va a morir? —preguntó dubitativo.

—Tú lo has dicho. Hace dos meses, los médicos me dieron ocho meses de vida, así que a estas alturas deben de quedarme seis. Hacía tiempo que tenía unos dolores de cabeza tremendos, ¿sabes? Por eso les pedí que me hicieran pruebas y me dijeron que no podían hacer nada para salvarme. Me había tocado. Y entonces dije: «Bueno, pues si es así, por las campanas del infierno, voy a vivir como me apetezca antes de morir».

—¿Fue eso lo que le llevó a Irlanda?

—En cierto modo, sí. Me he pasado toda la vida trabajando. Soy el artífice de uno de los negocios más prósperos de Estados Unidos. Nunca me he tomado ni un día libre. Nunca he hecho lo que quería. Siempre me he concentrado en estar en lo más alto, ser el número uno, enriquecerme más que el vecino. Así pues, cuando descubrí que iban a darme puerta de este mundo, pensé: «Si no hago algo por mí mismo ahora, no lo haré nunca». Escribí una lista y empecé a marcar las cosas, que cumplía una por una. Mi familia procede de Irlanda, pero yo nunca había pisado el país, por eso fui allí la semana pasada. Cuando vi aquel circo de los monstruos... Te lo aseguro, Barnaby, estuve a punto de caerme muerto allí mismo de la rabia que me dio ver cómo os trataban, y juré que tenía que salvaros a todos. ¡Y lo hice! Vaya si lo hice... Pero eso no es todo. Durante los últimos dos meses, he hecho submarinismo en el Gran Arrecife de Coral, he cruzado las Cataratas del Niágara sobre la cuerda floja, he descendido en rappel una de las Torres Petronas de Kuala Lumpur y he corrido delante de los toros en los San Fermín. Y ahora voy de camino (mejor dicho, vamos de camino) al Puente de las Cataratas Victoria para hacer puenting en el lugar más impresionante del mundo. Después, tengo pensado saltar en paracaídas. ¿Qué te parece? ¿Crees que estoy loco?

—¡Claro que no!

Stanley sonrió y negó con la cabeza.

—Ojalá todo el mundo tuviera una mente tan abierta —dijo—. Mi familia dice que chocheo como los viejos... Que he perdido la chaveta. Que estoy más loco que una cabra mochales. Incluso intentaron encerrarme. Mírame, apenas me quedan unos meses de vida y quieren que pase mis últimos días en una residencia horripilante, dándome un baño detrás de otro. ¿Te parece una buena forma de marcharse de este mundo? Yo les dije: «Por las campanas del infierno, dejadme que me divierta», pero no había forma de convencerlos. Dicen que no es normal hacer cosas de estas a mi edad. «¿Qué es normal?», les pregunté. «¡Esto!», me contestaron, señalando sus propias vidas tristes. Por eso me he escapado. Si me pillan, se me va a caer el pelo.

—Pero ¿no los echas de menos? —preguntó Barnaby—. Al fin y al cabo, son tu familia.

—Claro que los echo de menos —dijo Stanley—. Los echo de menos cada minuto del día. Pero me he pasado la vida llevando serios trajes de tres piezas. He hecho lo que se esperaba de mí. He aplastado a mis competidores y desbancado a mis rivales. ¿Y sabes qué? No me he divertido ni un solo minuto con esas cosas. Sin embargo, ¿estos dos meses? Puro placer. Todos los días. Ahora, Barnaby, mira hacia delante, hijo. Ya hemos llegado.

Se hallaban junto a una garganta profunda en la ribera del río que pertenecía a Zambia. El Puente de las Cataratas Victoria se extendía ante ellos, una construcción magnífica de acero resplandeciente, en cuyo centro estaba la plataforma desde la que saltaban quienes querían hacer puenting con unas cuerdas elásticas que les permitían rebotar. Se dirigieron a la plataforma, en la que un grupo de voluntarios ayudaban a los participantes a atarse los arneses. Miraron al anciano y al chico y se rascaron la barba.

—¡No me digáis que soy demasiado viejo! —soltó Stanley, y los penetró con una mirada tan dura como el acero del puente en el que se encontraban.

—¡Y no me digáis que soy demasiado joven! —añadió Barnaby, que no iba a permitir que lo excluyeran de esa aventura.

Los encargados de colocar los arneses se encogieron de hombros y aseguraron las cuerdas alrededor de las piernas del anciano, mientras Barnaby se agarraba a la barandilla del puente para evitar salir flotando.

—¡De perdidos, al río! —exclamó Stanley mientras saltaba de la plataforma y caía ciento diez metros por el barranco.

Se acercó tanto a las rocas y al agua que había al fondo que Barnaby estuvo a punto de chillar horrorizado; un momento después, rebotó y subió, volvió a bajar, subió otra vez, y abajo y arriba, y abajo y arriba, así una y mil veces, hasta que perdió impulso y quedó suspendido en el aire. En ese momento, tiraron de él para devolverlo

al punto de partida.

—¡Por las campanas del infierno! —exclamó Stanley encantado de la vida mientras se quitaba las gafas protectoras. Llevaba el escaso pelo revuelto de una forma extraordinaria, lo que le daba un aire demente—. Si mis hijos vieran lo mucho que me divierto, lo entenderían. ¿Qué me dices, Barnaby? ¿Te animas a probarlo?

—¡Por supuesto! —dijo Barnaby, y dejó que los voluntarios le ataran la cuerda elástica alrededor del cuerpo.

Se dirigió al borde de la plataforma, miró hacia abajo, respiró hondo y saltó; sin embargo, apenas descendió cinco o seis metros antes de volver a subir... Hasta que la goma elástica quedó extendida en vertical en dirección a las nubes, con Barnaby en el extremo mirando hacia abajo, en lugar de zambullido en la garganta del río.

—Tendríamos que habérmolo imaginado —dijo el anciano, y empezó a explicarles lo que pasaba a las atónitas personas que había en la plataforma—. El chico se niega a obedecer la ley de la gravedad. Será mejor que recojáis la cuerda para hacerlo regresar.

Unos minutos más tarde, tiraron de la cuerda de Barnaby para bajarlo y Stanley le dio su mochila para que se la pusiera, porque llevaba tantas cosas para su viaje por el mundo que serviría para mantenerlo anclado al suelo.

—Lo siento mucho, Barnaby —le dijo—, pero creo que el puenting no es lo tuyo. A lo mejor tenemos más suerte con el paracaídas.

Un avión privado los esperaba en una pista de aterrizaje cercana, y despegaron rumbo a los cielos mientras un par de instructores les colocaban los paracaídas en la espalda.

—Esto va a ser la bomba —dijo Stanley, y se frotó las manos con júbilo mientras ascendían entre las nubes—. Es la penúltima cosa de mi lista. Una vez que haya hecho esto, y luego aquello, habré terminado. ¿Estás listo, Barnaby?

—¡Listo! —exclamó Barnaby, y ambos saltaron con pocos segundos de diferencia.

Stanley navegó por el aire rumbo a la superficie y tiró de la cuerda del paracaídas justo en el momento preciso. Barnaby, no obstante, descendió durante diez segundos escasos antes de volver a subir flotando. En ese momento, el avión empezó a describir círculos a su alrededor con la puerta abierta, hasta que el muchacho logró meterse dentro dándose impulso.

—Creo que el paracaídas tampoco es lo mío —le dijo a Stanley una vez que estuvieron a salvo en tierra firme.

—Por las campanas del infierno, hijo, por lo menos lo has intentado —contestó el anciano.

Esa noche, agotados después de tantas aventuras en un mismo día, Barnaby y Stanley anduvieron por el bosque en busca de un claro entre los árboles.

—De pequeño —le contó Stanley mientras caminaban—, siempre quise ir de acampada y dormir bajo las estrellas. Pero mi padre, que era ferroviario, tenía que trabajar día y noche para que tuviéramos comida en la mesa, así que nunca se presentó la oportunidad de hacerlo. Y cuando tuve hijos, mi intención era llevarlos de acampada, pero no sé cómo ni por qué, el trabajo siempre interfería en los planes. Un gran error por mi parte. Conque aquí estamos, Barnaby, esta es la última cosa de mi lista. Una noche de acampada libre bajo las estrellas. Me encantaría que mi padre estuviera aquí para compartirla conmigo, o mi hijo, pero el uno hace tiempo que se marchó y el otro intenta encerrarme. De modo que solo estamos tú y yo. ¿Qué te parece? ¿Te animas?

Barnaby sonrió y asintió con la cabeza contentísimo. Cargaba con un tercer paracaídas cerrado que le había dado el piloto del avión. Pesaba tanto que no solo lo mantenía bien firme en el suelo, sino que incluso le dificultaba un poco el caminar.

No tardaron mucho en encontrar un lugar cómodo en el que pasar la noche, así que extendieron un par de esterillas impermeables en el suelo y se tumbaron a contemplar las estrellas. Eran las mismas estrellas, pensó Barnaby, que estaría viendo Capitán W. E. Johns en ese momento si había salido al jardín a hacer sus cosas.

—¿De verdad tiene intención de regresar con su familia mañana? —preguntó Barnaby a Stanley cuando se disponían a dormir.

—Tengo que hacerlo —dijo el anciano, y parecía un poco triste pero resignado ante lo inevitable—. Ya he hecho todas las cosas que quería hacer. Y cuando me marche de este mundo, prefiero que sea rodeado de las personas a las que amo, en lugar de en un país que no conozco, yo solo. Se alegrarán de que regrese, aunque no entenderán por qué tenía que hacer todas estas cosas. De todas formas, soy feliz y, ¿cuántas personas pueden decir eso al final de sus días?

Barnaby le dio vueltas a la pregunta mientras conciliaba el sueño, y estaba tan cansado que ni siquiera notó cuando un zorro surgió de entre los árboles y royó tanto las cuerdas de su paracaídas que lo soltó y consiguió arrastrarlo hasta el bosque, donde podría escarbar para llegar al centro del paquete, en una búsqueda infructuosa de alimento. Y tampoco se dio cuenta cuando se despegó del suelo, se elevó junto a los árboles y flotó hasta perderse en el cielo nocturno, que ahora estaba vacío salvo por las estrellas y la luna, que brillaba a lo lejos.

Barnaby siguió flotando así un buen rato y, cuando por fin abrió los ojos otra vez, se quedó apabullado al ver que ya no estaba tumbado en el suelo. De hecho, ni siquiera era capaz de atisbar el claro, ni al anciano, ni los árboles que los rodeaban. Cuando miró hacia abajo, lo único que distinguió fueron los ríos y las cadenas montañosas por las que habían pasado antes, y entonces siguió flotando y se dio cuenta de que la forma que contemplaba ahora era el perfil del propio continente africano, mucho más grande de lo que él pensaba en comparación con los demás

continentes —mucho más grande de como lo dibujaban en los mapas—, con la parte sur del océano Atlántico extendida a su izquierda. Desvió la mirada hacia el norte y el este, en dirección a la gran masa de tierra que era Asia, y supo que, como el mundo giraba, era posible que llegara a distinguir la forma de Australia, que tan bien conocía.

Pero ¿cómo podría regresar de una vez a ella?, se preguntó. Nunca había flotado hasta alejarse tanto de la superficie; siempre había habido alguien para atraparlo o algo con lo que se había golpeado en la cabeza y que había impedido que siguiera subiendo a la deriva. Pero esta vez no. Ahora no era más que un niño de ocho años que se alejaba flotando del planeta Tierra hacia la oscuridad del cielo nocturno y hacia los misterios que aguardaban más allá.

«Nunca volveré a casa —pensó Barnaby, y notó lágrimas en los ojos—. Y nunca viviré más aventuras.»

Y entonces, contemplando la oscuridad, creyó ver un puntito blanco a lo lejos, en la dirección exacta en la que flotaba. Parpadeó y bostezó, porque la atmósfera era muy diferente allí arriba y le costaba mantenerse despierto, y se preguntó si flotaba hacia una estrella y, de ser así, si debía preocuparse: había leído no sé dónde que estaban compuestas de fuego blanco; si colisionaba contra una, lo más probable era que acabase como una patata frita. Pero no podía hacer nada para remediarlo. Continuó flotando, cada vez más cerca del punto blanco, que pasó a convertirse en dos puntos, uno considerablemente más grande que el otro, pero conectados por lo que parecía una larga cuerda blanca.

Sacudió los brazos —los párpados le pesaban cada vez más, su cuerpo pedía a gritos que le dejara dormir— y miró en esa dirección justo cuando el punto blanco más pequeño parecía volverse hacia él y devolverle el saludo.

«¡Un astronauta! —pensó Barnaby somnoliento—. ¡Una nave espacial!»

Sus ojos ya no aguantaban abiertos ni un segundo más, y lo último que supo antes de desmayarse fue que un enorme par de brazos se aferraban a él y tiraban de su cuerpo a través de la atmósfera hacia la seguridad de la nave.

Capítulo 21

20 000 leguas de viaje espacial

Barnaby se despertó cuando se cayó al suelo y aterrizó de cabeza sobre una esterilla de goma. Abrió los ojos y miró a su alrededor, el corazón se le había acelerado un poco. Entonces se dio cuenta de que había seis alienígenas mirándolo con mucha atención.

—¿Por qué pones cara de asustado? —preguntó el primero, que era clavadito a un japonés, aunque no era un japonés, claro; era un alienígena del espacio.

—Porque habéis adoptado identidades humanas para que me sienta seguro —dijo Barnaby, y se incorporó para retroceder por la nave espacial—. Y vais a comerme.

—¿A comerlo? —preguntó una alienígena del espacio de género femenino y aspecto bastante elegante, con una media melena morena, pintalabios rojo y acento francés—. ¿Ha dicho que vamos a comérselo? Pero vaya ocurrencia, si soy vegetariana.

—¿Quién eres? —preguntó una tercera persona. Esta vez se trataba de un alienígena del espacio con acento de pijo inglés.

—Soy Barnaby Brocket —dijo Barnaby.

—Estupendo. Yo soy George Abercrombie —respondió—. Y me complace comunicarte que ninguno de nosotros es alienígena. ¿Me permites que te presente a Dominique Sauvet? —añadió, y asintió con la cabeza mientras miraba a la mujer francesa.

—Hola —dijo ella.

—Naoki Takahashi —continuó George, y señaló al primer hombre, quien se apresuró a hacer una reverencia muy exagerada y luego se incorporó de nuevo—. Por ahí está Matthias Kuznik —siguió diciendo, y un hombre alto y rubio dio un paso adelante con una sonrisa afectuosa en el rostro.

—Me alegro de conocerte —dijo Matthias, antes de volverse hacia George con cierta aprensión y negar con la cabeza—. ¿Creéis que deberíamos meternos en este asunto? —preguntó—. No sabemos quién o qué es.

—No te preocupes, Matthias, estoy seguro de que es inofensivo. No es más que un niño.

—Ya tengo ocho años —soltó Barnaby, herido en lo más profundo.

—Y esos dos de ahí —dijo George, haciendo oídos sordos a la interrupción—, sentados en la zona de recreo, son Calvin Diggler...

—¡Ey! —dijo Calvin, y saludó con la cabeza mientras masticaba una galletita salada.

—Calvin viene del otro lado del charco —explicó George a modo de disculpa—. Tendrás que perdonar sus modales. Mejor dicho, tendrás que perdonar que carezca de modales.

Barnaby miró a su alrededor.

—¿Qué charco? —preguntó con el ceño fruncido—. No veo ningún charco.

—No me refería a un charco en sentido literal —dijo George—. ¡El charco! El océano Atlántico. Calvin es uno de nuestros primos norteamericanos.

—Ah, ya entiendo —dijo Barnaby—. Entonces, ¿sois primos?

—No —dijo George confundido—. Qué va, aquí nadie es primo de nadie.

—Pero acabas de decir...

—No me refería a que fuera mi primo en sentido literal.

Barnaby lo miró fijamente y después se dirigió a Matthias con una expresión interrogante.

—¿Por qué nunca dice lo que quiere decir?

—Es inglés —explicó Matthias.

—Bueno, sí, ya, ¿os importaría dejarme terminar...? —continuó George—. El último miembro de nuestra tripulación es la potrilla que hay sentada al lado de Calvin.

—¡George! —exclamó irritada la mujer, que levantó la mirada del libro—. ¿Cuántas veces tengo que pedirte que no me describas en términos equinos?

—Perdóname, muchacha —dijo—. No le hagas mucho caso, Barnaby, es buena persona. Pero esa gata sabe arañar.

—¿Es una potrilla y además una gata?

—Puedo ser lo que quieras que sea, amorcito —le dijo la mujer, que se llamaba Wilhelmina White, y le guiñó un ojo.

Barnaby se puso como un pimiento desde las orejas hasta las puntas de los pies y no supo hacia dónde dirigir la mirada. No obstante, cuando consiguió recuperar la compostura, se fijó en que había algo que le sonaba en la voz de la mujer.

—No serás australiana, ¿verdad? —preguntó mirándola por entre los demás astronautas.

—Casi, casi. Soy de Nueva Zelanda. ¿Has ido alguna vez?

—No, pero soy de Sidney —dijo Barnaby.

—Pues de aquí a Sidney hay un buen trecho —comentó George Abercrombie—. Debo decir que nos ha sorprendido un poco verte flotar alrededor de la nave a esta altitud. No solemos tener visitas en la *Zéla IV-19*.

—¿Qué significa *Zéla IV-19*? —preguntó Barnaby.

—Es nuestra nave —dijo Naoki Takahashi.

—¿Serías tan amable de contarnos qué hacías? —preguntó George—. Mis más sinceras disculpas por sacar el tema de una forma tan brusca y ponerte en el punto de

mira, pero seamos sinceros: es de lo más extraño que un niño de ocho años aparezca de la nada y acuse a un servidor de ser un alienígena del espacio cuando salta a la vista que un servidor es de todo menos eso.

Barnaby se lo quedó mirando, parpadeó unas cuantas veces y paseó los ojos entre los demás miembros de la tripulación.

—Catorce meses —dijo arrastrando las palabras Calvin Diggler desde la zona de descanso—. Catorce largos meses hemos tenido que escuchar esa perorata. Será mejor que te acostumbres, chaval, si tienes intención de unirse al grupo.

—Un momento, por favor —dijo George—. Un servidor no hacía más que preguntarse qué es lo que ocurre, y punto.

—Es una larga historia —contestó Barnaby.

—Tranquilo, no tenemos prisa.

—Muy bien, pues —dijo Barnaby, antes de empezar por el principio...

Y a lo largo de las dos horas siguientes, mientras sentados en círculo tomaban una sopa de tomate servida fría en cazoletas de acero inoxidable, seguida de cinco tabletas cuadradas de alimento, cada una de un color diferente (una sabía a pollo al horno, la otra sabía a puré de patatas, la tercera a zanahorias, la cuarta a guisantes blandos y la quinta era un delicioso flan), Barnaby les contó la historia de su vida, desde sus primeros días en Sidney hasta la desgracia que le ocurrió en la Silla de la Señora Macquarie, y luego les contó la historia que había vivido durante el último mes y les habló de los personajes tan extraordinarios que había conocido en el camino.

—Menudo películón —dijo Calvin—. Y esperas que nos lo creamos, ¿verdad?

—Pero si es la verdad —insistió Barnaby.

—Entonces, ¿cómo es que aquí no flotas?

Barnaby se lo planteó. Era cierto. No había flotado desde el momento en que se había despertado en la nave espacial. Tenía los pies apoyados en el suelo, como todos los demás, y no llevaba ningún artilugio que lo anclara.

—No lo sé —dijo frunciendo el entrecejo—. No lo entiendo. Os prometo que en cualquier otra parte, floto.

Se puso de pie y se paseó por la nave espacial, con la esperanza de empezar a notar esa sensación tan particular, pero no ocurrió. Era muy raro lo de ser capaz de caminar sin más, sin flotar hasta el techo. ¿Así se sentía uno cuando era normal? Él no se sentía normal. Y desde luego, no se sentía bien.

—Si hay alguien que pueda flotar aquí dentro, somos nosotros —dijo Naoki—. Hay que despresurizar y regular el aire; de lo contrario, nos golpearíamos la cabeza contra el techo.

—Pues a mis padres les encantaría tener este tipo de aire en casa —dijo Barnaby—. ¿Creéis que es lo que me mantiene pegado al suelo?

—Lo dudo —dijo Dominique—. Si lo que dices fuera cierto, tendrías que flotar aquí también. A menos que tenga algo que ver con la compresión del aire. ¿Te duelen los oídos de vez en cuando?

—Sí, sí —admitió Barnaby—. Cuando me obligan a quedarme en el suelo contra mi voluntad. Nunca es insoportable, pero siempre noto una especie de dolor punzante.

—¿Alguna vez has ido al médico para que te haga pruebas?

—Mis padres no me han llevado al médico desde que era recién nacido —explicó Barnaby—. Les da vergüenza sacarme de casa.

Dominique asimiló lo que había dicho Barnaby y asintió con la cabeza.

—Cuando vuelvas a la Tierra —le dijo—, ve a que te miren los oídos.

—De acuerdo —contestó Barnaby—. Y por cierto, ¿cuánto tiempo vamos a quedarnos en el espacio? ¿Pensáis vivir aquí para siempre?

—No —dijo Dominique—. Completaremos nuestra misión y después, finalmente, volveremos a casa. Solos nos falta un último paseo espacial y listos...

—¡Me toca! —exclamó insistente Naoki, y dio un puñetazo en la mesa, que hizo que saltaran las tabletas de comida—. ¡Me toca!

—Muy bien, colega, ya sabemos que te toca a ti —dijo Wilhelmina—. ¡No te sulfures!

—¡Ja! —murmuró Naoki, y se llevó otra tableta de zanahoria a la boca.

—Mi hermano Henry quiere ser astronauta —dijo Barnaby—. Está obsesionado con el espacio exterior.

—Perdona, pero me temo que esto no es el espacio exterior —dijo George—. Es el espacio intermedio. Estamos a varios cientos de millones de años luz del espacio exterior. Está en esa dirección... —añadió y señaló con el dedo hacia la izquierda, por la parte posterior de la nave espacial, pero luego rectificó ligeramente el lugar al que apuntaba—. No, en realidad, está más bien en esa dirección —se corrigió.

—¿Y tus padres lo han mandado a la Academia Espacial? —preguntó Calvin, pero Barnaby negó con la cabeza.

—No, quieren que sea abogado, igual que ellos. Dicen que la gente normal no quiere ir al espacio exterior.

—El espacio intermedio.

—Da lo mismo, a cualquier parte del espacio. Le han dicho que, cuando cumpla los dieciocho, debería estudiar Derecho en la universidad.

—Sé cómo se siente tu hermano —dijo Calvin, y olisqueó una de las tabletas con sabor a flan, pero entonces decidió no comérsela y volvió a arrojarla al montón de tabletas que había en el centro de la mesa.

—¡Ay! ¡Pero si tú lo has logrado...! —exclamó George, con expresión horrorizada.

—Corta el rollo, príncipe Carlos —le soltó Calvin—. Estoy intentando contar una historia. Deberías decirle a tu hermano que, si quiere ser astronauta, tiene que ir a la Academia Espacial. Mis padres se negaron a llevarme cuando era pequeño. Decían que era muy tonto.

—¿Muy tonto? —preguntó George, todavía recuperándose de la forma en que le había hablado Calvin—. Ay, Dios perdona a quienes piensen que eres tonto. Me apuesto lo que quieras a que sabes cuál es la capital de Mozambique.

—Maputo —dijo Calvin sin dudarle ni un segundo.

—O a qué equivale el cuadrado de la hipotenusa.

—A la suma de los cuadrados de los otros dos lados.

—O en qué puesto queda el duque de Devonshire en la línea de sucesión al trono.

—En el decimocuarto —respondió Calvin—. Alrededor de un millón y medio de puestos por delante de ti.

—Vale —dijo George, y se reclinó en el asiento, irritado—. Muy bien, tus conocimientos generales son más que aceptables. Si alguna vez tengo que participar en un concurso de preguntas, te mandaré un telegrama.

—Si me mandas un telegrama, yo te mando a la porra.

—Basta, chicos, dejadlo ya —intervino Dominique con exasperación—. Barnaby nos estaba hablando de su hermano. Y os recuerdo que es nuestro invitado. Además, Calvin, ya nos has contado que tus padres no te apoyaron por lo menos cien veces.

—Pero les di una lección. —Señaló por la escotilla hacia la negrura exterior—. Espacio —dijo, y después señaló lo que le rodeaba—. Nave espacial. —Luego se señaló a sí mismo—. Astronauta.

—A mis padres les habría encantado que yo fuera profesor de matemáticas en la universidad de Tokio —dijo Naoki Takahashi—. Igual que mi madre y mi abuelo.

—Pero ¡por favor! Si eres un matemático fabuloso, Naoki —dijo Wilhelmina—. Se sabe todos los números —añadió dirigiéndose a Barnaby, y asintió varias veces con la cabeza, con sumo entusiasmo—. Incluso los números más altos.

—A mis padres les avergonzaba un poco mi deseo de convertirme en astronauta —dijo Dominique—. Querían que trabajase en una galería de arte y me casase con un escritor que piensa que el mundo no lo valora lo suficiente.

—Como si existiera algún otro tipo de escritor... —murmuró Calvin Diggler.

—Mis padres ya no me hablan —explicó Matthias Kuznik, y agachó la cabeza—. En Alemania, mi país de origen, soy una desgracia nacional.

—¡Pero si eres astronauta! —exclamó Barnaby—. Deberían estar orgullosos de ti.

—Ya estuvieron orgullosos de mí. En otro momento —repuso—. Era el mejor goleador de la historia de la Federación Alemana de Fútbol. Mejor incluso que Oliver Bierhoff. Mejor que Jürgen Klinsmann. Incluso mejor que el gran Gerd Müller. Antes de cumplir los veinte ya había jugado en representación de mi país treinta veces y

había marcado sesenta goles.

—Dos en cada partido —dijo Naoki.

—Ya te he dicho que se le dan bien los números —agregó Wilhelmina.

—Bueno, no —rectificó Matthias—. A veces marcaba más, otras veces marcaba menos, pero de media, sí, eran dos. Los niños me admiraban; se colgaban pósters míos en la habitación. Aunque a la vez que jugaba al fútbol, me entrenaba también para ser astronauta, sin que lo supiera nadie.

—Pero entonces deberían estar doblemente orgullosos de ti —dijo Barnaby—. Eres un gran atleta y, además, astronauta.

—Todavía no has escuchado el resto de la historia —dijo George.

—Faltaban dos semanas para que empezara la Copa del Mundo —continuó Matthias—. Todos confiaban en que Alemania ganara si yo jugaba todos los partidos. Pero, justo antes del inicio del torneo, me llamaron de la Academia Espacial para decirme que había salido mi número y me habían seleccionado para esta misión, que duraba un año. Lo malo era que la misión daba comienzo el martes siguiente. Y la Copa del Mundo empezaba el miércoles por la noche.

—Ah —dijo Barnaby.

—Exacto. Tuve que escoger.

—¿Y qué escogiste? —preguntó Barnaby... Y en ese momento los otros seis se volvieron para mirarlo a la cara.

—A lo mejor resulta que es idiota —dijo Wilhelmina.

—No, no —replicó Barnaby al darse cuenta de su equivocación—. Claro, elegiste el espacio. Ya lo pillo.

—Elegí el espacio —corroboró Matthias.

—Y no tiene muchas ganas de volver a casa, ¿verdad, Matthias? —preguntó George.

—No muchas —admitió—. Mi familia sigue sin querer saber de mí.

—Se suponía que yo tenía que tomar el relevo en la granja familiar —dijo Wilhelmina, a quien no le gustaba quedarse excluida cuando llevaban a cabo una buena sesión de lamentos—. Pero yo no quería pasarme la vida esquilando ovejas y llevando el ganado al mercado. Mi viejo tuvo que poner al mando a uno de mis hermanos medio tontos en mi lugar cuando me marché a la academia. No me ha vuelto a hablar desde entonces.

—¿Y a ti qué te ha pasado? —preguntó Barnaby a George Abercrombie—. ¿Tampoco te habla nadie de tu familia?

—No tengo familia —dijo George, y bajó la mirada hacia la mesa mientras frotaba una mancha invisible—. Quería ser astronauta porque me sentía solo. Ojalá tuviera los mismos problemas que todos estos paisanos.

Comentario que zanjó de cuajo aquella conversación.

Capítulo 22

El paseo por el espacio

A lo largo de los días que siguieron, Barnaby fue conociendo mejor a cada uno de los astronautas y acabó por congeniar con todos. Su pasatiempo favorito a bordo de la *Zéla IV-19* era sentarse en uno de los asientos acolchados que había junto a la escotilla para contemplar, mirando hacia abajo, el globo que rotaba lentamente y que correspondía al planeta Tierra, muy por debajo de ellos. Por la mañana se asomaba y veía América del Norte y del Sur, y recordaba su paso por ambos subcontinentes. Y también estaba Canadá, en el extremo norte, y el océano Atlántico, que, cuando regresaba a su atalaya unas cuantas horas más tarde para volver a mirar, le conducía hasta Irlanda. Pero el mejor momento era al final del día, cuando distinguía Australia y Nueva Zelanda, esas dos formas tan familiares que le remitían a su hogar. Le fascinaba el anillo de color verde y azul que rodeaba el perímetro de todo el continente, y la expansión gris pardusca en el centro. Podía quedarse un buen rato observándolo, e iba rellenando los espacios como solía hacer en clase de geografía. Perth por allí, un puntito en la costa occidental. Sidney por allá, en la parte sureste. Melbourne en la base, justo por encima de Tasmania. Uluru, un poco al norte del centro. Canberra, donde trabajaban los del gobierno, en la parte sur. Y la bahía de Byron, donde vivía su escritor vivo favorito. Una vez lo habían invitado a su escuela y después, durante semanas, las colas para entrar en la biblioteca llegaban a mitad del pasillo. Por las noches, Barnaby intercambiaba historias sobre la vida en las Antípodas con Wilhelmina, y se emocionó al enterarse de que, cuando la nave espacial por fin regresara a la Tierra en apenas unos días, aterrizarían justo en las afueras de Sidney.

—Así que por fin podré volver a casa —dijo Barnaby.

—Claro que sí. ¿Estás contento?

Barnaby asintió, aunque por primera vez, ahora que la vuelta a casa parecía una posibilidad real, empezó a sentir ciertas dudas. Quería volver a casa, por supuesto. Al fin y al cabo, llevaba intentando volver a casa desde hacía mucho tiempo. Entonces, ¿por qué de pronto la perspectiva le ponía tan nervioso?

—¡Último paseo por el espacio! —chilló Naoki Takahashi la última mañana que iban a pasar en la nave—. ¡Mi paseo por el espacio! ¡Un gran orgullo para Naoki Takahashi! ¡Un gran orgullo para Japón!

—Voy a por el traje —dijo Dominique, y apretó un botón que había en la pared; se abrió una puerta escondida que dejó a la vista un reluciente traje espacial blanco.

—¡Uau! —exclamó Barnaby, con los ojos abiertos como platos fijos en el objeto.

—Es la cosa más cara de toda la nave espacial —dijo Calvin—. Por eso mismo solo hay uno. Si no tuviéramos un traje de estos, no podríamos respirar durante nuestros paseos por el espacio.

—Ni ir a donde queremos ir —añadió George—. Está confeccionado con un material especial que nos permite controlar nuestros movimientos en el exterior. De lo contrario, vagaríamos a la deriva en el espacio intermedio y podríamos acabar en el espacio exterior.

—Y ya que nos ponemos, ¿qué hacéis cuando estáis ahí fuera? —preguntó Barnaby, que estaba intrigado por todo el equipo que iba desplegando la tripulación y por el extraordinario traje blanco en el que se estaba metiendo Naoki.

—Recogemos muestras de aire —le explicó George—. También de detritus: restos flotantes y partículas que hay por el espacio. Medimos la presión del aire y la temperatura. Tomamos lecturas del sonido y de la luz mientras viajan hacia la Tierra y desde ella.

—¿Creéis que esta cuerda está bien? —preguntó Dominique sin mirar a nadie en concreto—. No sé por qué, pero noto la tensión un poco floja.

—Todos hemos salido a dar paseos por el espacio, Barnaby —le explicó Calvin haciendo oídos sordos a Dominique—. Decenas de veces. No es nada del otro mundo. Pero proporciona información vital para los científicos y los geólogos que están en nuestro planeta.

—¿Puedo ir yo? —preguntó Barnaby, que se había entusiasmado; así se lo podría contar a Henry cuando por fin llegara a casa—. Me encantaría dar un paseo por el espacio.

—Lo siento, chaval —le dijo Calvin—. No es solo para divertirse, ¿sabes? Es una investigación científica muy importante. No podemos permitirnos distracciones.

—¡Venga, por favor! —suplicó Barnaby y, por un momento, creyó que los astronautas iban a permitirle salir, pero al final negaron con la cabeza.

Naoki Takahashi anduvo hasta un habitáculo separado, que fue sellado por completo antes de que otra puerta se abriera lentamente en el lado opuesto y él diera un paso para adentrarse en la inmensidad de lo desconocido, con movimientos tan gráciles como los de un bailarín. Extendió los brazos, conectado con la *Zéla IV-19* únicamente por la robusta cuerda blanca que había hecho dudar a Dominique hacía un rato.

—¿Cuánto tiempo estará en el espacio? —preguntó Barnaby, observando cada uno de sus movimientos a través de la escotilla. Envidiaba la gran aventura del astronauta.

—Noventa minutos: tenemos que controlar muchísimo el reloj —dijo Wilhelmina—. Solo lleva oxígeno suficiente para ese lapso. Si lo dejamos allá fuera más tiempo, se asfixiará y morirá.

Costaba adivinar qué hacía Naoki exactamente. De vez en cuando sacaba algún instrumento científico de un bolsillo, lo mantenía suspendido delante de su cuerpo un minuto más o menos y luego volvía a metérselo en el bolsillo y cerraba la cremallera. Algunas veces sacaba una botella de una forma muy rara, quitaba la tapa, esperaba, la enroscaba de nuevo y volvía a guardarla, cerrando también la cremallera para que no se saliera el objeto. Todo parecía ir a la perfección.

Hasta que algo se torció.

—¡La cuerda! —chilló George, y aplastó la cara contra la escotilla al ver que la cuerda blanca que conectaba a Naoki con la nave temblaba y se sacudía unos segundos, cosa que hizo que el astronauta se pusiera bocabajo y empezara a rotar. Separó los brazos del cuerpo y miró hacia la nave con cara de confusión.

—Sabía que a la cuerda le pasaba algo raro —dijo Dominique, y el pánico ascendió por su voz—. Ya os lo he dicho. Pero nadie me ha hecho caso.

—Entradlo —ordenó George, y Matthias apretó el botón que se suponía que debía recoger el cordón para acercarlo a la nave y que el astronauta pudiera volver a entrar en la cámara hermética... Sin embargo, en cuanto lo tocó, se produjo un sonido horripilante, como una goma elástica cuando se estira tanto que cede y se rompe, o como un globo que se hincha más de la cuenta y explota, y la cuerda blanca dio un latigazo y se rompió, de modo que Naoki Takahashi se quedó flotando en el espacio sin poder regresar a ellos de ninguna manera. Sacudió los brazos en dirección a la nave y ellos le respondieron moviendo los brazos para indicar que estaban tratando de solucionar el problema, y todos se arracimaron alrededor de la mesa con diagramas y esquemas.

—Tenemos que sacar una segunda cuerda —dijo Calvin—. Si conseguimos volver a conectarlo a la nave, podremos arrastrarlo hasta aquí. Yo saldré con la cuerda.

—No, iré yo —contestó George, a quien le gustaba la idea de ser un héroe.

—Si vais a discutir por ver quién sale, entonces iré yo —dijo Dominique, quien ya se imaginaba su aparición en el palacio del Elíseo, donde le otorgarían una condecoración por su valentía.

—Si alguien va a salir ahí fuera, seré yo —insistió Wilhelmina.

—Qué chiste tan bueno —dijo Matthias, y se rió a mandíbula batiente—. Es evidente que esto requiere de la eficiencia alemana. Esta labor precisa la acción de Matthias Kuznik.

—¿Ya estás otra vez hablando de ti mismo en tercera persona? —preguntó George, y negó con la cabeza—. Ese es precisamente el tipo de arrogancia que no necesitamos, muchas gracias.

Todos los astronautas empezaron a hablar a la vez, pisándose las palabras, y cada uno de ellos insistía en que debía ser el que saliera al rescate de Naoki. Barnaby miró

el reloj. Los minutos se esfumaban con su tictac. También se esfumaban las reservas de oxígeno de Naoki.

—Lo haré yo —dijo en voz baja, tan baja que, en realidad, al principio los cinco astronautas ni siquiera lo oyeron—. He dicho que lo haré yo —repitió, ahora más alto, y todos se volvieron para mirarlo... con cierta irritación, como si se entrometiera en sus asuntos.

—No digas tonterías, Barnaby —repuso Wilhelmina—. No eres un astronauta profesional. Si te mandáramos al espacio, perderías el control de ti mismo. Primero tienes que estar acostumbrado a flotar.

—Si hay algo a lo que estoy más que acostumbrado —dijo irguiéndose todo lo que pudo y poniendo los brazos en jarras, desafiante— es a flotar.

—¿Podemos correr el riesgo? —preguntó Dominique mirando a su alrededor—. No es más que un crío.

—Un crío que quiere ayudar —dijo Barnaby—. Y vosotros sois incapaces de aclararos. Así que, por favor, dejadme hacerlo. Será una aventura. Además, soy muy valiente, ¿eh? De verdad que sí. Y se nos acaba el tiempo.

Todos se asomaron por la escotilla para ver a Naoki, que empezaba a alejarse a la deriva.

—¿Estás seguro de que puedes hacerlo? —preguntó Calvin, y colocó las manos sobre los hombros del chico para mirarlo fijamente a los ojos.

—No —dijo Barnaby—. Pero puedo intentarlo.

—Esa respuesta me vale —dijo George—. Muy bien, escuchadme todos. Vamos a por la cuerda. Barnaby, sácala y se la das a Naoki. Él ya sabe cómo tiene que reajustársela al traje. En cuanto hayas hecho eso, agárrate fuerte a él y os remolcaremos a los dos juntos, ¿entendido?

—Entendido —respondió Barnaby, e intentó no pensar en los cientos de mariposas que revoloteaban por su estómago.

Dicho esto, lo equiparon con una máscara y una bombona de oxígeno (muy divertido) y lo mandaron a la cámara hermética para que de ahí saliera al espacio. Le encantó volver a flotar; se sentía más fiel a sí mismo que en ningún otro momento desde que había llegado a la nave *Zéla IV-19* la semana anterior. Además, allí fuera reinaba la paz: todos los ruidos y problemas de los últimos tiempos parecían esfumarse en la nada. Por un momento, Barnaby pensó en lo apacible que sería pasarse el resto de su vida flotando en el espacio, sin tener que preocuparse nunca más por nadie ni por nada salvo los cometas y las estrellas fugaces.

Pero esos plácidos pensamientos se interrumpieron en cuanto vio a Naoki Takahashi braceando frenéticamente y dando vueltas y más vueltas, desesperado, mientras flotaba en todas direcciones. Barnaby dio patadas al aire, como si nadara, y flotó hacia él, le tendió la cuerda como le habían mandado y, al cabo de unos

segundos, Naoki ya se había vuelto a conectar con la nave. Barnaby se agarró fuerte de él y los otros astronautas los arrastraron a los dos de vuelta.

—Eres un héroe, colega —le dijo Wilhelmina más tarde, cuando todos se reunieron para hacer una comida de celebración, que consistió en tabletas de comida y agua purificada.

—Una gran vergüenza para Naoki Takahashi —dijo Naoki muy triste, y agachó la cabeza, muy abatido—. Una gran vergüenza para Japón.

—Me gusta ser astronauta —dijo Barnaby con una sonrisa ancha—. ¿Puedo dar otro paseo por el espacio?

—Ahora no, lo siento —contestó George, y se abrochó el cinturón después de sentarse en la parte delantera de la nave espacial—. No podemos arriesgarnos a que ocurra otro desastre como este. Solo nos queda un lugar al que ir.

—¿Adónde? —preguntó Barnaby.

—A casa.



Capítulo 23

Todo lo que le han contado es verdad

La nave espacial aterrizó cerca del Parque Natural de Berowra Valley al día siguiente, a las tres en punto de la tarde. Mientras descendían, Barnaby empezó a percibir cómo la familiar sensación de flotar se volvía cada vez más pronunciada, hasta que se vio obligado a ponerse el cinturón de seguridad, pues corría el riesgo de subir flotando hasta el techo de la cápsula.

Barnaby nunca había experimentado nada comparable al estruendo que se produjo cuando la parte delantera del cohete se desgajó del resto de la nave y los dejó flotando en algo que se parecía más a un avión destartado que a ninguna otra cosa. Por fin, los motores empezaron a frenar, las ruedas descendieron y aterrizaron en la superficie de la Tierra de manera segura. Una larga fila de dignatarios de cada uno de los países que había aportado un astronauta a la misión se disponía a darles la bienvenida a su planeta de origen. Los ministros de la Ciencia de Nueva Zelanda, Gran Bretaña, Japón, Francia, Alemania y Estados Unidos se daban codazos porque todos querían ser el primero de la fila, para asegurarse de que saldrían en todas las fotografías, pero el ministro de Asuntos Exteriores australiano, que estaba acostumbrado a lidiar con niños desobedientes, les mandó que se colocaran en semicírculo y les dijo que el representante de cada gobierno no podía dar un paso adelante hasta que apareciera el astronauta correspondiente a su país. Hubo muchas quejas al respecto, pero estaban en territorio australiano, así que tenían que obedecer las normas de Australia. El ministro británico le dio un codazo en las costillas a su homónimo francés y murmuró: «Es todo por tu culpa, Luc», pero el ministro japonés no estaba dispuesto a tolerar esa falta de respeto, así que se deslizó para quedar detrás del británico y le dio un toque.

Una vez que los motores se pararon por completo, Justin Macquarie, un habitante de Sidney que no solo era el director de la Academia Espacial Internacional, sino que también resultó ser un descendiente directo de Lachlan y Elizabeth Macquarie, en cuya silla del Jardín Botánico había ocurrido una vez una desgracia tremenda, dio un paso adelante y se aclaró la garganta.

—Señoras y señores —dijo, y dio unos golpecitos con el dedo en el micrófono—, me colma de satisfacción dar la bienvenida a la Tierra a la nave *Zéla IV-19* después de una misión larga y fructífera. Estos astronautas han proporcionado un inmenso motivo de orgullo para sus familias... Un orgullo quizá mayor que el que habría proporcionado un avance en cualquier otro campo de la ciencia por parte del ser humano. Así pues, me gustaría pedirles que salieran de la nave espacial y saludaran al

comité de bienvenida, tras lo cual deberían pasar directamente por la zona de recogida de equipajes para recuperar sus maletas, que, si no me equivoco, saldrán por la cinta número cuatro.

Uno por uno, los astronautas fueron emergiendo. Parpadearon varias veces ante la luz del atardecer y descendieron con pasos algo inestables la escalerilla del cohete. En cuanto los seis se colocaron en fila en la superficie, la banda empezó a tocar el primero de los seis himnos nacionales, pero apenas iban por la mitad de la *Marsellesa* cuando al principio el que tocaba la tuba, después el saxofonista y luego el violinista se detuvieron perplejos. Perdieron el compás y el director de la orquesta dio unos golpecitos en el atril, avergonzado, pero para entonces la mirada de todo el mundo se había dirigido hacia las puertas de la nave espacial, por donde acababa de emerger lo que parecía un niño de ocho años con un paracaídas a la espalda.

—¿Puede saberse quién eres tú? —preguntó Justin Macquarie dando un paso al frente.

—Soy Barnaby Brocket —dijo Barnaby.

—¡Hablas nuestro idioma!

—Pues claro.

—¿Cómo lo aprendiste? —le preguntó el señor Macquarie con voz lenta y pronunciando muy bien, como si hablase con un extranjero que apenas tuviera unas nociones de inglés.

—No lo sé —respondió Barnaby, e intentó recordar cuándo había aprendido a hablar—. Creo que lo fui pillando cuando era pequeño.

—Lo asimilaste —dijo el señor Macquarie. Y asintió pensativo—. A partir de las conversaciones de los astronautas. Así pues, tienes capacidad para aprender. A lo mejor también nosotros podemos aprender de ti —añadió en voz alta, con una sonrisa ancha que se extendió por su cara mientras intentaba parecer complaciente—. Estoy seguro de que hay muchas cosas que puedes enseñarnos.

Barnaby lo pensó y se encogió de hombros.

—Es posible, supongo que sí —dijo—. Aunque hace bastante que no voy al colegio, con lo que puede que esté un poco oxidado. De todas formas, sé muchas cosas de geografía. He viajado mucho para ser un chico de mi edad.

Los asistentes se miraban unos a otros y empezaron a hablar a gritos, pero Justin Macquarie se volvió para mandarlos callar, puesto que temía que el ruido irritara a la criatura del espacio.

—¿Crees que eres un chico? —le preguntó.

—Bueno, es que soy un chico —dijo Barnaby, confundido—. Puede que solo tenga ocho años, pero sé cuál es la diferencia entre los chicos y las chicas. Y le aseguro que soy un chico, sí.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —gritó el ministro alemán, que miró a su

alrededor por si veía a algún padre que hubiera dejado que su hijo se escabullera por debajo de las vallas y se colara a inspeccionar la nave espacial.

—Viene con nosotros, señor —intervino Matthias Kuznik, pero el ministro alemán negó con la cabeza y le volvió la cara.

—Fuera de mi vista, no quiero ni verte —dijo en voz baja—. ¡Cuartos! —añadió con mucho dramatismo—. Ni siquiera pudimos ganar el tercer puesto en el *play-off*... El encuentro más inútil de todo el calendario deportivo del mundial.

—Una gran vergüenza para Matthias Kuznik —dijo Naoki Takahashi y negó con la cabeza—. Una gran vergüenza para Alemania.

—Pero ¿a qué te refieres con eso de que va con vosotros? —preguntó el ministro de la Ciencia de Nueva Zelanda.

—Lo encontramos —respondió Wilhelmina White—. Llegó flotando hasta nosotros, así que lo aceptamos en el grupo.

—Todo el mundo adentro —dijo Justin Macquarie mientras daba palmadas muy fuertes junto al micrófono—. Y de momento, que pongan a este chico en cuarentena. Tengo que reflexionar sobre esto.

En cuanto pronunció la palabra «cuarentena», dos hombres vestidos con trajes protectores de goma de color amarillo con cascos que les tapaban la cabeza corrieron hacia Barnaby, lo agarraron cada uno por una axila y lo arrastraron al interior de la terminal. Corrieron por unos cuantos pasillos largos, subieron un tramo de escaleras, pasaron por delante de una piscina, una sauna y una zona de descompresión, y luego volvieron a bajar por una serie de pasadizos estrechos, donde marcaron un código en un teclado y entraron en una enorme sala blanca en la que se encontraron con una docena de científicos con traje blanco que trabajaban en equipo en un silencio absoluto. Todos los científicos se volvieron a la vez, miraron fijamente a Barnaby, parpadearon, y luego retomaron sus probetas y microscopios. En un rincón de la sala había una cabina de cristal con una única silla blanca dentro.

—¿El código? —preguntó el científico que había más cerca de la cabina de cristal.

Se dirigía a uno de los hombres que sujetaba a Barnaby con una expresión inexpresiva en el rostro, si algo así es posible.

—Veinte, dos, nueve, veinte, diecinueve, dieciséis —respondió el hombre.

El científico asintió con la cabeza de una manera casi imperceptible mientras tecleaba los dígitos en el ordenador, y la parte frontal acristalada se abrió sin hacer ruido. Arrojaron dentro a Barnaby, las puertas se cerraron y él se encontró allí solo, mirando a sus captos, que seguían al otro lado. Por supuesto, como ya no lo sujetaban los dos hombres del traje amarillo, al cabo de un segundo se puso a flotar y no tardó nada en verse aprisionado contra el techo de aquella caja de cristal. Los miró desde arriba y empezó a contar las calvas y las coronillas. Uno o dos de los

científicos levantaron la mirada y lo escudriñaron un momento, pero no tardaron en desviar los ojos; era evidente que habían visto infinidad de cosas extrañas e inusuales en su vida: como mucho, esta entraría entre las cien mejores.

—¡Socorro! —suplicó Barnaby dando golpes en el cristal—. Dejadme salir.

—Estás en cuarentena —dijo uno de los científicos, y reprimió un bostezo.

—Pero ¿por qué? No he hecho nada malo.

—Eres el chico del espacio, ¿verdad? No podemos permitir que los chicos del espacio se paseen tan tranquilos por Australia. Podría ocurrir cualquier cosa. Tenemos un entorno que proteger. Si te hubieran pillado intentando pasar manteca de cacahuete de contrabando te encontrarías en la misma tesitura.

—¡Pero si no llevo nada contaminado! —protestó Barnaby—. ¡Y no tengo comida! Ni siquiera me gusta la manteca de cacahuete. Es muy pringosa y se te pega en los dientes.

—Tiene razón, se pega —corroboró uno de los científicos.

—Tendrás que esperar hasta que venga el señor Macquarie —dijo otro de los científicos—. Él sabrá qué hacer contigo.

—El señor Macquarie es el que más sabe —exclamaron al unísono todos los demás científicos, y se volvieron para mirar a Barnaby.

Sonrieron exactamente durante cuatro segundos y después volvieron a sus tareas. Uno de ellos se puso unos auriculares enormes y colocó un micrófono encima de un trozo de roca (una de las rocas que habían llevado en la *Zéla IV-19*) y escuchó con atención. Al principio no pasó nada, pero luego abrió los ojos como platos y parecía intrigado por lo que fuese que había oído.

—Es Schubert —dijo, y se dirigió a una de sus colegas—. Escucha, Celestine. Es Schubert. Estoy convencido.

—Rachmaninov —dijo la señora que estaba sentada a su lado en cuanto le cogió los auriculares. Y negó con la cabeza.

—No, estoy seguro de que es Schubert.

—Pues te equivocas.

—Sin duda lo más interesante es que sea alguien, independientemente de quién —dijo el hombre que había sentado junto a la mujer, y probó a escuchar. Tiró los auriculares al momento y negó con la cabeza con desgana—. Odio la música rocosa, ¡suena a rock! —exclamó, y retomó su experimento.

Por fin se abrieron las puertas del laboratorio y reapareció el señor Macquarie. Anduvo hasta la caja de cristal de Barnaby y levantó la mirada hacia él con expresión perpleja.

—Quiero entrar para hablar contigo —dijo—. Si entro, no vas a hacerme daño, ¿verdad que no?

—Claro que no —contestó Barnaby—. Ni siquiera sabría cómo.

—De acuerdo, muy bien —dijo el señor Macquarie, y se inclinó sobre el panel de control. Tecleó los seis números otra vez y las puertas se abrieron deslizándose—. Pero solo para que lo sepas: si se te ocurre hacer algo raro, acabarás metido en un lío mucho más gordo.

Dio un paso al frente y entró. Se sentó en la silla mientras las puertas se cerraban a su espalda y alzó la mirada, negando con la cabeza.

—¿Puede saberse qué haces ahí arriba, Chico del Espacio?

—No soy un chico del espacio —insistió Barnaby—. ¿Cuántas veces se lo tengo que decir? Soy de Kirribilli.

—Me parece que todavía no hemos explorado ese planeta —respondió el señor Macquarie—. ¿Está en nuestro Sistema Solar?

—¡Pues claro que está! Está aquí al lado, en Sidney. Justo después de la calle en la que vive el primer ministro. Si coge el tren hasta Milson's Point, luego baja la colina que queda junto a las tiendas y gira a la izquierda, verá que nuestra casa está ahí mismo.

—¿Estás totalmente seguro? —le preguntó el señor Macquarie.

—Claro que sí. He vivido allí toda la vida.

—Tengo una hermana que vive en Kirribilli.

—¿Cómo se llama?

—Jane Macquarie-Hamid.

—Ah, ya conozco a la señora Macquarie-Hamid —dijo Barnaby con una sonrisa que se extendió por toda su cara—. Vive justo enfrente de nosotros, en la misma calle. Mi perro, Capitán W. E. Johns, juega con su perro. Son los mejores amigos.

—Si sabes tanto sobre ella, ¿a ver si sabes cómo se llama su perro?

Barnaby recapacitó un momento.

—Rothko —contestó—. Rothko Macquarie-Hamid. Su hermana le pone una pajarita azul después de bañarlo. Luego Rothko va directo a nuestra casa para que Capitán W. E. Johns pueda quitársela con los dientes. ¿Sabe? Nadie debería humillar así a un perro. Debería comentárselo a su hermana.

Al señor Macquarie pareció impresionarle mucho que Barnaby conociera el nombre del perro de su hermana, de modo que sacó una libreta del bolsillo interior, en la que garabateó algo, y después la guardó. Barnaby confiaba en que fuera un mensaje para su hermana.

—Entonces, si no eres un chico del espacio —dijo por fin— supongo que no te importará explicarme cómo terminaste dentro de la *Zéla IV-19*. No es tan difícil de entender que, si mandamos seis personas al espacio intermedio, confiemos en que regresen seis personas como máximo.

—¿No se lo han contado los otros astronautas? —preguntó Barnaby, porque pensaba que, si el señor Macquarie no le creía a él, a lo mejor por lo menos creía a los

demás.

—Sí, me han contado una historia —respondió—. Pero es tan descabellada que no me la puedo creer.

—Todo lo que le han contado es verdad —dijo Barnaby.

—Pero si todavía no te he dicho lo que me han contado.

—¿Le han contado que subí flotando hasta su nave espacial, me quedé dormido por culpa de la presión del aire y me metieron dentro?

—Sí.

—¿Le han contado que nací con una particularidad que hace que no obedezca a la ley de la gravedad y que por eso no puedo quedarme pegado al suelo más de unos segundos seguidos? Mientras estuve en la nave espacial parecía que sí podía, aunque no sé muy bien por qué... ¿Podría tener algo que ver con mis oídos?

—Algo así me han mencionado —admitió el señor Macquarie.

—¿Y le han contado que le salvé la vida a Naoki Takahashi cuando la cuerda blanca se rompió y acabó flotando sin control por el espacio exterior?

—No estabais en el espacio exterior.

—Perdón, quería decir el espacio intermedio.

—Sí, me han contado todo eso. Pero mira, Chico del Espacio...

—¡Deje de llamarme así! ¡Me llamo Barnaby Brocket!

—Vale, muy bien, Barnaby Brocket. Pero eso no es más que la historia de lo que hiciste allá arriba. Y parece que no hay nada que objetar a eso. Lo que yo necesito saber es cómo subiste hasta allí, eso para empezar.

Así pues, Barnaby se lo contó.

Todos los detalles de su vida, desde el momento en que nació hasta el momento en que le pidió al director de la Academia Espacial Internacional que dejara de llamarlo Chico del Espacio y empezara a llamarlo Barnaby Brocket de una vez.

—En fin, me han contado algunas cosas muy divertidas a lo largo de mi andadura —dijo el señor Macquarie cuando Barnaby hubo terminado—, pero esta se lleva la palma. Supongo que no me queda más remedio que creerte. La cuestión es ¿qué hacemos ahora contigo?

—Podría ir a casa —propuso Barnaby.

—Sí, podrías ir, es verdad. Pero lo primero es lo primero. Antes de que te dejemos ir a algún sitio, es preciso enviarte al hospital de Randwick para que te hagan un chequeo exhaustivo. Para asegurarnos de que no has contraído nada en tus viajes. Para asegurarnos de que no tienes ningún parásito espacial.

Barnaby suspiró.

—Bueno, vale —dijo.

Esa misma tarde Barnaby ya estaba tumbado en la cama del hospital, con una correa de cuero bien atada alrededor de la cintura para impedir que flotara hasta el

techo, esperando a que el médico le hiciera la revisión. Lo habían ubicado en una habitación individual en la planta superior del hospital. Era la mejor habitación que tenían, porque encima de la cama había una enorme claraboya, casi de la mitad del tamaño de la habitación, y cuando se tumbaba podía observar el cielo estrellado, dado que ya empezaba a anochecer. Por suerte, las enfermeras habían apretado un botón que había en la pared, cerca de la cama, y le habían puesto esparadrapo encima, para que, en caso de que se le aflojara la correa, no se escapara flotando por el ventanal del techo. Le resultaba extraño imaginarse que apenas un par de días antes había estado en el espacio intermedio y había contemplado desde arriba el contorno de Australia y de Nueva Zelanda en la distancia; ahora estaba tumbado en una cama del Hospital Infantil de Sidney, contemplando las estrellas que parpadeaban en la oscuridad, y preguntándose si habría otros astronautas allí arriba que lo miraban desde su atalaya.

Un ratito más tarde llegó la doctora, le sacó una muestra de sangre con una aguja que apenas pinchó un puntito en el pulgar de Barnaby, luego le colocó una cinta ancha con velcro alrededor del brazo y bombeó con una cosa para apretarla más y más, hasta que Barnaby creyó que le iba a estrujar el brazo y arrancárselo.

—Auch —dijo Barnaby Brocket.

—Bah, eso no duele —dijo ella, que se llamaba doctora Washington. Era una doctora bastante guapa con el pelo muy moreno, y se pasaba el rato colocándoselo detrás de las orejas.

—No, pero aprieta mucho, nada más —repuso Barnaby.

La doctora sonrió y le dio unos golpecitos en la rodilla con un martillo de goma para asegurarse de que saltaba. Le miró la garganta y los ojos.

—De momento no veo que te pase nada malo —dijo al cabo de un minuto—. Aunque todo el asunto ese de flotar es un misterio, ¿verdad? ¿Cuándo empezó?

—Unos dos o tres segundos después de nacer.

—¿Tan pronto? ¿Y has ido a algún especialista para que te mire?

—Cuando era muy pequeño.

—¿Y nunca se te ha pasado? ¿Siempre has sido así?

—Siempre —dijo Barnaby—. Cada minuto de mi vida. —Se recostó en la cama y entonces recordó una cosa—. Excepto cuando estaba en la nave espacial —añadió, y la doctora Washington, que estaba a punto de salir de la habitación, se dio la vuelta y lo miró.

—¿Qué has dicho? —preguntó.

—El tiempo que pasé en la nave espacial, mis pies se quedaron pegados al suelo —le explicó—. Floté hasta llegar a la nave y floté para salir de ella, pero dentro...

—Donde el aire estaba presurizado...

—¡Eso es lo que dijo Dominique! Me dijo que tenía que ir a que me miraran los oídos cuando volviera a la Tierra.

La doctora Washington lo observó con atención un par de segundos, luego se sacó del bolsillo un instrumento pequeño con una bombilla en un extremo y le miró los oídos por dentro.

—Ajá —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Barnaby.

—Espera aquí un momento —le dijo la doctora Washington... Como si Barnaby tuviera alguna opción de levantarse y escapar.

Unos minutos más tarde, regresó con otro médico, el doctor Chancery, quien se sacó del bolsillo un artilugio negro y plateado del tamaño de un destornillador que también tenía una bombilla en el extremo; igual que había hecho la doctora Washington, le miró los oídos por dentro a Barnaby.

—Ajá —dijo el doctor Chancery.

—Eso mismo he pensado yo —respondió la doctora Washington—. Ajá.

—¿Qué ocurre? —preguntó Barnaby, que empezaba a preocuparse—. ¿Me pasa algo malo?

—No, no te pasa nada malo —contestó la doctora Washington—. Nada malo, en absoluto. Es más, eres un chiquillo sano como una manzana.

—Entonces, ¿por qué me miran los oídos y dicen «ajá»?

—No tienes que preocuparte por nada —le dijo la doctora Washington—. Bastará con que hagamos unas cuantas pruebas para tener una idea más clara de lo que ocurre.

Barnaby no dijo nada, sino que se limitó a mirar por la claraboya y pensó que le encantaría que de vez en cuando, por lo menos una vez al siglo o algo así, un adulto le diera una respuesta directa a una pregunta directa.

Una gran conmoción en el pasillo hizo que desviara la mirada y los dos médicos salieron de la habitación para ver qué pasaba. Barnaby oyó a gente que vociferaba, luego una refriega y luego otra vez el silencio. Un momento después, la doctora Washington reapareció sola, atusándose el pelo como si acabara de participar en una pelea.

—Lo siento mucho —dijo.

—¿Qué se cuece ahí fuera?

—Reporteros. De los sensacionalistas. Ya se han enterado de todo lo que te pasa, ¿sabes? Que flotas, que llegaste flotando hasta la *Zéla IV-19*. Quieren publicar tu historia en la edición del fin de semana. Supongo que tengo que decirte que te ofrecerán mucho dinero si aceptas. Si no te andas con cuidado, acabarás siendo famoso.

Barnaby sonrió. Eso era lo último que quería ser. Al fin y al cabo, la gente famosa no era normal, y si llegaba a Kirribilli con un séquito de periodistas, entonces seguro que sus padres estarían todavía más disgustados que nunca de verlo. A lo mejor ni

siquiera le dejaban volver a ver a Capitán W. E. Johns antes de arrastrarlo de nuevo a la Silla de la Señora Macquarie.

—No quiero hablar con ellos —replicó—. Lo único que quiero es volver a casa.

—Me temo que no podemos darte el alta hasta mañana por la tarde, como muy pronto. Tienes que quedarte en observación esta noche. Además, están esas pruebas de las que te hablaba antes: no tendré los resultados antes de la hora de comer, y eso podría llevarnos a tomar unas medidas totalmente distintas. Pero, si quieres, puedo llamar a tus padres para que sepan que estás aquí, sano y salvo.

Barnaby notó una ligera quemazón en el estómago al imaginarse a sus padres llegando al hospital mientras los de la prensa seguían congregados fuera, pero asintió, apuntó en un papel el número de teléfono y la doctora Washington lo dejó solo para que durmiera un rato.

Alzó la mirada una vez más hacia el cielo nocturno y notó que los párpados le empezaban a pesar. Al día siguiente volvería a ver por fin a sus padres, por no mencionar a Henry, Melanie y Capitán W. E. Johns, y lo llevarían a su hogar, en Kirribilli. Pero ¿en realidad había cambiado algo? Lo habían echado de casa porque era distinto del resto de los niños, y aunque había aprendido muchas cosas durante sus viajes, seguía sin haber aprendido a mantener los pies en el suelo.

Capítulo 24

¿Qué significa «normal»?

A la mañana siguiente, Barnaby estaba sentado en la cama, leyendo un ejemplar de *La vuelta al mundo en 80 días* que había sacado de la biblioteca del hospital. El sol entraba a chorro por la claraboya que tenía encima y brillaba directamente sobre las páginas, iluminando el viaje de Phileas Fogg con su fiel lacayo Passepartout. Estaba increíblemente absorto en la historia (en el momento en que Phileas ha perdido el barco de vapor que debía llevarlo de Hong Kong a Yokohama) cuando la puerta se abrió de par en par.

—¡Barnaby! —dijeron dos voces al unísono, y el chico levantó la mirada hacia las dos figuras que lo miraban fijamente con expresión algo aprensiva en el rostro.

—Hola, mamá —saludó Barnaby, y apartó el libro. Se sorprendió de sentir más ansiedad que alegría al verlos—. Hola, papá.

—Nos preguntábamos hasta dónde habrías llegado, hijo —dijo Alistair mientras se acercaba para hacer un amago de abrazo extraño, pero cambió de opinión y en lugar de abrazarlo le dio la mano.

Barnaby pensó que lo que había dicho su padre era algo extraordinario. A fin de cuentas, después de eso no quedaba duda de que también había participado en el plan; recordó la conversación que mantuvieron mientras desayunaban el último día que estuvo en casa.

—Hola, Barnaby —dijo Eleanor, y se inclinó para darle un beso en la mejilla. Se comportaba como si la desgracia de la Silla de la Señora Macquarie no hubiera ocurrido nunca. Barnaby aspiró su perfume; tenía el familiar aroma de su hogar y le hizo sentir solo y afligido al mismo tiempo—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien —contestó Barnaby—. No estoy enfermo.

—Entonces no deberías estar en el hospital, ¿no crees? No me parece normal estar en un sitio como este si no te pasa nada malo.

—Pues a ver si convences a los médicos —dijo Barnaby—. Aquí es donde me trajeron. Quiero decir, después de regresar del espacio.

Eleanor suspiró mientras se sentaba en una esquina de la cama, y recorrió con el dedo la mesilla de noche para comprobar si tenía polvo.

—Todo ese asunto del espacio es una chifladura —le dijo—. Y ya estoy harta de oír hablar del tema. No es normal querer ir a explorar mundos ajenos al nuestro. Tenemos un planeta perfectamente aceptable aquí mismo. Vamos, digo yo...

—En eso te doy la razón, Eleanor —coincidió Alistair, y se sentó en la única silla que había en la habitación—. No comprendo a esos exploradores y tampoco sé qué se

creen que hacen.

—Pero si no existieran los exploradores, nadie habría descubierto América —dijo Barnaby.

—Pues por eso mismo —replicaron Alistair y Eleanor al mismo tiempo, e intercambiaron una mirada.

Después de ese comentario todos permanecieron en silencio unos minutos, mientras una gran incomodidad impregnaba la habitación. Si hubieran sido capaces de apreciar cómo la pintura de la pared palidecía de forma infinitesimal, habrían podido apreciarlo. Si hubieran sido capaces de oír cómo su pelo crecía de forma infinitesimal, habrían podido oírlo.

—¿Cómo está Henry? —preguntó Barnaby para romper el silencio, y lamentó que su hermano mayor no hubiera ido también a verlo al hospital.

—Henry es Henry —dijo Eleanor encogiéndose de hombros, como si eso fuera una respuesta adecuada—. Está bien. Perfectamente normal.

—¿Y Melanie?

—Bien también. También perfectamente normal.

Barnaby asintió, contento de oírlo.

—¿Y qué tal Capitán W. E. Johns? —preguntó.

—Pues, ahora que lo dices, Capitán W. E. Johns parece un poco triste últimamente —dijo Alistair—. La cola, que siempre mueve tanto, ahora le va como a pocas revoluciones.

—Tonterías —repuso Eleanor para llevarle la contraria—. Así es como son los perros. Es perfectamente normal que un perro parezca triste, y Capitán W. E. Johns es un perro perfectamente normal. Además, sigue persiguiendo ardillas. Bueno, es igual. El caso es que tus hermanos vendrán a hacerte una visita dentro de un rato. Se mueren de ganas de verte de nuevo.

—¿Y no puedo volver a casa y ya está? —preguntó Barnaby en voz baja, inseguro de si iban a decirle que sí o que no—. ¿No puedo verlos allí?

—Claro que puedes —dijo Eleanor, y se reclinó ligeramente, porque el sol bañaba con su luz la cama de Barnaby—. Si eso es lo que quieres —añadió en voz más baja.

Barnaby recapacitó un momento. Supuso que era lo que quería. Al fin y al cabo, ¿adónde iba a ir si no era a casa?

—Solo hay una cosa —dijo Alistair. Carraspeó y se sentó con la espalda erguida, como si tuviera una noticia muy importante que darle—. Tu madre y yo... Bueno, le hemos estado dando vueltas desde que la doctora Washington nos llamó anoche para decirnos que estabas aquí. Es por lo de que flotes y tal. Seamos sinceros, hijo: lo hemos tolerado mientras hemos podido. Ocho años, va para nueve. Mucho más tiempo del que lo toleraría una familia normal.

—Nosotros somos una familia normal, Alistair —insistió Eleanor, y lo acribilló

con una mirada feroz antes de volver a fijar su atención en Barnaby—. Pero tu padre tiene razón. Has pasado ocho años flotando por el techo, tumbado en tu colchón de gama alta David Jones Bellissimo, negándote a ir a escuelas normales...

—Yo no me negué a ir a ningún sitio —la interrumpió Barnaby, y se sentó en la cama—. Vosotros me mandasteis al Correccional para Niños No Deseados. Que conste que yo nunca quise ir allí.

—Bah, bah, no te vayas por las ramas. Lo importante es que, si quieres volver con nosotros a Kirribilli, tendrás que dejar de hacer todas esas tonterías para llamar la atención. A primera hora de la mañana, hoy volvía a haber furgonetas con periodistas aparcadas en la puerta de nuestra casa. Preguntaban por el chico que ha venido del espacio, el chico que no puede mantener los pies en el suelo, el chico que flota como un globo de helio. Es lo mismo que pasó cuando te empeñaste en ser la persona número diez millones que escalaba el Puente de la Bahía.

—Pero si yo no sabía que iba a ser la persona diez millones... —dijo sollozando Barnaby, que ahora percibía la injusticia de todo lo ocurrido—. A mí me sorprendió tanto como a vosotros.

—Lo único que quieres es llamar la atención, ese es el problema. Y no podemos tolerarlo más. Por eso te pedimos una cosa, Barnaby: si vuelves a casa con nosotros, ¿nos prometes que serás normal? ¿Dejarás de flotar de una vez por todas?

—A lo mejor no hace falta que se lo prometa, señora Brocket —intervino una voz desde el vano de la puerta, y todos se volvieron para ver a la doctora Washington, que entró en la habitación con una tablilla en la mano. Se presentó a los padres de Barnaby, lo auscultó rápidamente con el estetoscopio y le puso el termómetro, y después les sonrió a todos—. Creo que tengo buenas noticias para ustedes.

—Bueno, no nos iría mal una ración de buenas noticias —dijo Eleanor con voz extenuada—. ¿De qué se trata?

—Me pregunto si alguna vez llevaron a Barnaby al otorrino. Me refiero a cuando era pequeño.

—No —dijo Eleanor, y sacudió la cabeza—. El chico se pasaba casi todo el día en el techo. Y a sus oídos no les pasa nada. Son perfectamente normales. Pero ¿por qué nos lo pregunta?

La doctora Washington dudó un momento y consultó la tablilla antes de asentir, al parecer satisfecha con sus conclusiones.

—Ayer —les explicó—, cuando nos trajeron a su hijo, la Academia Espacial me pidió que le hiciera una revisión médica completa para asegurarnos de que no había traído ningún parásito espacial a la Tierra camuflado en el cuerpo.

—No me estará diciendo que lo ha hecho, ¿verdad? —exclamó Eleanor, y levantó los brazos con brusquedad—. ¿Esta es la última de sus payasadas? ¿Dar cobijo a alguna malévola forma de vida intergaláctica?

—No, está sanísimo, señora Brocket —dijo la doctora Washington, negando con la cabeza—. De hecho, no da la impresión de haber manifestado ninguna reacción adversa después de haberse pasado una semana en el espacio exterior.

—Disculpe, pero era el espacio intermedio —dijo Barnaby.

—Bueno, pues lo que fuera. Parece que ha sobrevivido a la odisea magníficamente bien. Tampoco ha sufrido lesiones tras haber circunnavegado el globo desde que, por desgracia, lo perdieron ustedes en Sidney —añadió, y levantó una ceja, como si de todas formas esa versión le pareciera un poco sospechosa.

Eleanor se removió con incomodidad y decidió observar algo que se veía por la claraboya.

—Pero lo que sí he descubierto —continuó la doctora Washington— es un desequilibrio en los oídos de Barnaby. La alineación del canal superior, el canal posterior y el canal horizontal está totalmente desbarajustada. Me explicaré: los canales convergen y así controlan nuestro sentido del equilibrio. Lo que le ocurre a Barnaby es que la presión del aire que tiene dentro de la cabeza es anómala y, haga lo que haga, seguirá flotando. Es más, si quieren que nos pongamos rigurosos y científicos en los términos, en realidad no flota. Cae.

—¿Cae? —preguntaron Alistair y Eleanor, y la miraron muy sorprendidos.

—Eso es. En la mayor parte de las personas, la disposición de los canales asegura que obedecen la ley de la gravedad, pero en el caso de Barnaby, como los tres canales están invertidos (me refiero a que están del revés), su cerebro no puede interpretar las señales que le envían. Piensa que todo está al revés. Y por eso, resulta que Barnaby cae hacia arriba en lugar de hacia abajo, porque su cerebro piensa que es el punto hacia el que debería dirigirse. Nosotros nos empeñamos en estar siempre en el suelo; él se empeña en apartarse del suelo.

»Eso explica también que no flotara dentro de la nave espacial —continuó explicándoles la doctora Washington—. El aire está presurizado para que los astronautas no floten y se golpeen la cabeza con el techo. El mismo proceso consiguió que Barnaby se mantuviera anclado al suelo, pero allá arriba el aire es lo contrario del que tenemos aquí abajo. Una vez que están en la Tierra, los astronautas ya no flotan. Pero Barnaby sí. ¿Creen que lo que digo tiene sentido?

—No mucho —dijo Alistair.

—A mí me parece completamente anormal —protestó Eleanor.

—Bueno, no es muy común, eso lo reconozco. Pero el caso es que tiene arreglo.

Alistair y Eleanor se irguieron de repente y la miraron a la cara.

—¿Sí? —preguntó Eleanor.

—Ya lo creo que sí —dijo la doctora Washington—. Es más, podría encargarme yo misma. Es una operación muy sencilla. No llevaría más de una hora o dos.

—¿Y después de la operación?

—Después de la operación, Barnaby no volverá a flotar. Será como todos los demás. Será normal. Aunque, ¿qué significa «normal»?

Y cuando pronunció esas tres últimas palabras, la doctora Washington sonrió tímidamente, Alistair dibujó una sonrisa de oreja a oreja y Eleanor estuvo a punto de chillar de alegría y ponerse a bailar por la habitación. La única persona que no estaba segura de cómo debía recibir esa noticia que, en teoría, podía cambiarle la vida, fue el propio Barnaby; pero bueno, en realidad nadie lo miraba ni parecía interesarse en absoluto por su opinión sobre el tema.

—¿Y cuándo podría hacerlo, doctora? Cuanto antes, mejor —dijo Alistair—. ¿Quiere que lo sujetemos entre los dos para que lo opere ahora mismo? Estoy seguro de que no le hará falta anestesia. Es un niño muy valiente. Aguanta lo que le echen.

—A lo mejor ahora mismo no es el momento —respondió la doctora Washington, y apuntó en la tablilla una cosa que quería comentar más tarde con el psiquiatra del hospital—. Pero sin duda podríamos hacerlo hoy. Podría programar que Barnaby entre en el quirófano a las seis de la tarde, si les parece adecuado que sigamos adelante. Luego tendría que quedarse a pasar la noche aquí y estar en observación las veinticuatro horas siguientes. Así, en principio Barnaby podría irse a casa mañana por la noche.

—¿Y está completamente segura de que será normal? —preguntó Eleanor. —Por lo menos, tan normal como su marido o usted. Esa respuesta era más que aceptable para Alistair y Eleanor Brocket.

Capítulo 25

La familiar sensación de flotar

Unas horas más tarde, Henry y Melanie también fueron al hospital. Cargaban con una bolsa de viaje de piel con la cremallera un poquito abierta, cuyo contenido parecía sacudirse y tambalearse. Cuando Melanie vio a su hermano pequeño tumbado en la cama, dejó la bolsa en el suelo con cuidado y dio la impresión de que el objeto se ovillaba antes de quedarse completamente quieto.

—¡Barnaby! —chilló Melanie y se abalanzó para arrojarle los brazos al cuello—. Te hemos echado mucho de menos. Cada vez que miraba el techo vacío, me ponía a llorar.

—Hola, Barnaby —dijo Henry, y le dio un abrazo afectuoso—. Por cierto, ¿cómo estás?

—Estoy bien —contestó—. He vivido un montón de aventuras emocionantes. He conocido a un montón de personas curiosas. He visto un montón de lugares interesantes.

—¿Te gustaría saber qué ha pasado mientras tanto por aquí, en Sidney? —preguntó Melanie.

—¡Sí, claro!

—Absolutamente nada —contestó ella haciendo una mueca—. Esto es un aburrimiento. Nunca pasa nada.

—¡Pero si es la ciudad más maravillosa del mundo!

—Eso lo dices tú. Ojalá yo también pudiera largarme y vivir un montón de aventuras. Qué suerte tienes.

Barnaby no sabía qué contestar a eso. No estaba acostumbrado a que la gente lo envidiara.

—¿Qué ocurrió después de que me fuera? —preguntó, porque estaba impaciente por saber cómo habían explicado su desaparición en el hogar de los Brocket—. ¿Qué os dijeron papá y mamá? ¿Hablaban mucho de mí?

—Al principio sí —contestó Melanie—. Luego, cuando pareció que no ibas a regresar, ya no tanto. Decían que, si habías salido volando así, había sido por tu culpa.

—No creo que toda la culpa fuera mía —dijo Barnaby un poco dolido.

—Bueno, no —dijo Henry—. Supongo que toda la culpa no. Pero, no sé, deberías haber hecho lo que te mandaban.

Barnaby frunció el ceño.

—¿Haber hecho lo que me mandaban?... —preguntó—. ¿A qué te refieres?

—Bueno, mamá nos contó que dijiste que ese día hacía mucho calor y no querías llevar la mochila —explicó Melanie—, y que te advirtió de que no te quedaba otro remedio, que tenías que llevarla todo el rato o, si no, saldrías flotando, pero que te dio uno de tus arrebatos y no le hiciste caso.

—Nos contó que te la quitaste por desobediente —dijo Henry—. Y hala, empezaste a flotar. Intentó agarrarte, pero el viento arreció y, antes de que se diera cuenta, habías subido demasiado.

—De todas formas, creo que te han perdonado —añadió Melanie.

—Claro que le han perdonado —dijo Henry—. Porque están muy contentos de que hayas vuelto a casa sano y salvo. ¿Qué te pasa, Barnaby? Te has puesto de un color raro. Eso es lo que ocurrió, ¿no?

Barnaby abrió la boca; notaba una enorme bola de rabia formándose en la boca del estómago. Había pasado varias semanas fuera de casa; algunos días apenas había podido comer, algunas noches no había sabido dónde iba a encontrar una cama en la que descansar; lo habían criticado más de una vez por oler a podrido. Algunas veces se había muerto de miedo y otras se había sentido muy solo. Miró a sus hermanos, pues deseaba contarles con pelos y señales lo que había ocurrido en realidad y cómo se había visto inmerso en aquella situación, eso para empezar, pero su expresión ansiosa dejaba claro que no solo creían la versión de los hechos narrada por sus padres, sino que también necesitaban creerla. Al fin y al cabo, contemplar cualquier otra posibilidad era demasiado atroz.

—Sí —dijo por fin. Tragó saliva y volvió la cara, incapaz de mirarlos a los ojos—. Sí, eso es lo que ocurrió. Debería haberle hecho caso. Pero ya me conocéis, siempre me gusta hacer las cosas a mi manera.

—Bueno, eso es normal —contestó Henry, y le sonrió.

Antes de que pudieran decir algo más, se abrió la puerta y una enfermera (una enfermera con cara de malas pulgas) asomó la cabeza y se quedó apabullada ante lo que había descubierto allí dentro.

—¡Niños! —dijo—. ¡Aquí no puede haber niños!

—Pero si es un hospital infantil —replicó Barnaby.

—Tú sí puedes estar —ordenó señalando a Barnaby con el dedo—. Pero ¿estos dos? ¡Fuera! No está permitido que los niños como vosotros se paseen por aquí y contagien sus horribles infecciones a nuestros pacientes. ¡Fuera ahora mismo! ¡Todos! ¡Menos tú! —añadió, y volvió a señalar a Barnaby—. ¡Fuera, fuera y fuera!

Henry y Melanie suspiraron y miraron a su hermano.

—Ya nos veremos mañana, Barnaby —dijo Melanie—. Después de la operación.

—Mamá os lo ha contado, ¿verdad?

—Sí, está superemocionada.

—¡Fuera! —insistió la enfermera, ahora casi gritando—. ¡Fuera, he dicho!

—¡Ah! Y te hemos traído un regalo —continuó Melanie mientras se bajaba de la cama dando un salto. Con la punta de la bota acercó la bolsa de viaje hacia Barnaby. La bolsa volvió a sacudirse, luego se apaciguó un poco y se sacudió otra vez. Después se calmó de nuevo—. Pero no la abras todavía —añadió, y abrió los ojos como platos, como si quisiera transmitirle un mensaje secreto, mientras señalaba con la cabeza en dirección a la enfermera—. Espera a que nos marchemos.

Salieron al pasillo antes de recibir otro bufido y la puerta se cerró detrás de ellos. Barnaby se quedó solo en la habitación. Bajó la cabeza para mirar la bolsa y se preguntó qué podría haber dentro, y cuando abrió la cremallera se llevó una enorme sorpresa, porque una cosa salió de un brinco y se lanzó sobre la cama delante de sus narices.

—¡Capitán W. E. Johns! —exclamó Barnaby emocionado, mientras el perro zarandeaba el colchón y le lamía la cara con tanta efusividad que fue el mejor lavado de cara que se había dado desde hacía semanas.

Por la tarde, un par de horas antes de que tuviera que empezar la operación, un camillero le llevó una silla de ruedas y le dijo que, si quería cambiar de escenario un rato, podía darle una vuelta en la silla por los pasillos de la planta. Mientras Capitán W. E. Johns se escondía debajo de la cama, Barnaby saltó a la silla, se abrochó el cinturón y se dispuso a explorar.

Mirase donde mirase veía a niños vestidos con pijama y bata, ya fuera paseando por los pasillos con sus padres o tumbados en las habitaciones rodeados de sus familiares; unos jugaban al ajedrez, otros a las cartas o al Scrabble, y otros simplemente estaban absortos en un libro. Por lo que había visto, él era la única persona a la que habían dado una habitación individual.

Cuando doblaron una esquina, vio a la doctora Washington sentada a la mesa de la consulta. Tecleaba información en un ordenador y garabateaba notas en un cuaderno mientras copiaba diagramas de la pantalla, así que Barnaby decidió acercarse con la silla de ruedas.

—Hola, doctora.

—Hola, Barnaby —contestó ella, y levantó la cabeza para mirarlo con una sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Solo quería preguntarle... —empezó a decir, y pensó mucho la pregunta—. ¿Qué pasaría si no me operara?

—Bueno, tienes que operarte —contestó la doctora, como si no hubiera lugar para la discusión—. Tus padres ya han firmado los formularios, y me temo que, cuando se trata de un niño de ocho años, los padres son los que tienen la última palabra.

—Sí, pero en teoría —dijo Barnaby—. Si no hubieran firmado los formularios, quiero decir. Si no quisieran que me operara.

—Pero sí quieren.

—Ya, pero si no quisieran.

La doctora Washington recapacitó un momento y se encogió de hombros.

—Pues, en realidad no pasaría nada del otro mundo —le explicó—. Te quedarías tal como estás. Seguirías flotando. Nunca serías capaz de mantener los pies en el suelo.

—¿Y me quedaría así para siempre?

—Bueno, sí. Supongo que sí —dijo la doctora Washington—. Pero no tienes que preocuparte, Barnaby, eso no va a ocurrir. Vamos a arreglarte. Mañana a estas horas serás un niño completamente distinto. Todos los aspectos de tu vida cambiarán por completo y serás igual que el resto de la gente. ¿No es fabuloso?

Barnaby sonrió, dijo que claro que sí y luego se marchó con la silla de ruedas para refugiarse en su habitación, para refugiarse en sus pensamientos y en Capitán W. E. Johns.

Empezaba a hacerse tarde. Ya eran casi las cinco y media. La operación estaba programada para las seis en punto. Barnaby sabía que el camillero iría a buscarlo en cualquier momento; lo atarían con correas a una camilla y lo llevarían por el pasillo, lo meterían en un ascensor y lo bajarían a las profundidades del edificio, donde le darían algo que lo durmiera. Cuando volviera a despertarse, sería una persona completamente distinta. Bueno, claro, seguiría siendo Barnaby Brocket, sí, pero sería un Barnaby Brocket muy diferente del que había existido durante los ocho años anteriores.

Levantó la mirada hacia la claraboya y contempló el cielo azul pálido del atardecer, las nubes tenues que flotaban en él, los pájaros que se dirigían hacia donde se supone que se dirigen los pájaros, y acarició a Capitán W. E. Johns, que estaba tumbado, hecho un ovillo, encima de su regazo. Y pensó en todo lo que le había ocurrido desde el día en que Eleanor le había agujereado la mochila para que se saliera la arena.

Había montado en un globo aerostático. Había conocido a dos señoras maravillosas que nunca habían mirado atrás después de que sus familias las echaran de casa por ser diferentes. Había visitado una plantación de café en Brasil y había tenido la oportunidad de abrazar a una chica llamada Palmira. Le habían robado la mochila en Nueva York y había ayudado a hacerse famoso a un joven artista. Había ido en tren a Toronto, había visto un partido de fútbol, había flotado hasta lo alto de una torre, donde lo había salvado y secuestrado un hombre horrible (pero la parte buena era que, gracias a eso, había conocido a las personas más curiosas y encantadoras que había visto en su vida). Había vuelto a ver a su amigo Liam McGonagall. Había hecho puenting (o lo había intentado) y había saltado en

paracaídas (o lo había intentado) y había conocido a un hombre que había accedido a regresar con sus hijos, a pesar de que ellos querían controlar todo lo que hacía con su vida.

Incluso había estado en el espacio exterior.

Bueno, por lo menos en el espacio intermedio.

Y ahora volvía a estar de nuevo ahí. De nuevo en Sidney. De nuevo en el mundo normal.

Y entonces a Barnaby se le ocurrió que, a fin de cuentas, ser normal a lo mejor no era lo único que se podía ser. Al fin y al cabo, ¿cuántos niños supuestamente normales habían vivido las aventuras que él había vivido o habían conocido a las personas a las que él había conocido? ¿Cuántos habían visto tanto mundo como él y habían ayudado a tantas personas por el camino?

Y además, ¿quién podía decir que quien no era normal era él?, ¿eh? ¿Era normal hacer un agujero en una mochila y mandar por los aires a un niño de ocho años sin saber dónde acabaría? Y ya puestos, ¿era normal querer ser... bueno, tan «normal» en todo momento?

Desde el pasillo le llegó el sonido de las puertas del ascensor al abrirse y alguien empujó un carrito por el pasillo. «Debe de ser para mí —pensó, y el corazón empezó a latirle más rápido dentro del pecho—. Si dejen que se me lleven, me convertirán en uno de ellos.»

Y fue entonces cuando se dio cuenta de que le gustaba ser diferente. A fin de cuentas, era así como había nacido. Era quien se suponía que tenía que ser. No podía permitir que lo cambiaran. No quería pasarse el resto de la vida sintiéndose como la tarde en la que había subido al Puente de la Bahía de Sidney.

Alzó la vista hacia la claraboya del techo y luego miró el botón que había junto a su cama: el que controlaba el mecanismo que abría y cerraba la ventana.

Lo miró.

Dudó.

Y luego lo apretó.

«Aventuras nuevas —pensó—. Lugares nuevos. Gente nueva.»

«Personas que no me harán un agujero en la mochila.»

Se oyó un clic y un sonido deslizante y la claraboya empezó a abrirse. Capitán W. E. Johns se removió sobre su regazo, abrió los ojos y levantó la cabeza para mirar a su amo, ofreciéndole un bostezo gigante.

—Lo siento, chaval —dijo Barnaby—. No puedo dejar que me cambien.

Capitán W. E. Johns miró fijamente a su amo con una expresión perpleja. Barnaby levantó la vista hacia la claraboya, que para entonces ya se había abierto del todo y dejaba que una brisa fresca entrara en la habitación, y empezó a desabrochar la correa que lo sujetaba a la cama.

El perro se puso a cuatro patas a toda prisa en cuanto se percató de lo que se cocía e intentó plantarse encima de la manta. La expresión de su cara indicaba que no estaba seguro de qué pasaba, pero estaba predispuesto a oponerse a lo que fuera.

—Ladrido —ladró, por si acaso.

—Chist —dijo Barnaby, mientras la familiar sensación de flotar se apoderaba de él conforme las correas se aflojaban: esa sensación maravillosa, ese fenómeno que convertía a Barnaby Brocket en el chico que era.

Entonces a Capitán W. E. Johns le entró el pánico y sacudió la cola muy confundido. Primero se puso a dar vueltas en el sentido de las agujas del reloj y después en contra de las agujas del reloj, para a continuación inclinarse hacia delante y hacia atrás, de lo más desconcertado. Intentó volver a atar la correa con los dientes, pero no lo consiguió; era imposible para un perro.

—Lo siento —dijo Barnaby, que ya empezaba a ascender. Sus piernas aparecieron por entre las sábanas y sus pies salieron deslizándose para refrescarse con el aire frío—. Nunca te olvidaré. Te lo prometo.

El perro ladró una vez más, pero ya era tarde. Barnaby ya había salido por completo de la cama y empezaba a elevarse hacia el techo. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar la claraboya, el perro dio un último salto y se enroscó alrededor de las piernas del chico. Levitaron en el aire un momento, hasta que el peso se equilibró, pero Capitán W. E. Johns no era un perro grande, así que al cabo de unos segundos empezaron a ascender de nuevo.

—¿Qué haces? —le gritó Barnaby—. ¡Baja! ¡No puedes venir conmigo!

Pero Capitán W. E. Johns ya había perdido a su amo en otra ocasión; bajo ningún concepto iba a permitir perderlo por segunda vez.

Barnaby notó un ataque de pánico; una parte de él quería dar patadas al aire hasta que al perro no le quedara más remedio que soltarse para volver a caer en la cama de hospital. Sin embargo, otra parte de él, la parte más fuerte, no quería moverse ni un milímetro.

—Bueno, pues muy bien —dijo por fin mientras se colaban por la claraboya y salían al mundo exterior—. ¡Pero agárrate fuerte!, ¿eh?



Capítulo 26

La ciudad más maravillosa del mundo

El cielo nocturno es un lugar mágico.

Hay tantas cosas que se desplazan de un sitio a otro, que se alejan de aquí para ir allá, que el ser humano apenas puede discernir el movimiento y las civilizaciones que van modificando el universo de manera extraordinaria y ofrecen un destello de luz estelar en una ciudad, un trueno repentino en otra, el fogonazo de un relámpago en otra más.

Pero cualquier persona que hubiera contemplado el cielo de Sidney esa noche en concreto, cualquier persona preparada para abrir los ojos y ver algo más que la oscuridad de la noche o la blancura de la luna, habría visto algo extraordinario, algo que —de haber tenido ganas de mirar— le habría dejado sin aliento y le habría hecho percatarse de que no todas las cosas que pasan en el mundo cuentan con una explicación sencilla.

Esa noche, elevándose por encima de la costa de Kirribilli, el observador habría visto un helicóptero de la policía que enfocaba con su brillante reflector por encima del puente, el magnífico Puente de la Bahía de Sidney, con sus travesaños de metal y sus banderas orgullosas ondeando al aire nocturno, para facilitar la circulación de los coches que entraban y salían de él; porque uno de los focos del puente se había fundido hacía unas horas y nadie quería que hubiese un accidente.

El observador habría visto una estrella que parpadeaba y centelleaba durante unos minutos antes de desaparecer por completo, desvanecida para siempre, casi veinte millones de años después de que hubiera parpadeado por primera vez para dar comienzo a su existencia; apenas una chispa de luz al principio, luego una masa de fuego, luego una explosión relumbrante de luminosidad, y luego nada, solo un recuerdo, solo una pista de lo que en otro momento había ofrecido un destello en la oscuridad.

Y también habría visto (si hubiera mirado con mucha atención) a un chico de ocho años que se elevaba entre las nubes, con un perrillo fiel de orígenes y raza indefinidos agarrado con fuerza a sus piernas, y desaparecía en la oscuridad de una plácida noche australiana, quién sabe en qué dirección, ignorando cuándo sus pies volverían a tocar el suelo.

Un chico que estaba preparado para conocer a gente nueva.

Un chico que quería vivir aventuras nuevas.

Y lo principal, un chico que estaba orgulloso de ser diferente.



Notas

[1] Charles Dickens, *David Copperfield*, trad. José Méndez Herrera, Barcelona, Círculo de Lectores, 1980, p. 9 <<